

SU PROTEGIDA

REGRESARÉ A TU LADO...

**CHRISTIAN
MARTINS**



SU PROTEGIDA

Regresaré a tu lado...

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MARZO 2018

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2018 CHRISTIAN MARTINS

Para Vanesa y Ana, porque hay pocas cosas que les guste tanto como la acción.

AGRADECIMIENTOS

Gracias...

A Vanesa Beltrán y Ana Belén, por el apoyo, los consejos y el tiempo que me dan desinteresadamente.

A María José, por su imaginación infinita, siempre dispuesta a ayudarme en cualquier cosa sin pensárselo dos veces.

A todas las que formáis parte de “Las chicas de Christian Martins”, por vuestro cariño incondicional. No os imagináis las fuerzas que me dan vuestros “buenos días”, “buenas noches” y cada mensaje que recibo de vuestra parte.

Y como no...

A Bailey Kim y a Harry Hunter, que me susurraban al oído cada palabra que debía escribir.

Siempre os llevaré en mi corazón.

Capítulo 1

Me despierto cuando los primeros rayos de sol se cuelan a través de las cortinas. Harry aún duerme junto a mí, con el brazo derecho estirado sobre mi espalda desnuda. Quiero levantarme de la cama, pero me da pena despertarlo ahora que por fin consigue conciliar el sueño durante ocho horas seguidas.

Desde que nos conocimos todo ha sido tensión y nervios, y a diferencia de mí, Harry lo sobrelleva privándose de las necesidades básicas de un humano; dormir y comer. Parece que sufrir estrés no es tan sencillo para él.

Ha pasado un año desde que me rescató de las instalaciones de Pharma Labs y del doctor Lewis Hall, y mi amor hacia él durante este tiempo ha ido aumentando más y más hasta hacerme sentir la mujer más feliz del mundo. Es mi protector, mi héroe. El año pasado perdí todo lo que me importaba en la vida — a mi padre y a Connor — , pero no puedo evitar pensar que esa pérdida me trajo algo aún mayor. Algo que tenía que llegar a mí de un modo u otro. Algo que tiene nombre y apellido: Harry Hunter.

Con sigilo, me deshago de su brazo y consigo deslizarme por las sábanas hasta llegar al borde del colchón. Saco un pie, después el otro, y camino de puntillas procurando ser lo más sigilosa posible.

Dejo atrás la habitación para que no pueda escuchar mis ruidos y me dirijo al

baño en busca del albornoz para taparme porque todavía continúo desnuda.

Mientras me envuelvo en el batín, observo la imagen que me devuelve el espejo del lavabo. Veo a una mujer que aparenta más de veintiocho años, cuyo rostro delata el sufrimiento al que ha sido sometida durante su corto periodo de vida. No tengo arrugas, prácticamente ninguna, pero las facciones de mi semblante cuentan una historia que pocas personas de mi edad pueden haber llegado a vivir o a escuchar.

Paseo mis dedos por mi corto cabello, que ahora se ve liso en un corte formal y recto por encima de mis hombros. El rubio con el que estoy teñida tampoco me agrada del todo, pero Harry dice que es un cambio necesario para pasar desapercibida. ¿Podré recuperar algún día mis hondas castañas y mi melena de media espalda? Supongo que es un precio demasiado bajo a pagar por la libertad.

Sonríó y la chica del espejo me devuelve simultáneamente la sonrisa.

Me cuesta reconocermé, así que dejo atrás el lavabo y me dirijo a la puerta de salida para recibir los primeros rayos de sol de la mañana.

Si me quedo dentro de la casa, terminaré haciendo ruido y despertando a Harry — cuyo sueño es demasiado ligero — .

El aire fresco inunda mis pulmones y me recuerda que todo esto es un sueño hecho realidad. Ahora vivimos en un pequeño pueblo al norte de Canadá, en una reducida cabaña de madera que, para nosotros dos, resulta más que suficiente.

Llevamos alrededor de dos meses aquí instalados y este es el tiempo máximo que hemos podido pasar en un mismo lugar. Sé que el gobierno y Lewis Hall aún me buscan, pero me cuesta pensar que en un paraje tan recóndito como este puedan llegar a dar con mi paradero. Quiero quedarme, porque todo esto me encanta.

Camino descalza sintiendo la humedad del rocío de la noche y el crujir de las hierbas bajo mis pies. Avanzo un poco más para refrescarme en el pequeño riachuelo que hay unos metros detrás de la casa y, mientras lo hago, dirijo una mirada furtiva a la ventana de nuestra habitación y rememoro la imagen en la que he dejado durmiendo a Harry.

Me agacho junto a la corriente de agua y deslizo mis dedos por la superficie. Un pájaro silba una melodía en el interior del bosque y el agua relaja mis sentidos. Me siento junto al riachuelo y hundo mis pies en el interior.

No quiero marcharme de aquí, pero sé que tenemos que hacerlo y que Harry no tardará demasiado en proponérmelo. Lo presiento. Estoy segura de que llevamos tanto tiempo en la cabaña porque sabe que esto me encanta, aunque... Suspiro, entristecida por ese pensamiento, y echo un breve vistazo al BMW que espera junto a la casa. Es un modelo grande, de esos nuevos que se parecen a los todoterrenos. Harry lo compró a nombre de una de sus identidades falsas y desde ahora nos hemos estado trasladando en él. En estos momentos, el pobre vehículo, solamente tiene que esperar a que sentemos nuestros traseros en los asientos y salgamos pitando hacia otro lugar.

Hay instantes — como este — que me acomodo tanto con mi nueva vida que me siento desgraciada por tener que marcharme y dejarla atrás; pero en el fondo sé que soy afortunada, muy afortunada. Me he criado encerrada en una habitación de las torturas con toda clase de aparatos eléctricos enchufados a mi cuerpo. El doctor Hall me ha tratado como a su conejillo de indias durante más de dos décadas, y ha experimentado conmigo hasta llevarme a límites terribles. Intento no recordar esas imágenes de mi pasado muy a menudo, pero una de las desventajas que tiene mi alto coeficiente intelectual es mi capacidad de retener recuerdos y una memoria fotográfica inusual.

Ahora que soy yo la propia dueña de mi cuerpo y de mi mente, las cosas han cambiado y creo que puedo comenzar a controlar mis capacidades; pero ese secreto me lo guardo solamente para mí — y ni siquiera lo comparto con Harry — . Al fin y al cabo, si Lewis Hall tenía razón en algo, era en aquello de que soy un peligro para el resto de la humanidad.

La gente normal no revienta cámaras y pantallas cuando sus pensamientos se desbordan, ni estallan en mil pedazos jarrones de porcelana cuando la tristeza les abruma.

— ¿Bailey?

Me giro hacia detrás y alzo la mano a modo de saludo, iluminando una sonrisa en mi rostro. Pero Harry, que parece que se ha despertado gruñón, frunce el ceño y me indica que entre dentro de la casa.

Me levanto del arroyo y me dirijo en dirección a ella, eliminando en el trayecto todos los pensamientos que he tenido mientras él dormía. Cuando cruzo el umbral de la puerta principal, me quedo mirándole fijamente con una sonrisa, esperando a que él me la devuelva.

— Esos ojos azules pueden llegar a ser perturbadores... — me dice, dejando entrever levemente la sonrisa.

No es un “buenos días”, pero me sirve igualmente.

Camino dos pasos más y me lanzo a sus brazos; respiro el aroma de su cuerpo mientras me estrecho con más fuerza contra él.

— ¿Has dormido bien? — pregunto, aunque ya sé la respuesta.

El asiente, aún un tanto serio.

Puedo percibir su enfado, aunque no termino de entender a qué se debe.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y él deposita un vaso de zumo frente a mí, sin dejar de sujetar otro con su mano.

— Gracias...

No me responde.

Le miro fijamente, intentando traspasar sus barreras y ver más allá. No es algo que siempre funcione, pero Harry suele ser como un libro abierto y puedo llegar a entender — o adivinar — lo que piensa si me concentro mucho en él. Cuando se lo expliqué, hace unas semanas, él me dijo que también era capaz de sentir una extraña conexión hacia mí — aunque no llegaba tan lejos como lo que yo lograba ver en su interior — , y lo achacaba a mi percepción extrasensorial.

Se bebe el zumo en silencio, sin alzar la vista de la mesa de madera. Me concentro en sus facciones y poco a poco voy comprendiendo qué es lo que le ocurre. No sé, no estoy segura, pero puede que se trate de eso...

— La siguiente vez que salga de casa mientras aún duermas te dejaré una nota, para que no te asustes.

Él levanta la mirada y pestañea.
Sí, eso es. He dado en el clavo.

— No puedes salir de la cama, marcharte de casa dejando la puerta abierta y pensar que no moriré de un infarto cuando abra los ojos...

— Yo solo...

— No — corta, enfadado — , no hay excusa. Has estado a punto de morir, nos persigue el gobierno y el director de una de las mayores empresas del mundo. ¿De verdad creías que no me iba a dar un vuelco al corazón al ver que habías desaparecido de mi lado?

Sacudo la cabeza en señal de negación, pero al ver que su mirada no se relaja, alargó mi brazo y acaricio su mano con el dedo índice.

— Lo siento — musito, sin saber muy bien qué decir.

En realidad, tiene razón.

Pero cuando me he despertado lo único en lo que pensaba era en dejarle dormir un rato más.

Asiente, sin añadir nada más a modo de respuesta.

Harry suele ser así, hermético, infranqueable. Agradezco la capacidad extra sensorial que tengo para comprenderle, porque muchas veces sería imposible entender sus comportamientos de otra manera.

Conocí a Harry cuando mi padre le contrató para ser mi guardaespaldas. Tendría que cuidar de mí hasta que él y Connor — el hombre de confianza de mi padre — encontrasen un lugar seguro en el que reinstalarnos. Nada más verle, percibí la aversión que sentía hacia mi persona y las ansias que tenía de librarse de mí. Me comporté de una manera bastante similar, incapaz de quererlo cerca, hasta que poco a poco sentí cómo sus pensamientos y sentimientos hacia mí se iban distorsionando y transformando en otra cosa muy diferente; comprensión, cariño, pasión... Más tarde me explicó por qué había reaccionado de esa manera y cómo le habían extorsionado para aceptar la misión de protegerme.

Llevamos juntos desde entonces, y aunque todavía me cuesta entenderle en

algunas ocasiones, sé que si él me dejara mi mundo se derrumbaría. Todo dejaría de tener sentido.

— Hoy prepararemos las bolsas, Bailey — me dice, levantándose de la mesa — . Bajaré al pueblo a por provisiones.

Puedo sentir el enfado en el tono de su voz; cosa que me divierte bastante.

— ¿Puedo ir yo?

Harry se gira para observarme, fulminándome con la mirada. Me cuesta resistirme a ese enfado tan tentador...

— No. Iré yo — replica, aún gruñón.

En fin. Una vez más, mi sexto sentido no me ha fallado. “Preparar las bolsas” es sinónimo de “prepararnos para abandonar el lugar”, aunque no de inmediato. Ahora toca cargar el coche con lo imprescindible; ropa, comida, etc. Todo lo necesario para salir huyendo de improvisto.

Las anteriores veces Harry también ha actuado así, por lo que supongo que la próxima semana nos marcharemos de aquí.

— Quiero ir yo — replico, esta vez un tanto malhumorada por la idea de tener que marcharnos — , tengo que comprar cosas de mujer.

Harry me lanza una mirada furtiva y no dice nada.

No le gusta que salga sola. No le gusta separarse de mí. Pero lo de “cosas de mujer” se escapa a su control, así que terminará cediendo.

Lo que parece no entender, es que a mí me gusta tan poco como a él que nos distanciamos. Se piensa que si me deja aquí nadie podrá tocarme, pero la realidad es bastante diferente. No importa dónde me encuentre yo y dónde se encuentre él, ni quién tenga más probabilidades de ser hallado; el quid de la cuestión es estamos separados y que de esa manera siempre seremos más vulnerables.

— Te llevarás el coche — concluye, dejando claro que no es algo negociable.

El pueblo está a tan solo cinco minutos a pie, pero parece más seguro tener el coche cerca por si uno tiene que salir huyendo.

Supongo que esa es la mejor oferta que tendré, así que acepto.

Veo cómo Harry tuerce el ceño, todavía enfurruñado, y camino hacia él con una sonrisa malévolamente en el rostro. Rodeo su cuello con ambos brazos y me estrecho contra su cuerpo, reduciendo los escasos milímetros que nos separaban.

Es tan tentador tenerlo tan cerca... Cada célula de mi cuerpo reacciona al contacto, haciendo que mil conexiones diferentes vibren dentro de mí. Me arde la piel, mucho, tanto como percibo que le arde a él. Harry pasea un dedo por mi espalda, subiéndolo lentamente hasta mi cabeza para masajearme el cuero cabelludo.

— No vuelvas a hacerlo... — susurra.

Sé que no olvidará esto fácilmente.

Asiento, alzando la cabeza para mirarle.

Puedo ver el deseo ardiendo en su mirada y eso me encanta. Es asombroso que nuestra conexión no sea tan solo psíquica, si no también física.

— No volveré a hacerlo...

Cuando se separa de mí es para arrastrarme de la mano hasta la habitación, aunque no con las intenciones que yo esperaba.

Capítulo 2

Coloca las dos bolsas de viaje sobre la cama y después se pasea de un lado a otro, pensativo, intentando recordar las prendas y objetos que realmente serían necesarios si tuviéramos que marcharnos de improviso.

Esto es algo que antes hacíamos nada más llegar a un sitio; bueno, en realidad, solo sacábamos de las bolsas y del vehículo lo que era imprescindible. El resto se quedaba en el maletero. Pero con el tiempo, poco a poco, nos hemos ido acomodando.

— Venga, vamos... — me anima, rozando la superficie de mi mano con dedo índice.

Este sitio me gusta tanto que me estoy resistiendo.

Creo que necesitaré varios días para hacerme a la idea de que realmente nos marchamos de aquí. Suena absurdo, pero de alguna manera creí que podíamos llevar una vida normal, como cualquier otra pareja. Claro que siempre tendríamos que tomar medidas y ser precavidos.

— No podemos perder toda la mañana con esto — continúa él, apremiándome —, aún nos queda hacer la lista de víveres y antes del mediodía tendrías que bajar al pueblo.

Recordar que esta vez seré yo la que baje para hacer la compra me pone feliz unos instantes.

Por seguridad, solo podemos dejarnos ver en público por separado. Harry dice que lo más probable es que las personas que estén intentando dar con nuestro paradero filtren sus búsquedas con ciertos parámetros; dos personas, hombre y mujer, nuestro aspecto físico, edad... Así que lo más sensato es que cuantas menos pueblerinos nos vean juntos, mejor.

Como norma general de salir fuera siempre se encarga él, lo que resulta muy desagradable.

Me he pasado la vida encerrada en una habitación y siento, por momentos, que esa habitación se ha ampliado a una casa. Este año, por muy feliz que haya resultado para mí, he pasado temporadas muy largas — ¡hasta un mes entero! — sin salir al exterior. Eso puede convertirse en algo muy perturbador, sobre todo cuando me quedo sola.

Desde el otro lado de la cama, aún con una sudadera en su mano, Harry suspira y me observa.

— Bailey...

Me levanto con una media sonrisa en el rostro y comienzo a imitarle, metiendo prendas sin sentido en el interior de mi bolsa de viaje.

Veo la confusión en su rostro y sé que no comprende mi comportamiento. Es absurdo explicarlo, porque tan solo me haría parecer una niña pequeña con una rabieta. Sé que tenemos que marcharnos, sé que Harry solo mira por nuestro bien y sé que esta es la mejor vida a la que puedo llegar a aspirar.

— Me costará olvidar este lugar... — resoplo, contemplando superficialmente la habitación.

Es un dormitorio en una pequeña cabaña, nada más.

Aunque la madera me resulta reconfortante y muy cálida.

Durante esos años de cautiverio, he estado recluida en habitáculos blancos, impersonales, sin muebles, con aparatos electrónicos y cámaras de seguridad, así que todo lo que se aleje de esa imagen me resulta hogareño y acogedor, y esta cabaña es justamente lo opuesto. Es diminuta, con un salón comedor con el espacio justo para dos personas, donde encuentras el acceso a un pequeño baño y a este dormitorio. Este último es mi rincón favorito por los colores tan vivos con los que está decorado. La colcha tiene dibujos de diferentes flores, dotándolo de un aspecto muy primaveral.

— ¿Entonces es eso? ¿Qué extrañarás este lugar?

Se acerca y se arrodilla frente a mí, escrutando mis facciones.

— Es una tontería, ¿verdad?

Harry se sienta a mi lado, en silencio, y desliza su brazo alrededor de mi cintura.

Con el tiempo he aprendido ciertas cosas sobre él; sé que hasta encontrarme a mí ha estado tan solo como yo, así que tampoco está acostumbrado al contacto físico y le cuesta expresar sus sentimientos en voz alta. Muchas veces, es capaz de transmitirme más con su mirada que con palabras — momentos en los que agradezco el vínculo que se ha creado entre nosotros — .

Este es uno de esos momentos.

Apoyo mi cabeza sobre su hombro y me junto más a su cuerpo, intentando absorber toda la calidez posible.

Puedo escuchar sus pensamientos. Quiere decirme que todo saldrá bien y que con el tiempo terminaremos encontrando un lugar en el que asentarnos, pero no puede decirlo en voz alta porque en el fondo piensa que solamente se trata de un sueño.

— No te preocupes — murmuro, recuperando una camiseta que he dejado antes sobre el colchónal ponerme en pie — , esto está bien.

Comienzo a doblarla, pero él detiene mis movimientos sujetándome la mano, intentando evitar que el instante de complicidad desaparezca tan pronto.

Los sentimientos comienzan a abrumarme y eso me asusta. Cuando percibo tanto, mi alrededor se convierte en un lugar lejano y mi mente consigue atraparme por completo; como si la tristeza pudiera llegar a convertirse en un objeto físico palpable. Entonces no puedo controlar muy bien lo que pienso y me siento desbordada, como si una vez más volviese a perder el control sobre mi propio cuerpo. Y ahora me está pasando eso, estoy metiéndome en una burbuja de la que luego me costará muchísimo salir.

— ¿Qué te parece si nos damos una ducha?

Su sedosa voz me arrastra de vuelta a la realidad y me obliga a abandonar el estado de aletargamiento psíquico en el que estaba. Ha durado poco, pero cuando mi visión vuelve a recuperarse, me doy cuenta de que lo he vuelto a

hacer.

¡Lo he vuelto hacer y no he sido consciente de ello!

Veo la agenda en la que Harry toma notas flotando sobre la mesilla de noche. El pánico comienza a extenderse por mis extremidades pero me obligo a frenarlo para que no llegue hasta mi mente y que la burbuja no vuelva a apoderarse de mí. Solo es una agenda, me digo para mí misma. Solo es una agenda que flota y no le estoy haciendo daño a nadie.

Cierro los ojos, apretando la mano de Harry y agradeciendo que esté de espaldas y que no pueda ver lo que he hecho. Me ha pasado muchas veces, pero creo que he podido ocultar bastante bien cada uno de los episodios de psicoquinesis que he sufrido. No quiero que lo sepa porque tengo miedo de lo que pueda pensar.

— ¿Bailey?

¿Y si se da cuenta de que el doctor Hall tenía razón? ¿De qué soy peligrosa para la humanidad? ¿Y si me abandona?

Soy una carga para él, lo sé. Una carga demasiado pesada para soportar toda la vida.

— Eh, Bailey...

El sonido de la agenda cayendo contra el suelo me exige que abra los ojos. Harry también se ha girado para descubrir el provenir del sonido; pero puedo comprobar con alivio que no lo ha asociado con mis capacidades.

Ahora está preocupado porque cree que he percibido algún peligro.

— Todo va bien — me apresuro a responder, antes de que se forme alguna idea absurda en su cabeza.

— Vale — responde, tirando de mí hacia el salón.

Camino detrás de él como una autómatas procurando no pensar en nada para evitar transmitirle más sentimientos negativos.

En el baño, enciende los grifos y me sonrío, justo antes de comenzar a

desnudarse.

Continúo alejando todo lo que me causa ansiedad y me concentro en él; en sus músculos, su cabello cobrizo alborotado, la agilidad de sus movimientos, sus facciones marcadas, su mandíbula ancha. Me gustan sus ojos porque cada día son de un color diferente y no puedo evitar recordar esa frase que dice “que los ojos son el espejo del alma” cuando le miro.

Hoy los tiene muy claritos, en un intenso tono verde que se entremezcla con pigmentos azules.

Acorta la distancia un paso y comienza a desnudarme con agilidad. Esto último es suficiente para que el episodio de la agenda quede enterrado — al menos por ahora — en mis pensamientos.

— ¿Seguro que estás bien? — me pregunta.

Por primera vez desde que nos hemos despertado puedo responderle que sí con sinceridad.

Acerca su rostro y posa sus labios sobre los míos, mientras sus traviesas manos recorren mi cuerpo con delicadeza. Poco a poco el beso se va intensificando aún más, dejándome sin aliento, acelerando el ritmo de mis pulsaciones.

Ha terminado de desnudarme y para entonces mi piel ya arde, ansiosa y deseosa de sentirlo completamente en mi interior. Cuando me toca puedo reparar en lo completa que me siento; como si todo cobrase de pronto sentido. Como si hubiera nacido para encontrarle. Como si todo el sufrimiento al que me han sometido hubiera sido necesario para poder tenerle. Un precio a pagar por la felicidad. Un precio a pagar por Harry.

— Te quiero — susurra en mi oreja, justo antes de morder mi lóbulo.

Le respondo con un gemido ronco.

Harry me abraza con fuerza, sin detener el reguero de besos que va proporcionándome por el cuello hasta bajar a mi clavícula. El sonido del agua tranquiliza mis músculos y me permito relajarme y disfrutar de él.

— Te quiero mucho — repite, jadeante.

Me hace sentirme como si yo fuera su tesoro, su sueño.

Esa es la verdadera razón por la que me da tanto miedo que descubra qué soy en realidad. No soy un sueño, ni un tesoro. Pero me niego a pensar en eso y me concentro de nuevo en su marcada y ancha espalda mientras él desciende por mi vientre con esos pequeños y casi imperceptibles besos, volviéndome loca.

Cuando llega a mi sexo, ardiente y dispuesto, no puedo obviar lo húmeda que estoy y sonrojarme, avergonzada.

Él atrapa mi clítoris entre sus dientes y los succiona. Arqueo la espalda y jadeo, sintiendo el placer multiplicado por mil en ese instante.

— Me encanta... — susurra, lamiéndose los labios.

Sube de nuevo, deshaciendo el sendero de besos que antes había marcado, y me aúpa en sus brazos como si mi peso se redujera al mismo que al de una pluma para introducirnos bajo el chorro de agua temblada.

No me suelta, me mantiene en volandas sin dejar de besarme con pasión, arrinconándome contra la pared de la ducha y colocando su peso sobre mi cuerpo. El agua cae sobre mí calando mi cabello y emborronando mi visión; pero no me importa.

No necesito verle, tan sólo sentirle.

Cierro los ojos, deshaciéndome por completo y rindiéndome a él, a ese momento. Siento cómo su pasión se intensifica al besarme con pequeños mordiscos en los labios, como si las ganas le estuvieran carcomiendo por dentro.

Es increíble cómo percibo su excitación. Aún con los ojos cerrados, sé que está mirando mis pechos y pensando en ellos... El mordisco que llega a mi pezón derecho segundos después me lo confirma e, inconscientemente, no puedo ahogar una pequeña sonrisa que desaparece por completo cuando su miembro se clava en mi interior. Me aplasta contra la pared hundiéndose por completo, empujándome con cada embestida para llenarme. Mantengo los ojos cerrados, concentrada, y gimo.

Le deseo.

Le amo.

Le necesito.

Jadeo con más fuerza cuando advierto que se está acercando al orgasmo. Me enloquece sentir su ansia y aprieto mis paredes vaginales para succionarle por completo, para atraparlo dentro de mí.

Cuando el éxtasis nos atraviesa, sonrío y dejo caer mi cabeza sobre su hombro. Abro los ojos lentamente recuperándome del asalto y compruebo que él también sonrío.

— ¿Te puedo soltar? — me pregunta, asegurándose de que soy capaz de mantenerme erguida por mis propios medios.

Asiento y me deposita en el suelo con delicadeza.

A veces tengo la sensación de que la fuerza que posee Harry es la mía multiplicada por un millón o más. Como si tuviera que contener cada movimiento que realiza para no dañarme, como si yo solo fuera un pétalo de flor en las manos de un niño que, si se descuida, podría apretarlo y reducirlo a polvo en un instante.

Nos quedamos abrazándonos en la ducha diez minutos más hasta que el agua caliente de la caldera se termina y nos obliga a salir, tiritando por el repentino cambio de temperatura al que nos ha sometido.

Bueno, en realidad, la única que tiritita soy yo — y Harry aprovecha para reírse de mí — .

Me seco el cuerpo rápidamente con una toalla y después me la enrosco en la cabeza, antes de vestirme con la misma ropa que he dejado en el suelo hace unos minutos.

— ¿Quieres que dejemos los preparativos para esta tarde?

Yo asiento, aunque en realidad, me es un tanto indiferente. Sé que tarde o temprano vamos a tener que hacerlo y retrasar el momento tampoco servirá de nada.

Salimos al exterior y nos tumbamos bocarriba en el jardín, sobre una toalla. Aún tengo el pelo mojado pero no hace frío, ni viento. El sol brilla en lo alto del cielo despejado augurando un día templado y cálido, de esos que tanto me gustan.

Me acurruco sobre su duro pecho y respiro el aroma de su ropa. Antes, cuando pasaba mucho rato cerca de él y después me alejaba, podía sentir que su olor había impregnado mis prendas; pero ahora ya no sucede. Nos hemos unido tanto que en algún momento que no recuerdo, su olor se ha convertido en mi propio olor y ya no soy capaz de distinguirlo en la mayoría de las ocasiones.

— Hace un buen día, ¿verdad? — murmuro, divisando las primeras margaritas que abren sus pétalos a la primavera.

— Sí, parece que el sol aguantará.

Sonrío, cerrando los ojos y apretándome más contra él.

Estos instantes me encantan... Y aunque el sueño amenaza con apoderarse de mí, me siento dichosa.

Capítulo 3

Me gustaría bajar caminando hasta el pueblo para disfrutar de la naturaleza que nos rodea, pero Harry tiene razón cuando me dice que podría ser peligroso. Tener el coche cerca siempre es una ventaja de la que debemos disponer.

Cojo las llaves del BMW y me despido gritando un rápido “hasta luego” dirigiéndome ya al exterior. Escucho que Harry me responde que tenga cuidado y no llame demasiado la atención. Siempre me dice lo mismo, así que no me molesto en responder y finjo no haberle escuchado mientras me subo en el asiento del conductor.

Arranco, embrago, coloco la marcha atrás y abandono nuestro jardín. No tengo carné de conducir, pero Harry no lo sabía cuando sacó nuestra falsa documentación. Es algo realmente curioso porque ni siquiera recuerdo que alguien me haya enseñado a manejar un coche; simplemente, un día, me subí en un vehículo e imité lo que llevaba tantísimos años viendo que hacían los demás.

Hay habilidades para las que no soy demasiado rápida, aunque la mayoría de las veces tengo un aprendizaje alto y eficaz. Sé — por los experimentos y pruebas a las que el doctor Hall me ha sometido — que tengo muchas más conexiones neuronales que cualquier otro ser humano y que mi coeficiente intelectual triplica el más alto del que jamás se ha tenido constancia en la comunidad científica. Cuando me escapé aún no habían descubierto la razón de dichas capacidades; aunque sabían que se trataba de algo congénito. Mi padre, mi madre y cualquier otro miembro de mi familia no tenían estas

habilidades que yo tengo, lo que hacía la búsqueda del “por qué” muy complicada para el doctor Hall.

Alzo la mirada hacia el cielo para comprobar que aún se mantiene despejado y sonrío con positivismo mientras desciendo la ventanilla para que el aire roce mi piel. Pocas veces tengo estos momentos de libertad — en solitario —, así que intento disfrutarlos mientras soy capaz. En unos minutos, cuando mis necesidades de soledad queden satisfechas, comenzaré a extrañar a Harry hasta sentir, prácticamente, un dolor físico. Entonces me apresuraré a hacer la compra y regresaré a casa con una sensación de agorafobia que solo sus brazos rodeando mi cuerpo podrá sanar.

Pero ahora mismo estoy bien. Disfruto de la capacidad de escoger mi destino y mi camino.

Conduzco en segunda, acelerando suavemente para pasar cuanto antes el tramo de piedras, baches y vegetación que conecta nuestra casita con la calzada principal del pueblo. Detrás del murmullo del silencioso motor del vehículo puedo percibir la melodía de varios pájaros que silban dentro del bosquecillo que me rodea y, cuando el tramo abrupto queda atrás y los baches terminan, levanto el pie del pedal para disfrutar del paisaje antes de llegar a la pequeña tienda de ultramarinos que hay en la entrada del pueblo.

Estoy a punto de incorporarme a la calzada principal que atraviesa y divide en dos la localidad cuando mi burbuja de sentimientos y percepciones me invade. Todo lo que tengo alrededor se torna de un color oscuro y lúgubre, así que freno en seco saliendo disparada hacia adelante. Gracias a Dios, el cinturón de seguridad evita que me estelle contra el volante o el salpicadero. Lewis Hall llamaba a esto percepción extrasensorial, pero comúnmente, los psicólogos que me trataban hacían referencia a ello como “mi sexto sentido”. Otra de las capacidades que he desarrollado gracias a todas esas millones de conexiones neuronales que mi cerebro mantiene iluminadas.

Me asomo por la ventana y miro el cielo; aunque está despejado, el paisaje ha quedado cubierto por una neblina grisácea que acelera mi pulso de manera descontrolada. Estoy asustada; algo no va bien. Puedo sentirlo...

— Nos han encontrado — murmuro en voz muy baja.

Poco a poco el miedo va paralizándome por completo, como si se tratase de un efectivo calmante para elefantes.

“Muévete, Bailey”, grita la voz de mi cabeza, “muévete de una vez y sal corriendo”.

Pero siento cómo las raíces del terreno en el que estoy se han enroscado en mis tobillos, atrayéndome al núcleo terrestre.

¿Cómo es posible? ¿Cómo han podido encontrarnos? Hemos tenido mucho cuidado y hemos sido muy discretos.

No sé cuánto tiempo me he quedado petrificada, pero de pronto veo aparecer muy en la lejanía un monovolumen de cristales tintados que preside en hilera a otros dos más.

“Hay una pistola en la guantera del vehículo”, repite la voz, “cógela y corre”.

Y entonces, sin darle más vueltas al asunto, sin barajar el resto de mis posibilidades, me tiro en el interior del coche, saco la pistola de la guantera y obedezco a la última orden que me ha dado la voz de mi cabeza. Corro.

Corro sin pensar hacia dónde me dirijo; moviendo con rapidez las piernas, sintiendo cómo mi sofocada respiración me va asfixiando y el temor conquistándome.

— ¡Harry! — exclamo, deteniendo la carrera en el acto — . ¡¡HARRY!!

Me asfixio todavía más, pero aún hiperventilando, intento agudizar mis sentidos para adivinar en qué dirección está la cabaña. Mentalmente calculo la probabilidad estadística que tengo de llegar a ella antes que nuestros persecutores y me sorprendo al comprobar que, si echo a correr ahora mismo, tengo un setenta por ciento de probabilidades de llegar antes que ellos.

Conozco la ubicación y, además, he dejado el BMW taponando el camino de entrada y ellos también tendrán que tomar la decisión de continuar a pie.

No soy muy alta, pero tengo las piernas largas y eso me proporciona más velocidad de la que tienen la mayoría de las personas de mi estatura. El problema es el miedo, que me impide reaccionar y pensar con nitidez.

Un minuto y treinta y cinco segundos después he regresado al sendero principal y me apresuro a la cabaña a una velocidad media de doce coma siete kilómetros por hora. Calculo que en tres minutos aproximados de tiempo debería de haberme reunido con Harry.

Pero... ¿Cómo vamos a huir si he abandonado el vehículo? ¿Cómo saldremos de la cabaña? Siento que las lágrimas comienzan a deslizarse a través de mis mejillas, que están cubiertas por una espesa capa de sudor frío. Poco a poco mi velocidad va descendiendo y mi carrera se convierte en un ligero trote. He descendido a seis kilómetros por hora y, ahora, por fin puedo pensar con claridad.

¿Qué opciones tenemos?

Alcanzar a Harry, huir al interior del bosque y atrincherarnos. Físicamente él se encuentra en muy buena forma; podría resistir varios días hasta que pierdan nuestra pista. Pero yo no. Las probabilidades de que sobreviva a la caída de temperatura dos noches seguidas, en condiciones extremas y a la intemperie, son prácticamente nulas.

Me obligo a ser lógica.

Harry puede sobrevivir.

Y con que él sobreviva, me basta.

Tres kilómetros por hora en dirección al vehículo. Camino muy despacio, he cambiado mi dirección y ahora me dirijo hacia ellos; hacia los hombres que Lewis Hall ha enviado para darme caza y llevarme de vuelta a las instalaciones de Pharma Labs.

Después de pensarlo detenidamente, creo que si me encuentran en mitad del sendero no llegarán hasta la cabaña. Aún mantengo la pistola sujeta en mi mano con firmeza y sé que tiene el seguro quitado y el silenciador enroscado. No tengo pensado dejar que me atrapen viva, porque sé que si obtienen mi cadáver, no necesitarán atrapar a Harry y se marcharán apresurados. Suficiente tendrán con excusar mi muerte ante el doctor Hall.

Doy un paso detrás de otro muerta de miedo, con las extremidades

temblorosas. Lo único a lo que consigo aferrarme con firmeza es a mi salvación; la pistola.

“Me quieren a mí, no a él”, me repito una y otra vez, influyéndome valor para continuar en dirección a mi final.

Tengo tanto miedo... He pensado en suicidarme muchísimas veces a lo largo de mi vida, pero pocas veces he sentido que ese pensamiento fuera a convertirse en una realidad. Y ahora... ahora, no tengo opciones.

He desacelerado mi ritmo hasta prácticamente detenerme, pero poco a poco continuo arrastrándome. Cuando más lejos llegue, más lejos me encontrarán de la cabaña y de él.

— Perdóname, Harry... — susurro en voz alta.

Arrastro un pie detrás de otro.

Mi instinto de supervivencia me ralentiza, aunque mi amor por Harry me obliga a continuar moviéndome, caminando. Por muy despacio que vaya, no me detengo ni un pequeño instante hasta que ellos aparecen en mi campo de visión.

— Per... perdóname... — susurro por segunda vez, sabiendo que en pocos minutos todo esto habrá terminado.

Son siete hombres; o al menos a esos logro ver dentro de mi campo de visión. Lo más probable es que alguno más guarde las espaldas ya que Lewis Hall ha acudido personalmente a mi encuentro.

Debo de ser su mayor descubrimiento — o al menos el más importante — , porque me cuesta imaginar que se haya sometido al viaje en vez de esperar a que me arrastren hasta las instalaciones de su empresa.

Quizás haya querido asegurarse de que realizaban exitosamente la misión de recuperarme.

— Bailey Kim... — murmura Lewis Hall, con sus ojos grisáceos centelleantes de emoción.

Estoy muy lejos para escucharle pero he leído mi nombre en sus labios. Está

feliz por haber logrado dar con mi paradero y cree que, dentro de muy poco, habré caído bajo su red opresora.

Ya no escucho el silbido de los pájaros. Tampoco veo brillar la luz del sol. La capa de neblina que me advertía de que algo malo se avecinaba hacia mí también ha desaparecido y ahora lo único que aprecio es la realidad.

Hombres trajeados armados hasta arriba que caminan sonrientes en mi dirección, felices de haber encontrado al cervatillo que tanto tiempo llevan intentando cazar. Puedo ver la maldad y el alivio en sus rostros. La escasa minoría que tiene familia — dos o tres — está pensando que hoy, por fin, podrán regresar a casa.

A ninguno de ellos le importa lo más mínimo quién soy. Tampoco les importa mi vida.

— ¡Bailey Kim! — vuelve a repetir el doctor Hall, esta vez con un grito a modo de saludo.

Detengo mis pasos; no porque quiera hacerlo, sino porque la cobardía me impide continuar. El instinto de supervivencia ha decidido que, si tengo que morir, lo haré aquí.

Alzo la mirada con los ojos empañados en lágrimas y contemplo la vegetación que me rodea. Es tan buen lugar para dejar atrás el mundo y la vida como cualquier otro.

El brillo entusiasta de los ojos del doctor Hall ha desaparecido y ahora se ha transformado en un resplandor de temor. Tiene la mirada clavada en la pistola que sujeto con firmeza en mi mano. Con un gesto silencioso, ordena a sus hombres que se detengan en el acto y no se aproximen más a mí.

Sé lo que teme.

El año pasado, cuando Harry me ayudó a escapar de las instalaciones de Pharma Labs, le dejé bien claro que prefería la muerte a continuar siendo su conejillo de indias. Me quiere viva. Me necesita viva o el experimento habrá llegado a su final.

Una tercera opción que no había sopesado aparece en mi mente y me

recrimino a mí misma no haberla tenido presente con anterioridad. Puede que ese miedo a que mi existencia se reduzca a nada me permita huir. Puede... Pero sospecho que ya es tarde para arrepentimientos.

— ¿Bailey?

Su voz me provoca un escalofrío.

Al igual que mi cuerpo reacciona instintivamente cuando Harry está cerca, también me ocurre con el doctor Hall. La diferencia está en la reacción que me produce; pavor.

— Bailey, ¿podemos tener una conversación civilizada?

Con esta última pregunta me cuesta reprimir una carcajada.

A pesar de su porte, de su galantería, de su buen vocabulario y de su dinero, sé de buena mano que el doctor Hall es cualquier cosa menos civilizado.

Cae una gota de lluvia sobre mi mejilla y alzo la mirada al cielo, observando la nube grisácea que se está formando sobre mi cabeza.

Tengo el extraño e irracional pensamiento de que es mi padre quien ha formado esa nube, que llora sobre mí para recordarme que, incluso en el final de mi vida, él está a mi lado. Que no estoy sola.

Otra gota de lluvia cae sobre mi cabello decolorado mientras alzo la pistola y la coloco en mi sien. El metal frío me recuerda que todo esto es real, que voy a morir.

— No lo hagas, por favor... — suplica Lewis.

Sé que esta es la única manera de escapar de él.

Entonces aprieto el gatillo.

Todo es tan rápido que ni siquiera siento el retroceso de la pistola o la bala que me atraviesa el cráneo creando dos agujeros; uno de entrada y otro de salida. Destroza mi materia gris en el acto, pero yo lo único que percibo es el atronador sonido del disparo.

Mi cuerpo sin vida cae al suelo como un trapo, mientras la nube grisácea descarga su corriente de lluvia sobre mí, calando cada célula inerte que ahora

yace sobre la humedad de la tierra.

Por fin todo ha terminado.

Capítulo 4

— Eh, despierta...

Su voz suena angelical, como una melódica nana que me recuerda que el mundo puede ser un lugar feliz.

— Bailey...

Arrastra con dulzura cada sílaba de mi nombre y yo me estremezco de placer, sabiendo que solo él puede pronunciarlo de esa manera tan dulce y tentadora.

Al final, abro los ojos.

El cielo encapotado se cierne sobre mí, amenazante. A lo lejos puedo divisar una tormenta eléctrica que se va acercando al lugar en el que me encuentro. Los rayos, sigilosos, iluminan la capota grisácea de manera inquietante.

Algo se revuelve en mi interior, pero ese mal presentimiento no tarda en desaparecer cuando Harry se inclina sobre mí para besarme.

— Vamos adentro o terminaremos empapados — murmura, sin apartar sus labios de los míos.

Yo asiento en silencio, aún con los estragos de la pesadilla que he sufrido vagándome por la cabeza.

Nos levantamos, recogemos la toalla y, con el chaparrón en su mayor resplandor, huimos al interior de la casita para resguardarnos.

Son las once de la mañana, así que al menos he dormido cuarenta minutos ahí afuera. Observo distraída el espectáculo de la naturaleza que está teniendo

lugar en el exterior a través de la ventana mientras Harry recoge el cuadernillo de notas y regresa a mi lado.

— Y parecía que iba a brillar el sol... — murmura, pegándose a mi cuerpo para contemplar brevemente la tormenta.

— No todo es lo que parece — respondo secamente, rememorando el frío tacto del cañón de la pistola sobre mi sien.

Percibo que no comprende mi respuesta, aunque tampoco le da mayor importancia — cosa que agradezco, claro — . Se sienta en el sofá y comienza a garabatear la lista de imprescindibles que debo comprar en mi salida.

Se me han quitado las ganas de salir al pueblo, pero no le diré nada a Harry. Al fin y al cabo, si resulta ser un sueño profético lo mejor será que me suceda a mí; al menos, voy en preaviso.

Arranca la página de la libretita y estira el brazo para dármele.

— Toma... — me dice, con el ceño fruncido.

Creo que presiente mi malestar, pero no estoy segura.

Recojo la lista y me levanto para calzarme y ponerme un chubasquero. Cuanto antes salga, antes estaré de vuelta y habré dejado ese maldito presentimiento atrás.

Escucho un trueno resonar con fuerza mientras me cepillo mi corto cabello en el servicio e, inconscientemente, vuelvo a recrear en mi mente la imagen de mi padre esa noche que me liberó de mi prisión. También llovía. Y también tronaba.

— Oye, nena... — dice Harry, golpeando la puerta del baño con suavidad — . ¿Va todo bien?

— ¡Sí! — miento con excesivo entusiasmo.

Nunca se me ha dado bien mentirle.

Es extraño, porque puedo comprender lo que significo para él y de algún modo, sé que no le convengo. Es cierto que la vida de Harry nunca fue

sencilla, pero tampoco había sido tan complicada como lo es desde que aparecí yo.

Me quiere, me estaba esperando.

Puedo sentirlo cada vez que hacemos el amor o cuando me acaricia la espalda por las noches. Casi puedo palparlo cuando pronunciar un “te quiero” y sus labios se curvan en un dibujo de felicidad, o cuando me estrecha entre sus brazos y suspira hondo, impregnándose del momento y de mí.

Salgo del cuarto de servicio y le beso fugazmente la mejilla antes de dirigirme a la puerta.

— ¡Ten cuidado! — me grita desde la salita — ¡Y procura pasar desapercibida!

Voy a fingir que no le he escuchado, porque siempre es la misma frase antes de separarnos, pero me lo pienso dos veces al recordar mi pesadilla y me detengo en el acto.

— Lo tendré — respondo con rapidez — . Te quiero, Harry.

Sin dejarle opción a contestarme, salgo corriendo cerrando la puerta tras de mí.

No quiero que perciba nada raro en mi forma de actuar así que cuanto antes me marche, mejor.

Acciono el motor del BMW y me incorporo al sendero mientras los limpiaparabrisas trabajan a gran velocidad para mantener mi campo de visión despejado. Sin apartar la vista de la carretera, me estiro sobre el asiento del copiloto y abro la guantera; dentro está la pistola, preparada, y un sobre con un fajo de billetes.

Vuelvo a cerrar la guantera y aprieto el acelerador para pasar el tramo cuanto antes. Las ruedas derrapan sobre el barro, obligándome a mantener firme el volante y a concentrar mis sentidos en la calzada.

Todavía nos queda bastante del dinero que ganamos con nuestra última inversión en bolsa. A Harry se le da bastante bien vender a tiempo y a mí se me da todavía mejor predecir cuándo es el momento de invertir. Mi sexto

sentido parece no fallar casi nunca; y gracias a ello hemos logrado subsistir en condiciones todo este año.

Diviso la tienda de ultramarinos a pocos metros de mí y suspiro aliviada, relajando los hombros y comprendiendo que todo ha quedado en un mal sueño. Me obligo a recordar que, en ocasiones, me comporto como cualquier otro ser humano del planeta.

— Gracias... — murmuró, alzando la mirada al cielo.

Sé que no tiene mucho sentido, pero se lo estoy diciendo a mi padre.

Apago el motor, saco las llaves del contacto y me adentro en la llovizna para cruzar la calle a paso acelerado.

La tienda, está vacía, así que podré hacer la compra con bastante tranquilidad.

Las únicas dos personas que se encuentran en el establecimiento son los dos ancianos que regentan el local. Paseo por los pasillos, introduciendo los productos que voy divisando en una cestita, mientras los examino de reojo y me aseguro de que son los de la lista. Ella es ciega; o al menos esa impresión me da. Está sentada detrás del mostrador junto a su marido, con un bastón de madera — que no sé si se debe a su ceguera o a una cojera — bien aferrado entre ambas manos. Tiene muchas arrugas, muchísimas, y un cabello grisáceo y largo que le cae hasta los hombros. Él tiene una imagen bastante similar a la de ella, aunque su vida parece haber sido un tanto más sencilla y no necesita bastón ni parece tener la vista afectada.

Creo que es la segunda vez que vengo a esta tienda, y hasta hoy jamás me había fijado en el matrimonio que hay detrás el mostrador. Tal vez se deba a que las anteriores veces el local se encontraba atestado de lugareños.

Es una suerte estar a solas y poder entretenerme sin andar preocupándome en quién se fija o se deja de fijar en mí. Aún así, si tardo, Harry comenzará a ponerse nervioso así que lo mejor será no dormirme en los laureles.

Repaso la lista que tengo en la mano y compruebo con satisfacción que ya he encontrado todos los productos que había marcados en ella. Dedico un minuto más a la sección de mujer y, después, me paseo por el estante de las

chocolatinas para cargarme de provisiones.

Cuando me estoy acercando al mostrador, mi reflejo en la cristalera de en frente me devuelve una imagen que no reconozco. Aún me cuesta pensar que esa mujer soy yo; tan diferente a la que era antes. Me pregunto si Lewis Hall sería capaz de reconocermé con esta nueva apariencia...

Coloco los productos sobre el mostrador con una sonrisa en el semblante, esperando que el hombre no se fije en mí de manera sospechosa. Él me devuelve la sonrisa justo antes de comenzar a teclear con un pésimo pulso el importe de cada producto en una caja registradora. Mientras tanto, aprovecho para meterlos en una bolsa.

— Cuarenta y nueve con ochenta, señorita.

Me resulta extraña la voz tan juvenil que posee, como si el paso de los años hubiera afectado a cada órgano y parte de su cuerpo a excepción de sus cuerdas vocales.

Me llevo la mano al bolsillo y me doy cuenta, en ese momento, de que no he cogido ni un solo billete de la guantera. El anciano frunce el ceño al ver mi destello de duda, y yo sonrío tranquilizadamente. Seguramente, si alguien quisiera robarles, poco podrían hacer para defenderse.

— Me he dejado la cartera en el coche — me apresuro a aclarar señalando el exterior — , ahora vengo.

En el exterior continúa el diluvio.

Parece que se ha intensificado, pero no me importa. Mojarme puede resultar algo agradable sabiendo que, en unos pocos minutos, regresaré a la protección y el calor del hogar.

Abro la guantera, cojo un billete de cincuenta y salgo al exterior. Pero cuando me apresuro a cruzar la calle con rapidez, ocurre algo que me cuesta comprender. Algo que no me había pasado jamás.

El tiempo se detiene; el mundo se detiene. Un coche que se dirigía hacia aquí desde el final de la calzada se queda paralizado. La mujer que lo conducía debía de estar gritándole algo al niño que viaja con ella en el asiento de atrás,

porque tiene la boca abierta y tampoco parece reaccionar. La lluvia ha quedado suspendida en el aire y ya no cala. Empiezo a asustarme, porque esto no me había pasado jamás, y me agacho de cuclillas con los ojos cerrados mientras me masajeo las sienes con las manos.

— ¡Para, Bailey, para! — me grito a mí misma.

No sé qué estoy haciendo ni por qué lo estoy haciendo, pero el tiempo tiene que continuar moviéndose. El coche tiene que rodar, la lluvia tiene que caer...

— ¡Para, para, para, para!

Aprieto los párpados cerrados mientras las lágrimas comienzan a deslizarse por mi rostro. La frustración va en aumento y no puedo evitar repetirme a mí misma, una y otra vez, eso que me solía decir el doctor Hall: soy un peligro para la humanidad.

Pero entonces, cuando estoy a punto de golpearme la cabeza contra el coche de manera desesperada y estúpida, algo cambia. Hay una cabina junto a la tienda de ultramarinos; uno de esos antiguos teléfonos que pende de la pared y que creía que ya no quedaban en funcionamiento. No solo eso; incluso en funcionamiento, creía que no recibían llamadas, que tan sólo las enviaban.

Pero este sí.

Funciona y está sonando.

Es curioso. Parece que es como si fuera ese maldito teléfono el causante de que el tiempo se haya detenido — y no yo — .

Me levanto con el corazón palpitante y con un mal presentimiento recorriendo mi columna vertical. Se me ha formado un nudo en el estómago, y algo me dice que esa llamada no traerá consigo nada bueno. Una terrible ansiedad comienza a oprimir mi pecho cuando muevo los pies, uno detrás del otro.

Y entonces todo vuelve a la realidad. La lluvia continúa cayendo sobre mi cabeza, el coche sigue rodando sobre el pavimento mojado y la mujer ha terminado de gritarle a su hijo.

Me acerco con parsimonia hasta la cabina y me quedo mirando muy fijamente el auricular. El sonido que produce parece conquistar la calle, y aunque la curiosidad que siento es abismal, mi mal presentimiento vence esa sensación y me hace alejarme un paso atrás.

— Continúa tu camino — me digo en voz alta.

Y por algún extraño motivo, me obedezco.

Giro a la izquierda y dos segundos después, me encuentro bajo el resguardo del techo de la tienda. El anciano me mira con cara de circunstancia y yo intento dibujar una sonrisa que, al parecer, no se vislumbra en mi rostro.

— Tome, cincuenta.

Me apresuro al mostrador y le tiendo el billete.

Estoy retirando mi brazo cuando la anciana se agacha sobre la mesa y lo sujeta con firmeza.

— Confía en tu instinto, niña — me dice, alzando la voz prácticamente en un grito — , confía en tu instinto...

Su marido, horrorizado, se apresura a liberar mi brazo y a suplicar una disculpa prácticamente inaudible antes de volverse hacia su mujer y comenzar a masajearle la espalda de manera tierna y tranquilizadora.

Me despido entre susurros, impactada, recojo la bolsa y abandono el lugar.

En el exterior aún continúa lloviendo... y el teléfono sonando.

Capítulo 5

He aparcado el coche junto a la cabaña, sin incidentes.

A pesar de todo, he regresado sana y salva hasta aquí, y eso es un milagro teniendo en cuenta todos los presentimientos que me han estado acechando a lo largo del día.

Estoy hiperventilando así que lo mejor será calmarme antes de pasar al exterior o Harry sospechará que algo va mal.

Mi vida es esto; un constante miedo detrás de otro. Sentimientos que me invaden y me controlan, sobrepasando todos mis límites. Miedo de lo que me va a suceder y miedo de mí misma.

Cuando quiero darme cuenta estoy llorando desconsolada sobre el volante y, en vez de relajarme, logro un efecto totalmente opuesto al deseado.

Tengo que tranquilizarme; por mí, por él.

Suspiro hondo antes de secarme el rostro, recoger la bolsa y salir bajo la lluvia. Alzo la mirada hacia el cielo y descubro que, en lo que resta de día, lo más probable es que el sol no vuelva a brillar.

Camino con parsimonia, intentando ganar tiempo a mi favor para que el aspecto de mi rostro no me delate. Supongo que, si Harry sospechase que algo ha ido mal, no permitiría que volviera a abandonar la vivienda yo sola.

— ¿Hola? — grito al abrir la puerta y comprobar que el salón está desierto.

De pronto, me fijo en el reguero de pétalos blancos, rosas y rojos que hay en el suelo de madera, marcando un caminito hacia nuestro dormitorio. Sonrío como una niña pequeña, preguntándome qué demonios habrá tramado Harry, y deposito la bolsa en una esquina del salón antes de dirigirme hacia el lugar señalado.

— ¿Harry? — vuelvo a preguntar, incapaz de borrar la sonrisa.

Abro la puerta del dormitorio con delicadeza, procurando adivinar qué es lo que voy a encontrar ahí; pero mi subconsciente parece no querer darme ninguna pista al respecto.

— Feliz cumpleaños, nena — murmura Harry cuando me ve.

El mundo se cae a mis pies en ese instante y no puedo evitar deshacerme en un mar de lágrimas. No recordaba que era mi cumpleaños; aunque tampoco es una fecha a la que preste especial atención. La mayoría de los años lo he pasado atada a una camilla con un suero enganchado a mi vena, así que lo he considerado como un día más que sumar al calendario.

La cama está repleta de pétalos y sobre ella se encuentran dos pequeños paquetes y un sobre. Harry está detrás de ellos, pero cuando ve mi rostro empapado en lágrimas rodea el colchón y se aproxima a mí para abrazarme.

— Deja de llorar o pensaré que no te ha gustado — me dice, con una sonrisa de oreja a oreja.

Parece emocionado, y eso consigue conmoverme aún más.

Me estrecha con fuerza contra su cuerpo y besa mi cuello con delicadeza hasta alcanzar mis labios. Aspiro su sabor, rindiéndome al momento tan especial que comparto con él antes de que se aleje tirando de mí.

— ¡Vamos, ábrelos!

— No tenías que... — comienzo, pero no logro terminar la frase.

— Creo que es la primera vez que hago un regalo de cumpleaños, Bailey, así que procura no quitarle importancia al asunto — bromea, guiñándome el ojo derecho.

Yo asiento con una sonrisa y me coloco sobre los pétalos con un pequeño paquete en el regazo.

Son los dos muy pequeños y ambos están envueltos con cartulina de color morado. Alzo la mirada hacia él y se encoge de hombros.

— Supongo que no podía aparecer con papel de regalo en casa o te hubieses dado cuenta de mis intenciones, ¿no?

Tiene razón.

Divertida, arranco el envoltorio y me quedo observando una cajita de plástico que parece hecha con una caja de cereales. Estoy intentando contener la risa, pero no puedo.

— No seas cruel... — me recrimina, sin ocultar una sonrisa — , venga, termina de abrirlo.

Me gusta.

Me gusta que sea sencillo, que se haya molestado en ocultármelo y en darme la sorpresa — a pesar de que estas últimas no me agraden absoluto — . Abro la cajita de cartón y agarro un pequeño cordón que hay en el interior. Cuando tiro de él, una perfecta “B” tallada en madera y pintada de un azul celeste aparece en el otro extremo.

— Lo he hecho yo — explica — , sé que no es gran cosa, pero espero que te guste. Creo que combinará con tus ojos...

— Me encanta.

En realidad, no tengo palabras para expresar lo que siento.

— Es la primera vez que hago un regalo — musita, entrecortado.

— Es la primera vez que recibo uno — contraataco, quedando en tablas.

Ambos saltamos en carcajadas y yo me apresuro a recoger el segundo paquete.

Con rapidez, arranco el papel y otra pequeña cajita aparece tras él, aunque

esta vez es de madera tallada. Tiene pequeños dibujos en ambos costados y un cierre de metal con forma de caracol.

— ¿También la has hecho tú?

Él asiente.

— Es preciosa — susurro, deslizando el dedo por los dibujos grabados que contiene la tapa.

— ¡Ábrela! — me insta, acercándose a mí.

Yo obedezco y la destapo.

— Es... — comienzo, entrecortada — , ¿es una caja de música?

Sacude la cabeza en señal afirmativa y me enseña cómo ponerla en funcionamiento.

— Es sencillo — murmura, girando el caracol que contiene el cierre — , ¿ves?

De pronto, la melodía de piano surge de su interior y comienza a resonar, hipnotizando el ambiente.

— Encontré el interior junto al arroyo y pensé que podría quedar bien. ¿Te gusta?

— Mucho.

— ¿Reconoces la melodía?

— Sí, la conozco... Es “Für Elise”, de Beethoven — le explico, recordando aquellos años de mi infancia que todavía puedo considerar felices — , a mi padre le encantaba la música clásica, pero sobre todo, adoraba los solos de piano.

La caja continúa haciendo sonar las notas, una detrás de otra, hasta alcanzar su final. Harry me abraza por la espalda mientras yo me apresuro a coger el sobre.

— Creo que me gusta que sea mi cumpleaños — le digo, sonriente.

— Entonces tendremos que celebrarlo todos los años, ¿no crees?

Asiento mientras me concentro en sacar la carta del sobre. Es una nota, nada más. Pero una nota cargada de sentimiento y significado para mí.

“Jamás volverás a estar sola. Te quiero”.

Debajo, escrito con una pulcra caligrafía, su nombre.

— ¿Jamás? — pregunto, con los ojos empañados en lágrimas.

Él asiente, jurándolo solemnemente con su mirada.

— Jamás, Bailey.

No quiero parecer tan emotiva y débil, así que me enjuago el llanto y me dejo caer sobre la colcha, junto a él. Me abraza y me acaricia la espalda y yo de mientras hago sonar una y otra vez la cajita musical.

En las siguientes dos horas nos mantenemos de esa manera, intercambiando alguna frase de vez en cuando para corroborar que ambos continuamos despiertos. Me siento feliz. Me siento afortunada de tenerle.

— Harry... — susurro para asegurarme de que está despierto.

— ¿Mmm...?

Desde mi posición, puedo ver cómo el cielo se ilumina con un rayo detrás de otro. El espectáculo es impresionante y, a su vez, estremecedor.

— No sé qué haría sin ti...

Él me aprieta con más fuerza contra sí mismo y tira de la manta para cubrir nuestros cuerpos.

— Tampoco te hace falta saberlo — responde — , voy a estar aquí siempre. Te lo he prometido.

Capítulo 6

En el pasado.

Ella.

— ¿Bailey? ¿Bailey?

La pequeña alza su mirada azul en busca de la voz que la reclama pronunciando su nombre una y otra vez con nerviosismo.

De fondo, una suave y lenta melodía inunda el habitáculo.

— ¿Papá? — pregunta, confusa, esperando que aparezca en el umbral.

Pero parece demasiado atareado para acudir.

— ¡Ponte los zapatos o llegaremos tarde! — le grita desde otra habitación.

La niña suspira, antes de regresar la mirada hacia el folio que tiene sobre la mesa.

— ¡Pero tengo que terminar el ejercicio! — protesta, enfurruñada con su papá.

Sin obedecerle, vuelve a centrar su atención en el ejercicio y termina de garabatear la primera ecuación para resolverla.

Le encanta.

Le encanta practicar las matemáticas y le encanta que su padre le siga comprando cuadernillos de ejercicios. Además, se siente orgullosa, porque en la cubierta del librito marca una edad aproximada de dieciséis años y ella tiene cinco años y tres cuartos de otro año.

— Cariño, vamos a llegar tarde a donde el tío Lewis — le dice, agachándose junto a ella para quitarle el lápiz.

— ¡Papá! — protesta, cruzando los bracitos sobre su pecho — . ¡No he terminado!

El hombre resopla, liberando con lentitud todo el aire que contienen sus pulmones para armarse de paciencia.

— Cariño, deja el ejercicio para luego, por favor... — le dice con voz muy suave, procurando convencerla. Pero no funciona, porque los ojitos azules de la pequeña comienzan a encharcarse con rapidez — . Cariño, si te pones los zapatos rápido y dejas el ejercicio, te compraré más libros de matemáticas de vuelta a casa.

Entonces, reaccionando ante esas palabras mágicas, la pequeña Bailey sonríe y sale disparada a por sus zapatos.

En el coche su padre vuelve a poner la música clásica, esa melodía suave y lenta que acompañando el murmullo del motor puede resultar adormecedora.

— ¿Papá? — pregunta, mientras el hombre aprieta con fuerza ambas manos alrededor del volante.

Parece distraído y preocupado, y Bailey no puede evitar darse cuenta. Por lo general, su padre suele hablar mucho con ella.

— ¿Papá?

Pero él no responde.

Mantiene la mirada fija en la carretera y la mente en algún lugar muy lejano al vehículo.

La niña se acurruca contra la ventana con un mal presentimiento acechando su mente. Se dice a sí misma que no ocurre nada malo, pero en el fondo sabe que se está engañando. Cierra los ojos, decidida a dormirse, y cuando los abre de nuevo — veintiún minutos después — , su vista tropieza con el gigantesco rascacielos de Pharma Labs.

Últimamente pasan mucho tiempo ahí, así que no se sorprende y supone que el “tío Lewis” les estará esperando con más ejercicios para ella.

No le gusta el tío Lewis. A veces puede ser muy desagradable con ellos, y aún así su padre continúa haciendo lo que él manda. Además, ¿por qué tiene

que llamarle tío si no es su tío? Bailey no entiende nada.

Su padre aparca el coche en la misma plaza de aparcamiento de siempre, porque está asignada solo para él. Se baja, rodea el vehículo y abre la puerta trasera del copiloto para sacar a su hijita.

— ¿Papá, qué te pasa? — le pregunta asustada.

Él se limita a auparla entre sus brazos y camina apresurado en dirección al ascensor de la entrada.

— ¡Papá, háblame! — grita Bailey, que no entiende por qué, de pronto, su padre ha decidido ignorarla.

Cuando el pitido les indica que han llegado a la planta señalada, su padre la deja en el suelo y se agacha junto a ella.

— Papá te quiere mucho, Bailey — dice, sin añadir nada más.

Tira de su mano para obligarla a caminar por el pasillo, pero la niña se resiste. El mal presentimiento que tiene en su estómago va aumentando según pasan los segundos.

— ¡No quiero! ¡No quiero, papá! ¡No!

Pero no sirve de nada que grite y no camine, porque él la arrastra hacia la puerta del fondo. Cuando llegan, el tío Lewis ya está ahí, sentado en su escritorio con una torre de papeles frente a él. Les sonrío y un escalofrío recorre el pequeño cuerpecito de la niña.

— ¡Mi niña preciosa! — dice Lewis, levantándose del asiento — . ¿Cómo estás hoy?

La pequeña aprieta la mandíbula y sacude la cabeza en señal de negación. Entonces Lewis sonrío, pero la sonrisa no llega a sus grisáceos ojos malévolos.

— ¿Petter? — dice, señalando a su papá — , te veo luego. Será mejor que te marches.

El hombre duda, inquieto, sin soltar la manita de la niña.

— Petter, vamos... — replica, suspirando con indignación — . La que tiene cinco años es ella — añade, señalando a la niña — , creo que puedes enfocar esto de un modo más científico, ¿no?

Continúa inmóvil, incapaz de tomar decisiones.

— No sé si...

— ¡No empieces! — le corta Lewis, alzándose de su escritorio y caminando hacia padre e hija — . Creo que las cosas quedaron bastante claras la última vez — dice con tono amenazante — , el gobierno y las autoridades te han dejado presente las opciones que tienes, y después del incidente, no deberías comportarte de esa manera. Deberías agradecer que no te la hayan quitado.

Bailey, cada vez más nerviosa, aprieta con fuerza la manita de su padre. Están hablando del incidente. ¿Por qué ellos pueden hablar del incidente? Su padre le dijo que jamás podía contárselo a nadie.

— ¡Pero solo es una niña, Lewis! — exclama, con los ojos empañados — . ¡No entiende qué ha pasado!

Lewis sacude la cabeza, iluminando una sonrisa en su rostro.

— Solo serán unas pruebas, después podrás irte a casa con ella hasta el sábado que viene — murmura en un tono tranquilizador — . Si se evalúa y se llega a la conclusión de que no supone ningún peligro, todo quedará resuelto, ¿no crees?

Petter, nervioso, asiente.

— Pero las pruebas son importantes, muy importantes — continúa Lewis, colocando la mano sobre el hombro de su amigo — . Piensa que tu hija ha herido de gravedad a otro niño, Pett. Seamos lógicos... ¿Y si la siguiente vez hace estallar una bombona de butano en vez de un jarrón?

— Pero ella no quería... Solo estaba jugando y...

— Petter, venga, vamos... — continúa, arrancando a la pequeña de su mano — , todo se resolverá, pero esto es necesario.

Entonces Bailey siente cómo ese nudo en su estómago comienza a

estrangular los órganos de su interior. Grita, llora, chilla... Pero su padre ya está dándole la espalda y continúa caminando por el pasillo.

— ¡¡¡PAPÁ!!! ¡¡PAPÁ!!

Van a hacerle algo malo. Lo sabe. Lo presiente.

Lewis se la está llevando en volandas hacia la habitación de los monstruos, y ella no quiere estar ahí. Ahí no.

¡Quiere hacer ejercicios matemáticas! ¡No quiere ir a la habitación! ¡A esa habitación, NO!

— ¡¡PAPÁ!!

Entonces su padre se gira; tiene la cara empapada en lágrimas. Bailey piensa que ha cambiado de idea y que va a volver a buscarla, pero no lo hace. Pronuncia un insonoro “lo siento” y gira la esquina para desaparecer de su campo de visión.

Nadie va a ayudarla. Van a meterla en la habitación de los monstruos y nadie la ayudará a escapar.

Capítulo 7

— Voy a comprobar que esté todo — dice Harry, girándose hacia la cabaña.

La lluvia ha cesado, pero antes de marcharse se ha asegurado de que todas las carreteras hayan quedado resbaladizas y encharcadas.

Me quedo fuera del coche mientras él entra en la cabaña y me tomo unos segundos para despedirme de este lugar. Me gusta mucho. Muchísimo. Y además sé que no encontraremos otro refugio tan bonito como este.

A pesar de todo, soy muy consciente de que ha llegado la hora de partir. Las pesadillas y los malos augurios no dejan de atacarme y empiezo a pensar que, si nos quedásemos en este lugar, sería inevitable que sucediera una desgracia.

Echo un último vistazo a la cabaña y al bosquecito que la resguarda. Desde aquí escucho el murmullo del agua corriendo por el riachuelo, así que cierro los ojos y me lo imagino.

— Ya está, nena — murmura Harry en mi oreja — , estamos listos.

Me abraza y le devuelvo el abrazo con fuerza antes de subirme en el coche.

De fondo, en la radio, resuena una canción country. Harry conduce con una media sonrisa y sé que lo hace para intentar cambiar mi estado anímico y que no esté disgustada. Le apena tanto tener que marcharse como a mí, lo noto.

— ¿Hacia dónde nos dirigimos? — pregunto cuando estamos cruzando el sendero sin pavimentar que une la casita con la calzada del pueblo.

Se encoge de hombros, pensativo.

— No lo sé, saca el mapa de la guantera y decide, ¿te parece?

— Sí, está bien.

Coloco el mapa de Canadá sobre el salpicadero y me quedo observándolo en silencio mientras me pregunto a dónde podríamos ir. Me apetece visitar un lugar cálido y seco, pero supongo que eso está bastante difícil.

Harry detiene el coche en el semáforo que hay frente a la tienda de ultramarinos y se deja caer a mi lado para examinar las rutas que hemos marcado sobre el papel. Según él, son las más seguras para circular.

— ¿Te llama algo la atención?

Me encojo de hombros y él sonríe, besándome fugazmente la mejilla.

Pero no puedo devolverle el beso porque está sucediendo de nuevo. La burbuja comienza a invadirme, enturbiando mi alrededor y paralizándolo. Siento cómo mi realidad se tambalea y procuro mantener la compostura para no delatarme ante Harry; pero es imposible. Algo malo está ocurriendo, lo presiento.

— ¿Bailey?

Su voz llega de fondo.

Sé que está a mi lado, en el asiento, pero tampoco consigo fijar mi atención en él. La angustia, tan conocida y habitual, comienza a oprimirme el pecho salvajemente mientras el aire de mis pulmones se agota.

— ¿Bailey? ¡Dime qué está pasando!

Intento concentrarme, respirar hondo y mantenerme serena; ¿qué ocurre? No veo ningún peligro... En realidad, no creo que nadie pueda hacernos daño. Pero entonces...

Dos segundos más. El teléfono que hay cerca de la tienda de ultramarinos tarda dos segundos más en comenzar a sonar. Entonces todo cobra sentido, porque ese sonido es el único que puedo atisbar con claridad entre todo el borrón que me está causando mi burbuja. El teléfono resuena una y otra vez,

sin detenerse; al igual que lo hizo cuando bajé a hacer la compra.

— La llamada es para nosotros — murmuro ensimismada, intentando aclarar mi comportamiento.

Es lo único que puedo decirle porque estoy muy confusa. Me cuesta pensar.

— ¿Qué llamada? — pregunta Harry, confuso.

Baja mi ventanilla para que entre el aire fresco en el vehículo y me despeje. Está tenso, puede advertir el pánico que circula por mi cuerpo y presiente que algo malo va a suceder.

El semáforo se pone en verde y un coche nos adelanta, pitando y señalando de mala gana a Harry cuando pasa por nuestro lado.

— Bailey, dime, ¿de qué estás hablando?

Abro la puerta y salgo a la carretera.

Mis movimientos son autómatas, como si me hubiera convertido en una polilla atraída por una luz. Sé que, cuando descuelgue ese teléfono, me quemaré. Sea quien sea la persona que me espera al otro lado, no dirá nada agradable, lo presiento.

Quiero hacer caso a la anciana de la tienda y confiar en mi instinto, salir huyendo. Pero la burbuja no me lo permite; la burbuja que colapsa todo lo que me rodea, todo lo que siento, me obliga a acercarme a la cabina.

Cuando quiero darme cuenta, estoy delante de ella alzando la mano para descolgar el auricular. Harry también ha venido y se encuentra detrás de mí, hablándome; pero no le escucho. No entiende que está pasando ni a qué se debe la tensión.

— ¿Harry? ¿Harry, eres tú?

La voz de una mujer paraliza mis sentidos unos segundos y, después, la burbuja desaparece y todo vuelve a estar exactamente igual que antes.

— ¿Quién eres? — pregunto, intentando ocultar el timbre de pánico que contiene mi voz.

— ¿Está Harry contigo? — repite la mujer, ansiosa — ¿Podría hablar con él?

Me esfuerzo por entender lo que está ocurriendo, pero soy incapaz.

— ¿Quién eres? ¿Qué quieres? — insisto, temblorosa.

Harry se ha colocado detrás de mí, intentando averiguar qué es lo que ocurre. Quiere que le dé el auricular, porque sea lo que sea, cree que él podrá solucionarlo y protegerme.

— Soy su madre... La madre de Harry — explica la mujer entrecortadamente — . Ellos me han dado este teléfono.

“Ellos”.

Lewis Hall y sus hombres; ellos.

— ¿Hola? ¿Podría hablar con Harry? ¿Hola?

Sin responder, le tiendo el teléfono y me dirijo hacia el coche. Las piernas me tiemblan compulsivamente y presiento que si no consigo un lugar en el que sentarme, terminaré desmayándome en mitad de la carretera.

Cuando logro llegar hasta el BMW, apoyo mi cabeza en las rodillas y me acurruco hecha una bola, procurando buscar la lógica de todo esto.

Nos han encontrado.

Saben dónde estamos.

Existían pocas maneras de dañarnos, al menos mientras Harry y yo nos encontrásemos juntos en un lugar seguro, pero, al parecer, el ingenio del doctor Hall no conoce de límites. Han buscado la manera de apretarnos las tuercas, de hacernos dudar.

¿Será esa mujer, realmente, la madre de Harry?

A mí no me queda familia y a Harry tampoco le quedaba; bueno, en realidad, sí. Pero, ¿cómo han averiguado que su madre seguía con vida? Supongo que ahora intentarán realizar un intercambio o algo similar; la vida de ella por la mía.

Cuando consigo alzar la cabeza, miro hacia el exterior y me encuentro con

Harry cruzando la carretera en dirección al coche. No tiene buena cara; aunque parece más seguro y confiado que yo. Tras él, contemplo a la anciana que sobre su bastón, tiene la mirada fija en dirección al coche. Me pregunto si realmente podrá llegar a ver algo o sufrirá una ceguera total... Y a qué se había referido cuando me pidió que confiase en mi instinto. ¿Sabía lo del teléfono?

— Nos vamos — murmura Harry con seriedad.

Acciona el motor, mete primera, y sale escopetado del lugar.

Conduce a una velocidad tan elevada que al principio me asusto, pensando que los hombres de Hall nos están pisando los talones. Pero luego me doy cuenta de que no; nadie nos sigue. Aunque es evidente que conocían nuestra ubicación, no percibo ningún peligro y saco la conclusión de que no han venido a por nosotros.

— ¿Cómo han sabido dónde...?

— No lo sé — me corta, apretando con fuerza el volante entre sus manos con la vista fija en la carretera.

Aprieta la mandíbula y se tensa, acelerando más.

Hemos entrado en la autopista, así que yo también me tenso. Algo va mal. Una de las principales normas de Harry es viajar por carreteras secundarias y evitar a toda costa las autopistas o las carreteras de peaje que puedan tener cámaras de vídeo seguridad.

Le miro y me concentro en él, intentando comprender qué es lo que está haciendo... ¿Me va a entregar? No tiene sentido su forma de actuar. Siento cómo poco a poco la carretera desaparece y solo queda él, con sus ojos chispeantes de rabia. Voy rebuscando para entender hasta que... Hasta que, al final, lo entiendo todo.

Él también ha llegado a la conclusión de que nos han encontrado; aunque es algo evidente, cuesta comprender por qué no han aparecido aquí para intentar darnos caza. Por lo que siento, Harry tiene la teoría de que intentarán sobornarnos para dar con nosotros, y también cree que nos llevan ventaja. Saben dónde estamos, cómo nos movemos y nuestra forma de movernos.

Empieza a pensar que todo este año nos han estado vigilando, por eso se ha metido en la autopista, porque es algo que antes no hubiera hecho. Hay que cambiar de vehículo, hay que buscar otro modus operandi y comportarse, en cierta manera, de una forma irracional.

— ¿Harry?

Ahora está pensando hacia dónde dirigirse.

Cree que lo mejor será encontrar una zona sin cobertura que no se pueda rastrear; así que está complicado. Hoy en día hay antenas por todas partes... Creo que está pensando en alquilar un barco. ¿Un barco? No puedo evitar soltar una carcajada.

Por primera vez desde que se ha subido al coche se destensa y me observa.

— ¿Qué te hace gracia? — inquiera, mirándome de reojo.

— ¿De verdad? ¿Un barco? ¿Esperas vivir en mitad del océano?

Me guiña un ojo y vuelve la vista a la carretera.

— Puede ser, Bailey...

Quiero saber más acerca de la llamada.

Quiero saber qué piensa sobre ello y si cree de verdad que esa mujer con la que Hall intenta manipularnos podría ser su madre, pero no sé si está preparado para hablar aún de ello y decido esperar a que él de el paso hacia esa conversación.

Harry apaga la radio y aprieta más el acelerador, haciendo rugir levemente el motor del BMW. Viajamos a ciento cuarenta kilómetros por hora, suficiente para que vaya agarrada al asiento y tema por nuestra vida.

Cuarenta minutos después, tomamos la salida que lleva el número noventa y cuatro a ochenta kilómetros por hora. Destenso mis músculos y me permito relajarme en el asiento.

Intento averiguar en qué piensa él, pero está cerrado herméticamente. Quizás, incluso, se esté esforzando por mantener la mente en blanco.

El paisaje que me proporciona la ventana es agradable.

Estamos recorriendo paralelamente unos acantilados y puedo ver el oleaje salvaje y revuelto del mar. Por una parte me resulta tranquilizador, aunque por otro lado me inspira verdadero respeto y..., ¿temor?.

Me imagino ahí sola, en mitad de la nada, y la angustia no tarda en aparecer. Eso me recuerda la promesa que Harry me ha hecho; que jamás me dejará sola. Supongo que la llamada que ha recibido le obliga a jugar las cartas de otra manera, ¿no?

— ¿Puedes parar el coche? Necesito tomar el aire.

Él sacude la cabeza en señal de negación y pulsa el botón que abre mi ventanilla. Yo vuelvo a pulsar el botón, irritada, para subirla.

— Te he pedido que pares.

— No — repite muy serio — , no es buen momento. Tenemos que alejarnos lo máximo posible de la cabaña, así que hasta dentro de otro par de horas no pararemos.

— ¿Vuelvo a ser prisionera? ¿Ahora recibo ordenes?

No quería decir eso, pero escupo las palabras sin darme cuenta. Como es tarde para rectificar, me cruzo de brazos y me mantengo firme en el asiento mientras mis ojos se van encharcando por la frustración.

— Bailey... — susurra él, suspirando.

Poco a poco va deteniendo el coche hasta terminar aparcándolo en la cuneta. Me mira con el rostro crispado y en ese momento comprendo el daño que le han hecho mis palabras.

— Lo siento.

Él sacude la cabeza en señal de negación y coloca una de sus manos sobre mi rostro. Está fría y húmeda, como si de la tensión se habría formado en ella una capa de sudor gélido. Mi corazón se acelera ante ese repentino contacto y cada una de las células de mi cuerpo responde a él. Le necesito, le deseo, le amo. Soy muy consciente del daño que sufriría si me abandona, aunque algo en mi interior me impide decirlo en voz alta en este momento.

Salimos del coche y Harry entrelaza sus dedos con los míos, aprisionando mi mano en el interior de la suya. El viento álgido golpea nuestros rostros con un olor a sal marina que arrastra desde el océano. Caminamos en silencio, contemplando el espectáculo que nos brinda la naturaleza mientras seguimos el sendero que hay marcado junto al acantilado.

— Se supone que erami madre — me dice, finalmente.

Yo asiento, intentando comprender qué es lo que pasará ahora. Sospecha que el doctor Hall no se arriesgaría con un farol de tal calibre.

— He hablado con él — continúa — , y me ha dicho que ella llevaba muchos años buscándome. Supongo que me he ocultado muy bien de la sociedad, porque no ha sido capaz de dar conmigo hasta ahora. Gracias a él.

— ¿Crees que involucrarán a una civil inocente en todo eso?

Al fin y al cabo, Harry ni siquiera conoce a su madre. No tiene sentido que mezclen a una tercera persona en este asunto, pero ambos sabemos cómo de lejos será capaz de llegar Hall por dar conmigo.

— Me ha dicho que nos espera — señala — . Bueno, literalmente, ha dicho que mi madre disfrutará de la comodidad de las instalaciones de Pharma Labs hasta que regresemos. Después ha añadido que nos tomemos el tiempo necesario para hacer el viaje de vuelta cómodamente, que mientras tanto él se encargará de que no le falte de nada.

Resoplo, incrédula.

Aunque en realidad, ¿de qué me sorprende? Son las palabras exactas que imaginaría de alguien como el doctor Hall.

Detengo mis pasos y me giro hacia él. No veo temor en sus ojos y eso me induce cierto sosiego.

— ¿Qué vamos a hacer, Harry?

Él sacude la cabeza.

— Nada, no vamos a hacer nada.

— ¿Y tu madre?

— No lo sé — confiesa, mirándome fijamente a los ojos — . Supongo que no es mi problema. Ella se ha metido en la boca del lobo.

Nos quedamos unos segundos así, mirándonos fijamente. Quiero decirle que no podemos ignorar los hechos y que tampoco puede dejar a esa mujer a su suerte, pero las palabras no me salen y el egoísmo me vence. No quiero que me abandone; eso es lo único que mi cabeza me repite una y otra vez.

Si Harry se marcha, yo volveré a ser esa niña sola y asustada a la que nadie ayudó. Y no sé si podré soportarlo, si seré capaz de revivir esa etapa de mi vida por tercera vez.

Regresamos al coche en silencio y en las próximas horas ninguno de los dos hablamos. Supongo que tenemos demasiadas cosas en las que meditar.

Capítulo 8

En el pasado

Él

Han pasado varios días, pero Harry no es capaz de olvidar el rostro descompuesto que puso su mamá cuando recibió la llamada. Supone que, cuando se echó a llorar tan desconsoladamente, gritando enloquecida, fue porque la enfermedad la invadió. Ahora está mucho más enferma, porque no consigue hablar ni moverse de la cama. Y lo peor es que él no sabe cómo curarla.

El niño se despierta con hambre y se pasea por la casa en busca de algún alimento, pero sabe perfectamente que no encontrará nada porque desde hace días repite el mismo ritual. Enciende la televisión y se sienta en el sofá para ver los dibujos animados.

Pero dos horas después el estómago le ruge tanto que siente dolor y se tiene que apretar la tripita para soportar los retortijones. Llora, llora mucho. Llora tanto como lloró su mamá el día de la llamada.

Cuando los retortijones paran, se da cuenta de que se ha caído del sofá y está tirado en el suelo. Desde esa perspectiva puede ver el teléfono que hizo llorar a su mamá. Ahora no tiene el cable conectado, así que no suena nunca y eso es bueno. Harry teme que si vuelve a sonar su mamá enferme todavía más.

Cuando consigue aplacar el hambre, la sed le ataca. Tiene la garganta muy seca y le cuesta hablar en voz alta. Decide que volverá a intentar hablar con su mamá y camina semidesnudo hasta la habitación de ella.

Abre la puerta y comprueba que todo sigue igual que el día anterior.

— ¿¿Mamá?? — pregunta en un susurro — , ¿Mami?

Ella parece estar dormida, porque no se mueve ni reacciona.

Tiene las cortinas corridas y solamente se puede ver a través de los leves rayos de luz que consiguen hacerse un hueco a través de los agujeritos. Harry se acerca hasta su mamá con los ojos bañados en agua salada y alarga el bracito para tocarla. Está muy fría y se pregunta si tendrá frío.

— ¿Mami? — vuelve a preguntar.

Tiene que despertar, ¿no? Además, ya lleva muchos días malita y tendrá que ir al médico para ponerse buena, ¿no?

— ¿Mami?

Su aspecto es nefasto.

Está tirada en la cama, con unas ojeras negras y muy pronunciadas alrededor de sus abiertos ojos. Es impactante, porque los tiene muy, muy abiertos, pero en realidad no está mirando absolutamente nada. Ni siquiera puede verle a él. Únicamente mantiene los párpados arriba porque, si los baja y la oscuridad la envuelve, los recuerdos la atacan y son demasiado dolorosos de soportar.

Harry se queda mirando la botella y la caja de pastillas que hay en la mesilla de su mamá. La botella está abierta porque cuando su madre saca fuerzas para incorporarse va bebiendo de ella a pequeños traguitos.

— ¿Mami? Tengo sed...

Como no responde, ni reacciona, el niño alarga el brazo para coger la botella. No huele demasiado bien, pero tiene tanta sed y tanta hambre que le es indiferente. Solo necesita llevarse algo que no sean sus uñas al estómago.

Entonces su madre clava esos ojos carentes de alma en él y lo escruta con horror.

— ¿Qué haces, Harry? — pregunta con el rostro lleno de ira.

El niño, congelado de miedo, se echa a llorar.

— ¿Qué demonios te crees que estás haciendo? — repite ella, quitándole la botella de las manos y empujándolo contra la pared.

Él está tan asustado que no responde.

Se da un golpe muy fuerte en la cabeza; duele. Duele tanto que, incluso, detiene su llanto.

Ella le está mirando con repugnancia y él no sabe cómo reaccionar. Quiere decirle que tiene mucha hambre y sed, que la quiere mucho y que está muy triste; pero el golpe de la cabeza le impide hablar. Duele. Duele mucho. Que la necesita. Que tiene que curarse porque él necesita mucho a su mami.

— ¡Vete de aquí, Harry! ¡SAL! — exclama con el rostro repleto de ira y de odio.

Se levanta y se marcha apresurado, cerrando la puerta tras de sí. Pero no llega a dar el tercer paso en dirección al salón cuando pierde el conocimiento y cae derrumbado en el suelo.

Ella no escucha el ruido que ha hecho el cuerpecito de su hijo desplomándose sobre el parqué y tampoco ve la sangre de la que se ha teñido la pared de su habitación tras el empujón. Le pega un largo trago al Bourbon y vuelve a tumbarse en la misma postura en la que lleva desde hace días mientras abraza la camisa de su difunto marido con ansia. El olor a él poco a poco se va desvaneciendo, y eso la atormenta demasiado.

Cuando el pequeño Harry abre los ojos sabe que ya ha anochecido, porque todo está a oscuras. El dolor de la cabeza es insoportable; tanto, que ya casi no siente el hambre y la sed. Empieza a gritar, asustado, intentando aplacar el temor que le invade.

Quiere que su mami se levante y le ayude. Quiere que su mami se ponga bien.

Grita, grita y grita más. Con todas sus fuerzas, con todo el aire que contienen sus pulmones. Grita aunque la garganta le duela mucho, aunque se esté ahogando al hacerlo.

Son las cuatro de la madrugada cuando la vecina del piso que hay en frente escucha los gritos de espanto que resuenan por toda la escalera. Se pregunta si estarán robando y decide llamar a la policía, incapaz de reunir el valor suficiente como para acudir a ayudar. Pero quince minutos después, los gritos

continúan y la patrulla que ha solicitado aún no ha acudido al lugar. Los chillidos del pequeño son atroces, así que guiada por un instinto maternal, decide ponerse la bata y salir al rellano aunque eso signifique jugarse la vida.

No se escucha ningún ruido en el interior del piso a excepción de los chillidos, que a pesar del tiempo transcurrido, continúan siendo igual de fuertes que cuando han comenzado. Toca el timbre una vez, pero nadie responde. Vuelve a tocar el timbre. La segunda vez los gritos del niño se detienen y escucha unos pasitos aproximándose a la puerta. Más vecinos han salido al rellano guiados por la curiosidad y todos están esperando impacientes para descubrir a qué se debe aquel escándalo.

Cuando la puerta se abre, la mujer es incapaz de ahogar un bramido horrorizado. El pequeño Harry, ese niño de cuatro añitos al que lleva viendo crecer desde que era un bebé recién nacido, aparece desnudo y sucio, con el rostro repleto de sangre coagulada y seca. Está tan delgado que se le pueden contar las costillas.

Todos los vecinos saltan en muecas de espanto y horror, pero es ella la que antes consigue pasar en estado de shock y protege al niño entre sus brazos, horrorizada.

— ¡Qué alguien llame a una ambulancia! — exclama, preguntándose dónde se encontrará la madre de esa pobre criatura.

Capítulo 9

Harry se baja del coche para investigar el sendero y yo me quedo aquí, esperándole. Le veo cómo se adentra un poco en el interior, pero no llega a entrar lo suficiente como para que le pierda de mi campo de visión.

Llevamos dos días de viaje y durante este tiempo prácticamente no hemos hablado de nada. Viajamos en silencio con la radio puesta de fondo, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. El lado bueno de todo esto es que no he vuelto a percibir ningún peligro externo, por lo que supongo que estamos a salvo.

Vuelve hacia el coche y se asoma por la ventanilla.

— ¿Crees que podremos bajar con el coche?

Yo me asomo para inspeccionar mejor el terreno.

— Seguro — respondo, aunque no estoy muy convencida.

La verdad es que no me apetece meterme en el barro y alcanzar el camping cubierta de fango y hierbajos.

Vuelve a subirse al BMW, se pone el cinturón y comienza a maniobrar marcha atrás para girar e introducirse en el camino.

Harry tiene una especie de GPS en el coche. No lo lleva puesto, pero este viaje ha hecho uso de él para comprobar qué lugares recibían señal y qué otros no. Al parecer, aquí no hay cobertura de ningún tipo, así que supongo que hemos encontrado el refugio perfecto.

El coche comienza a dar pequeños saltos, sobrepasando los pedruscos con los que nos vamos tropezando hasta que cinco minutos después las caravanas del

camping aparecen en nuestro campo de visión.

La verdad es que este lugar no tiene demasiado buen aspecto; ni siquiera parece que esté abierto al público; pero aún así Harry desciende hasta aparcar en la misma puerta del módulo que corresponde a la recepción.

— Aquí no hay nadie — auguro, un tanto feliz.

Es un lugar lúgubre y frío, gris, en mitad de una ladera de montaña; está rodeado de árboles y de vegetación y no parece demasiado... agradable. Si soy sincera conmigo misma, lo último que me apetece es pasar una noche aquí.

Harry se queda unos segundos en silencio, sopesando las opciones que tenemos. Mira al frente, hacia la hilera de caravanas roídas, y adivino qué está pensando.

— ¡No! — protesto, indignada — ¡No vamos a forzar uno de estos trastos!

Ahora es él quien sonrío, divertido con mi reacción.

— ¡Oh, vamos, Bailey! Déjame recordar mi época de *boy scout* del instituto.

Frunzo el ceño, dubitativa.

— ¿Fuiste *boy scout*?

— Sé disparar con una pistola, cortar con una navaja y hacer fuego... ¿Tú qué crees? — se mofa, risueño, mientras se baja del coche — ¡hay que ser un *scout* para aprender todo eso!

Es en ese instante cuando ambos nos percatamos de la presencia de otro vehículo en el terraplén. Nos lanzamos una mirada cómplice, preguntándonos qué clase de chalado podría querer estar en un lugar tan solitario y húmedo como este.

— Voy a ver... — murmura Harry, acercándose al módulo en el que está la plaquita plateada que reza: recepción.

Golpea la puerta con los nudillos varias veces, sin recibir respuesta. Es evidente que si alguien ha llegado hasta aquí en coche, no ha podido

marcharse a pie.

Veo que Harry se lleva las manos a la cabeza y murmura algo en voz bajita, como si se estuviera reprochando una mala conducta a sí mismo.

— ¿Qué ocurre?

— ¡Nada! — me dice, malhumorado — , que tengo que estar más atento a lo que nos rodea...

Me centro en él para intentar sonsacar información, porque sé que no me contará lo que está pensando.

— ¿No había rodaduras de vehículo en la bajada?

El barro está mojado, así que si otro coche habría descendido por el mismo tramo que nosotros en los últimos días, se vería.

— Ese es el problema, que no me he fijado — replica, irritado consigo mismo — , aunque supongo que si las hubiera las habría visto.

— ¡Eh! ¡Eh!

Nos giramos simultáneamente y encontramos el foco de esa voz.

Una mujer rubia, con una coleta, corpulenta, arrastra a un hombre en silla de ruedas en nuestra dirección. Parece estar resultándole una ardua tarea porque el suelo está fangoso y la silla no avanza con agilidad.

— ¡Buenas tardes! — exclama Harry, acercándose a mí con una sonrisa.

Rodea mi cuerpo con el brazo y me aprieta contra él.

— Hola... — responde la mujer con el ceño fruncido.

Aparca la silla a unos metros de distancia y se acerca hasta nosotros.

— ¿Puedo ayudarles en algo?

— ¿Es usted la dueña de... esto? — pregunta Harry, señalando los alrededores.

La mujer asiente.

— Así es, todo *esto* es mío — confirma, imitando su tono de voz de manera irónica.

Al parecer, *esto* se llama camping. Tendré que enseñárselo a Harry para que no vaya por ahí ofendiendo a la gente.

— Mi mujer y yo estamos buscando algún lugar agradable para alejarnos de la polución de la ciudad, hemos visto el cartel y... Bueno, parece el sitio adecuado para desconectar del tráfico.

Harry bromea y se ríe con cada palabra, disimulando, pero al parecer a ella no le hace tanta gracia.

— Supongo — responde, encogiéndose de hombros — , pero ahora mismo no estamos dando servicio.

— ¿No? ¡Vaya! — exclama Harry, aparentemente entristecido — ¿Y no podría hacer una excepción?

— No es...

— Quiero decir, le pagaríamos más dinero, por supuesto, por todas las molestias — añade, sin dejarla hablar — , y no somos una pareja problemática. La verdad es que no damos demasiados problemas.

La mujer titubea, pensativa.

Parece que se lo está planteando, cosa que, realmente, me disgusta.

El sitio es horrible. Las caravanas están muy sucias y viejas y parece que nadie ha limpiado esto durante al menos... ¿Seis meses? ¿Un año?

— Bueno, verá... Es que durante el invierno aquí no hay nadie para dar servicio.

— ¿Nadie? — repite él, fingiendo un pequeño mohín que no le pega nada.

Desde luego, ¡es muy buen actor!

— No, bueno... — continúa, lanzando una mirada fugaz al hombre que está en la silla de ruedas — , mi padre se queda aquí porque es un ermitaño pero no tenemos más huéspedes hasta el verano y yo vivo a treinta minutos en coche, en el pueblo más cercano.

— Señorita...

— Maya.

— Maya... — continúa Harry, apretándome más contra su cuerpo de manera cariñosa — , lo único que buscamos es un lugar tranquilo donde pasar unas noches, nada más. Si el problema es de confianza podríamos depositar una fianza que...

— ¡No, no! — exclama la mujer, lanzándole otra mirada a su padre — . Está bien, bueno... Me parece bien. ¿Cuánto tiempo os querríais quedar?

Miro de reojo a Harry mientras mi corazón se acelera.

Espero que responda que solo una noche pero...

— ¿Dos semanas? ¿Sería posible?

¿¡Dos semanas?!

La mujer nos escruta de hito a hito, sopesando si estamos mal de la cabeza. Seguramente, en cuanto regrese a su casa, teclee en internet para rastrear el registro de delincuentes en busca y captura, a ver si encuentra ahí nuestras caras. ¿No estaremos en esa lista, no?

— Está bien — concluye, señalando el módulo que tiene la placa de información — , pase un momento.

Harry se gira hacia mí y me escruta, mientras la mujer se aleja pasándonos por la derecha.

— ¿Te encuentras bien?

Asiento rápidamente, sacudiendo la cabeza.

— ¿Me esperas aquí?

Repito el gesto, y él me besa la frente con delicadeza.

Mientras arreglan los papeles necesarios, procuro concienciarme de la situación actual; hemos pasado de vivir en una casita encantadora a estar en un lugar como este, más semejante a un vertedero.

Chuto con la puntera de mi bota una lata vacía de cerveza que hay en el suelo y la sigo con la mirada mientras da botecitos hasta que se detiene, justo bajo la silla de ruedas del hombre.

— Lo siento... — susurro con voz muy bajita, dibujando una leve sonrisa.

El hombre pone los ojos en blanco y baja la mirada, sin responderme.

No parece muy mayor. Calculo que, a lo sumo, tendrá unos cincuenta años. El problema es que está muy mal conservado, seguramente por el esfuerzo físico que le haya requerido su profesión en el pasado. Aún no parece tener canas, pero luce una cabeza afeitadaa cuchilla a la que le ha crecido un poco de pelusilla — seguramente sea el afeitado de una semana atrás — . Aunque físicamente parece encontrarse en buena forma general, su pierna izquierda se ve ligeramente más delgada y huesuda por encima del pantalón.

Estoy intentando adivinar qué demonios puede haberle sucedido cuando la mujer, Maya, y Harry aparecen en el exterior.

Ella me sonrío rápidamente mientras él hace girar la argolla de una llave en el interior de su dedo índice.

— ¿Ven ese módulo de allí? — dice, señalando la caravana más alejada del sendero junto al que estamos.

Ambos sacudimos la cabeza en señal afirmativa.

— Es el de mi padre, Jackson, si necesitan algo...

— ¡Gracias! — exclama Harry, aparentemente feliz.

Desde luego, es muy buen mentiroso.

— Gracias — musito yo.

— ¡Eh, por cierto! — grita Maya — , aquí no hay cobertura. Si salís a la carretera y continuáis subiendo varios metros puede que encontréis una línea o dos.

La sonrisa se ilumina en el rostro de Harry.

Echamos a caminar en dirección a nuestra caravana, que es la catorce.

Está bastante cerca de la piscina artificial, rodeada de un pequeño bosque con una vegetación espesa.

Mientras nos acercamos, Harry me susurra al oído que tiene una buena ubicación.

El módulo es diminuto. Tiene una pequeña cocina, un pequeño baño y una salita con mesa comedor, cuyo sofá se transforma en una cama. Contamos con las provisiones suficientes de alimento como para poder pasar aquí una larga temporada, al menos esas dos semanas. Después, tendríamos que marcharnos. Eso me consuela.

— ¿Estás cansada?

Me pregunta él.

Cuando me giro para responderle ya ha cerrado la puerta detrás de mí y se está acomodando sobre el sofá cama.

— Mucho — confieso.

Llevamos tantas horas de viaje que ya no sé qué significa poder tumbarse estirando las piernas.

Me sumo a él y me tumbo a su lado, justo antes de quitarme la chaqueta. Estira su brazo alrededor de mi cintura y me atrae a su cuerpo.

— Solo va a ser una temporada... — me dice, adivinando mis pensamientos sobre el lugar.

Le devuelvo una sonrisa comprensiva y ambos nos sumergimos en un profundo silencio.

No hemos vuelto a hablar de lo de su madre.

Por algún extraño motivo, se ha convertido en un tema tabú entre nosotros. Es evidente que las opciones que tiene Harry son escasas: salir a buscarla o continuar huyendo de ellos. Escasas y muy dispares, claro. Yo no saco el tema porque creo que estamos actuando de una manera incorrecta, olvidándonos de la vida de una tercera persona. Pero soy incapaz de decirle nada, porque... Porque también sé lo que significa estar sola. Por otro lado, supongo que Harry se siente igual de mal.

Puedo sentir la culpabilidad que lo atemoriza desde que hemos recibido la llamada. Desde entonces se está comportando de una manera... extraña. Está más callado, más distante, con la cabeza constantemente distraída.

— Harry, quizás...

— ¡Ssssh! — me responde con rapidez, colocando su dedo índice sobre mis labios — . Ahora no creo que sea el momento idóneo para hablar sobre ello.

Guardo silencio sin responder.

Tiene razón, supongo. Lo mejor será recuperarse del viaje y sopesarlo al día siguiente, más descansados. Al fin y al cabo, estoy segura de que Hall no le hará nada porque es la única baza que le queda. Ha asesinado toda aquella persona que me importaba así que...

Cierro los ojos, hundiéndome en la temerosa oscuridad. Agradezco el contacto que recibo del cuerpo de Harry porque por algún extraño motivo, incluso antes de quedarme dormida, sé que no lograré tener ningún sueño agradable.

— Dulces sueños... — murmura, regalándome un pequeño beso en la frente.

Capítulo 10

Me despierto con un grito desgarrador.

Al principio pienso que viene del exterior, pero después comprendo que ese sonido ha salido de mis propias entrañas. Un agujero opresor en mi estómago me sacude de dolor mientras poco a poco voy alejando las terroríficas sensaciones que me ha dejado de secuela la pesadilla.

Harry no está.

Eso también provoca que mi corazón, aún demasiado susceptible a cualquier cosa, se desboque. Después comprendo que él no se marcharía sin antes avisarme, así que me relajo diciéndome a mí misma que habrá salido al exterior. Inconscientemente, sé que no quiere ir a buscar a su madre para no tener que separarse de mí.

Me incorporo sobre el fino colchón del sofá-cama y observo el desconocido espacio que me rodea. Prácticamente ha anochecido en el exterior, así que contemplo todo teñido entre las sombras anaranjada del crepúsculo de la montaña.

Me abrigo con la chaqueta y salgo fuera. Puedo ver a la distancia una silueta cerca de nuestro BMW y supongo que habrá salido a descargar las provisiones más imprescindibles.

— Volvemos a lo de antes... — resoplo, recordándome a mí misma que de algún modo han logrado dar con nosotros y que después de eso tendremos que mejorar la seguridad y ser más precavidos.

Me siento junto a la piscina artificial para esperar a Harry y hundo los pies en

el agua para relajarme. Al menos tengo agua cerca, cosa que me consuela bastante. Cierro los ojos e, inconscientemente, rememoro la pesadilla. No quiero hacerlo, pero mi cabeza vuelve a ella una y otra vez, obligándome a evocar. Quiere que comprenda por qué he soñado eso, pero no entiende que a mí me da exactamente igual.

No quiero hacerlo; no quiero volver al sueño.

Y de repente, he vuelto.

Estoy mirándome en el espejo, pero prácticamente no me puedo ver porque las luces están apagadas. Tengo el pelo largo de nuevo y vuelvo a ser castaña, cosa que me hace ponerme feliz a pesar de la enorme tristeza que está carcomiendo mi corazón. En el sueño, sufro; no comprendo mi dolor, pero es abrasador, agotador. Abro el armario de baño que hay junto al espejo y a pesar de la falta de luminosidad, encuentro el bote que estaba buscando a la primera. Sé que esas pastillas harán que mi dolor disminuya, así que saco tres, me las meto en la boca y las ingiero con la ayuda del agua del lavabo.

Estoy a punto de salir del baño cuando otra punzada de dolor oprime mi pecho y desgarrar mis entrañas. Me caigo al suelo, incapaz de caminar, y apoyo mi mejilla contra la fría baldosa del servicio. Siento cómo empiezo a sacudirme en pequeñas convulsiones, pero tampoco me preocupa. Los golpes que recibo alivian por unos instantes cualquier otro tipo de dolor y eso, a pesar de lo que pueda parecer, es muy agradable.

Cuando consigo levantarme, aún confusa, me doy cuenta de que mi mente está sumida en una espesa neblina blanca. No soy capaz de pensar con claridad y me duele mucho, muchísimo, la cabeza. También me duelen las articulaciones de mi cuerpo de una manera similar al agarrotamiento por la falta de movilidad. Pero supongo que nada de eso es comparable con el agujero de mi pecho. Me falta el aire y no puedo respirar; me sujeto contra el umbral de la puerta, sosteniéndome en pie durante varios segundos hasta que poco a poco me voy deslizando por el marco de la puerta para terminar sentada en el suelo.

Me duele tanto... Haberle perdido. Sí, es eso lo que me duele; la soledad. La pérdida del amor. Ahora por fin lo entiendo.

Vuelvo a arrastrarme por las frías baldosas hasta alcanzar el pie del lavabo. Sé que si tomo más pastillas, poco a poco el dolor ira remitiendo. Se ha marchado y estoy sola. No quiero seguir sola. No quiero seguir sin él.

Me obligo a levantarme, diciéndome a mí misma que este es el último esfuerzo que tengo que realizar. Otras tres pastillas. No, mejor cinco. Las ingiero con rapidez y cierro los ojos, esperando a que la maldita medicación haga su efecto de una vez por todas hasta que, de pronto, me derrumbo como un castillo de naipes y caigo en el suelo, desmayada.

— Hola, nena... — murmura Harry en mi espalda, justo antes de sentarse a mi lado en la piscina.

Tengo el corazón acelerado a mil por hora y estoy todavía muy nerviosa.

— ¿Estás bien? — me pregunta con el ceño fruncido.

Es evidente que ha percibido mi agitación.

— He tenido una pesadilla y estaba pensando en ella.

— ¿Qué has soñado?

Me encojo de hombros.

— Nada con sentido — me apresuro a responder.

Muchas veces mis sueños tienen un efecto bastante similar al que tiene la burbuja que me invade. Son presentimientos, sensaciones o... pequeñas predicciones del futuro. No siempre tienen un completo sentido, pero la mayoría de las veces aciertan de algún modo.

Supongo que esto significa que me quedaré sola. Supongo que lo lógico es que Harry regrese en busca de su madre, ¿no?

Supongo.

Supongo...

Me siento como una carga para él. Le he complicado la vida de manera

sobrehumana y, aún estando a salvo, las cosas siguen siendo peor para su persona que para mí.

— ¡Eh, eh! — exclama, colocando la mano sobre mi mejilla — . Mírame.

Obedezco con los ojos empañados en lágrimas.

Dios, le quiero tanto... No quiero perderle porque él lo es todo en mi vida, lo único que le da sentido a mi existencia.

— Vamos a estar bien, ¿vale? — promete, acariciando mi rostro con una delicadeza exquisita — . Todo saldrá bien.

Su sedosa y dulce voz va haciendo que poco a poco mis pulsaciones se estabilicen y vayan regresando a un estado más normal. Apoya los labios sobre los míos, aún con la mano colocada sobre mi mandíbula, y me besa. Al principio es un beso suave y tierno, lento y delicado, pero poco a poco el ansia nos va invadiendo y se transforma en otro beso muy distinto; repleto de pasión y deseo. De necesidad.

— Bailey... — murmura, deslizando la mano por debajo de mi suéter.

Él sonríe con picardía y mi corazón se detiene en el acto.

Es capaz de volverme loca, hacer que mi estado anímico pase de la tristeza a la más absoluta dicha en tan solo unos segundos. Es capaz de sacar cualquier cosa que se proponga de mí, y eso en el fondo me encanta.

Se levanta del suelo y me tiende la mano para que le imite.

— ¿Sabes que eres lo más sexy que hay en este mundo? — bromea.

Yo suelto una pequeña risita.

— ¡Vaya piropo! — exclamo — . ¿Cómo se supone que debe afectarme eso?

Nada más entrar en la caravana, Harry comienza a arrancarme la ropa, deslizando sus manos por mi cuerpo con hambruna.

— No lo sé, dímelo tú... — me pide en voz bajita.

Me mira como si fuera algo comestible, su chocolatina favorita o algo así.

Ese pensamiento me provoca otra pequeña carcajada.

— Supongo que no muy... bien — consigo decir entre beso y beso, mientras su lengua inquieta se desliza por mis labios y va bajando por mi cuello — . Creí que estaaaa...estabas conmigo... por como... como soy... no por mi.... Físico...

Me empuja entre carcajadas y me tira contra la cama.

Me tiemblan las extremidades y comprendo que todo mi cuerpo reacciona instintivamente a su proximidad. Me saca los pantalones con ferocidad y se cierne sobre mí mientras se deshace de su ropa. Escucho su risa suave y sedosa de fondo mientras procuro concentrarme en no perder el control antes de tiempo.

Estamos a oscuras; aún no sé si es porque no hay electricidad o porque todavía no sabemos dónde está el interruptor, pero me es indiferente. Dibujo su silueta entre las sombras y palpo con mis manos sus fuertes músculos. Un cosquilleo recorre mi vientre y, apresurada, enrosco su tronco entre mis piernas y le obligo a aproximarse más a mí más, y más, y más... Hasta que siento su miembro invadiendo todo mi interior, completándome. Aprieta con más fuerza y más fiereza y puedo percibir cómo la excitación se apodera de su mente convirtiéndole en un animal salvaje que quiere tomar aquello que es suyo. Me besa con énfasis, mordiendo mis labios, y presiento cómo el éxtasis le va invadiendo poco a poco para reclamar más placer... Y todo eso hace que enloquezca totalmente y que un orgasmo abrasador recorra mis entrañas haciéndome convulsionar.

Harry se deja caer sobre mi cuerpo, haciéndome ver que el orgasmo nos había atravesado simultáneamente, y yo me abrazo a él, enroscándome y apretándome todavía más, si cabe.

Nos quedamos en silencio un largo rato; en el exterior, el sonido de los animales resuena en la lejanía. Un búho ulala cada diez minutos y descubro con agrado que es uno de los animales favoritos de Harry. Me sorprende al descubrir que aún hay cosas que desconozco de él.

— ¿Me vas a contar qué te pasaba antes? — inquiera, acariciando mi espalda desnuda.

Me besa la nuca con cariño y ese pequeño gesto me reconforta. Sé que puedo confiar en él y hacerle partícipe de mis temores pero... Pero no sé cómo expresarlos en voz alta sin sentirme estúpida.

— ¿No has pensado en la llamada? ¿En lo que te dijo?

No es, precisamente, una explicación; pero supongo que es algo por lo que comenzar a tirar del hilo.

Los músculos de Harry se tensan instantáneamente y no puedo evitar preguntar si he hecho bien en sacar el tema.

— Claro que pienso en la llamada — responde con sequedad — . Aún no comprendo cómo han logrado dar con nosotros...

Yo guardo silencio, sopesando su respuesta.

No era precisamente el rumbo que esperaba que adquiriera la conversación, pero tendré que conformarme con ello e intentar desviar el tema, más tarde, hacia su madre. Está claro que lo está evitando.

— ¿Alguna idea?

Él asiente y yo le ánimo a explicarse.

— No es una idea muy buena, pero lo único que se me ocurre es que nos hayan implantado un chip o algo así, un rastreador.

No puedo evitar soltar una pequeña risita.

— ¿De verdad? Creí que esas cosas solo formaban parte de las películas.

Puedo ver cómo Harry sacude la cabeza negando rotundamente entre las sombras.

— No te creas, es más común de lo que parece.

— ¿Y piensas que podríamos tener uno de esos? ¿Nosotros? ¿En nuestro cuerpo?

Lo medita unos instantes y, finalmente, asiente.

— No se me ocurre otra explicación.

Sopeso la información en silencio y me pregunto si sería posible que mi cuerpo contuviera un chip. Creo que me habría dado cuenta, o al menos, habría notado algo. ¿O no?

— ¿Y si nos han estado siguiendo? — propongo en un susurro — . Sin que nos diéramos cuenta, digo.

Esa sería la explicación más lógica para mí.

Harry niega de nuevo, repitiendo el silencioso gesto que ha hecho hace un minuto.

— No tiene sentido. ¿Por qué no han intentado capturarnos antes? ¿Por qué no han contactado con nosotros? ¿Por qué han esperado un año?

— Harry, ¿qué crees que hubiera pasado si hubieran aparecido en la cabaña? — pregunto, recordando esa horrible pesadilla en la que yo acababa pegándome un tiro — . Hubiese muerto antes de permitir que me capturasen. No tiene sentido que intenten capturarnos... ¿No? ¿Qué van a hacer para retenernos? ¿Dispararnos?

Se queda en silencio. Está dudando.

— ¿A dónde quieres llegar, nena?

— Han estado siguiéndonos y esperando al momento idóneo. No quieren arriesgarse, quieren que nosotros regresemos a ellos, Harry — murmuro con rapidez, atragantándome con cada sílaba — , y esa es la razón de que hayan estado esperando durante un año. Han tardado en encontrar un punto débil con el que amenazarnos, pero al final lo han descubierto.

— Mi madre... — resopla él.

Siento que está abatido y eso me parte el corazón.

— Sí, tu madre.

— Pero ella no significa nada para ti, Bailey. Ella no es...

— Tú lo eres todo para mí, y con eso basta.

Por primera vez desde la llamada veo que está razonando con claridad.

Intento entrar en su mente y comprender sus pensamientos, y me sorprende al descubrir algo que no esperaba. Durante todo este tiempo Harry no ha creído que esa mujer fuera su madre ni tan solo una vez, ni un solo segundo. No le veía sentido que esa mujer le estuviera buscando, pero pensar que ellos han sido los que han dado con el paradero de ella parece más lógico para su razonamiento. Ahora está preocupado; preocupado de verdad. Empieza a comprender hasta dónde es capaz de llegar el doctor Hall y eso le asusta.

— ¿Harry? — susurro muy bajito, con la voz rota. Lo siguiente que voy a decir va a ser muy dañino para mí — . No puedes dejar que se queden con ella... Tienes que..., tienes que salvarla.

Se queda en silencio, meditándolo.

Aunque no me responde, sabe que tengo razón.

Capítulo 11

En el pasado

Ella

Bailey está sentada sobre una cama blanca, observando las imágenes que se reproducen sucesivamente en la pantalla de un televisor que Lewis Hall ha colocado frente a ella. Dice que ayudarán a desarrollar su mente; pero piensa que son solo tonterías.

Al menos no le están inyectando fármacos, se dice a sí misma, esperanzada.

Ese día, por alguna razón que no llega a comprender, todo está tranquilo. Un enfermero ha venido a llevarle el desayuno y no ha vuelto a ver a nadie del personal sanitario hasta la hora de la comida; arroz blanco con guisantes, pollo asado con patatas fritas y un trocito de pastel. No estaba mal, nada mal, si tenía en cuenta la estricta dieta a la que solían someterla.

Vuelve la vista hacia la pantalla y se queda mirando un buen rato a un pájaro que tiene un gusano en la boca. La imagen en sí le resulta repugnante, pero al menos no la están machacando con fotografías atroces de cadáveres o asesinos en serie como ha ocurrido en otras ocasiones.

Presiente que alguien se acerca a la habitación y eso la pone tensa. Se levanta de la cama y camina hacia la pared opuesta a la puerta de entrada, alejándose el máximo posible de ella. ¿Quién será? Y lo más importante: ¿qué querrán esta vez? Aspira y suspira, intentando controlar su respiración y no caer en un ataque de ansiedad antes de tiempo.

Al final, el sonido de los pasos se intensifica hasta detenerse y la puerta se abre de par en par.

— Buenos días, Bailey — dice el doctor Hall, con sus ojos grisáceos chispeantes de emoción — . ¿Cómo te encuentras hoy?

Ella se encoge de hombros, temerosa de no dar con la respuesta correcta.

— Bueno, supongo que no todos los días pueden ser buenos, ¿no?
— murmura, caminando al fondo para sentarse en la cama — . ¿Por qué no vienes aquí, conmigo?

Bailey le lanza una mirada furtiva, pero no se mueve del sitio en el que está anclada.

— ¡Venga, vamos! — exclama él, dibujando una sonrisa maléfica en su rostro — . ¡No seas tímida!

Ni siquiera le responde.

Pocas veces le ha dirigido la palabra al doctor Hall.

El hombre resopla, sin dejar de observarla.

— Creí que hoy podríamos hacer las cosas por las buenas, pero ya veo que no es así... — murmura pensativo.

Tuerce el gesto del semblante en una mueca de decepción que no tarda en desvanecerse con rapidez. Se levanta con parsimonia, camina unos metros al fondo y antes de abandonar la habitación vuelve a dirigirse hacia Bailey.

— ¿Te ha gustado el bizcocho de la comida? He pedido yo que te pongan algo diferente, para variar... Ya sabes que eres muy importante para mí, Bailey, casi como una hija. Te conozco desde que eras una niña pequeña y desde entonces he intentado ayudarte. No quiero... Bueno, no quiero que pienses que estoy aquí para dañarte o algo así.

Ella no se mueve; se mantiene firme, esta vez con la vista clavada en los calcetines blancos que los enfermeros le han puesto en sus pies.

— ¿No? ¿Nada? ¿Ni una palabra? — pregunta con un tono fanfarrón que a Bailey le provoca un intenso escalofrío — . Ya veo... — susurra, abriendo la puerta — . En fin, feliz cumpleaños, Bailey.

Cuando cierra la puerta, se dirige hacia el enfermero de guardia que está al

otro lado. Le pide que apague la televisión, intensifique al máximo la luz del habitáculo y retome la serie de pruebas partiendo del mismo punto en el que lo dejaron el día anterior. Que no pierda un solo segundo más de tiempo.

El hombre obedece y comienza a ejecutar las pautas recibidas, mientras Bailey aún procesa la última frase que ha dicho el doctor Hall: ese día es su cumpleaños.

De pronto, la televisión se apaga y las imágenes desaparecen. La luz se intensifica y el pitido comienza a resonar. Se tira al suelo, tapándose las orejas con ambas manos en un gesto de protección. El pitido se intensifica más y más, y la luz de la habitación aumenta de manera cegadora.

Se acabó el descanso, se acabó la tranquilidad.

Se arrastra hasta su cama y se mete debajo de las sábanas, pasándose la almohada por encima de la cabeza.

Una hora...

Dos horas...

Tres horas...

Empieza a gritar. Son gritos salvajes y desesperados, pero nadie la escucha ni la ve. El pitido amortigua cualquier otro sonido y ella está oculta debajo de las mantas. No deja de sonar un solo instante; es como un gusano que se va filtrando por el orificio de su cabeza hasta llegar a su cerebro para comérselo.

Cuatro horas...

Cinco horas...

Ya no sabe cuántas horas lleva sonando, pero por fin es capaz de quitarse la almohada de la cabeza y sentarse sobre la cama. Puede sentir la luz intensa cegando su visión; pero no le molesta demasiado. Se siente metida en una burbuja, ajena a todo lo que hay en el exterior.

Inconscientemente, lanza una mirada hacia la cámara de seguridad. Sabe que en el otro lado, el doctor Hall la está vigilando. Se queda mirándola muy fijamente y, al final, sonrío. Da igual cuánto al torturen, da igual cuánto daño

le intenten hacer.

No va a rendirse.

No puede hacerlo mientras su padre continúe buscándola.

Capítulo 12

Harry se ha despertado extraño.

Prácticamente no me ha dirigido la palabra en toda la mañana y se ha limitado a ir y venir del coche para fingir que se mantenía ocupado. Bueno, no es que habitualmente sea muy hablador, pero tampoco suele comportarse de esta manera tan hermética.

¡Me pone nerviosa!

Además, noto que no quiere que esté muy cerca de él — para que no hurgue en su cabeza, supongo — y llevo toda la mañana sola, metida en esta horrible caravana de cuatro metros cuadrados. Cada vez que recuerdo que pasaré aquí las siguientes semanas, una terrible claustrofobia me invade.

Pero eso tampoco ha sido lo peor de todo.

Me he despertado de nuevo con esa terrible pesadilla, esa en la que me han abandonado y me encuentro desolada, triste, vacía, hueca. Como una cáscara sin alma, como si el sentido de la vida se me hubiera escapado. He abierto los ojos y la cama estaba empapada en sudor; así que es una suerte que Harry no se encontrase a mi lado, porque hubiese sospechado que algo va realmente mal. Y es que en el fondo, sí, algo va mal.

Por la tarde me entretengo limpiando el habitáculo en el que pasaremos los próximos días de nuestras vidas y me dedico a cocinar un rato. Nunca había aprendido a cocinar, y este último año he comenzado a innovar algún plato que otro. Mi cocina sigue resultando una lotería, pero me quede como me quede, Harry suele comérselo todo sin quejas.

Cuando termino, él todavía continúa en el exterior.

Me asomo por la ventanilla que hay encima del fregadero y me sorprendo al comprobar que está sentado en la ladera, tirando piedras cuesta abajo mientras observa el horizonte. Estoy tentada de acercarme a él y preguntarle si todo va bien, pero me contengo. Le conozco bien y sé que ahora mismo necesita estar tranquilo y... solo.

¿En qué estará pensando? Es absurdo que me lo pregunte porque en el fondo conozco la respuesta. Es evidente que en su madre. De algún modo, es culpa mía, porque yo he sido la que le ha dado en qué meditar.

Las próximas horas se me hacen tediosas y no consigo mantenerme entretenida y distraída. No tengo espacio para caminar por la caravana así que me mantengo sentada en el sofá – cama con las piernas encogidas contra mi pecho. Desde esta perspectiva, puedo observar cómo el cielo despejado se va tiñendo poco a poco de un color anaranjado, como si estuviera a punto de saltar en llamas.

Estoy demasiado harta y desesperada cuando me levanto y decido salir en su busca. Tengo la cabeza saturada de pensamientos y se me ocurren mil cosas que decirle; pero solo una tengo clara. Soy patética, lo sé, pero pensar que puedo volver a perderle, que me quedará sola... Es algo superior a mí. Le suplicaré que no lo haga, que no me abandone, que se quede a mi lado.

— ¡Ey! — saludo absurdamente levantando en alto una mano.

Él sonríe, pero el gesto se queda en su boca y no llega a su rostro.

— ¿Estás bien? — me pregunta, adelantándose a mí.

— Yo sí... — respondo de manera abrupta — . ¿Y tú?

Se encoge de hombros, vuelve a desdibujar una leve sonrisa y después regresa la mirada hacia el horizonte.

Un nudo en mi estómago comienza a apretarse con fuerza y presiento que he hecho muy mal en abandonar la caravana.

— No lo sé... — murmura después de un rato — , estoy pensando la mejor manera de actuar..., ya sabes.

No, no sé.

Pero no lo digo, únicamente lo pienso.

— ¿La mejor manera de actuar? — repito como un loro.

No me dejes, suplico, incapaz de pronunciar las palabras en voz alta.

No te vayas.

— Ya sabes a qué me refiero, Bailey, a la conversación que tuvimos ayer por la noche. Sé que no podemos ir a buscar a mi madre porque supondría un riesgo para ti... Pero, bueno, tienes razón, da igual lo mal que se comportase en un pasado, ella no debería estar metida en este lío. Ella no tiene nada que ver con nuestros problemas.

Enfatiza levemente en lo de “nuestros”, para hacerme sentir bien, pero en el fondo sé que son “mis” problemas.

— ¿Y qué has pensado? — pronuncio con un hilillo de voz ronco.

Me da miedo conocer la respuesta.

— Creo que deberías esperarme aquí mientras yo soluciono esto, por tu seguridad.

No, no, no, no, no.

¡No!

Quiero gritarlo pero no puedo; el nudo del estómago me aprieta tanto que no consigo decir nada en voz alta. Las palabras se quedan perdidas en algún lugar de la garganta.

— No es una decisión que haya tomado a la ligera — continúa, sin girar su rostro hacia mí — , pero después de mucho pensarlo creo que es la única manera de mantenerte a salvo. Tú me importas más que ella y no te pondré en peligro.

¡Si tú te vas yo estaré en constante peligro!

— ¿Te..., te..., te vas? — musito entrecortadamente.

Él asiente.

— Creo que es lo mejor. La única manera.

Estoy sentada, pero aún así me tambaleo mientras un hormigueo ansioso recorre mis extremidades. Apoyo la mano en el suelo para no perder el equilibrio y alzo la mirada al cielo en un intento patético de distraerme.

Harry se va.

Mi sueño se está cumpliendo, se está haciendo realidad.

Quiero decirle que sé que no volverá, que ocurrirá algo que me dejará sola y herida de por vida. Lo mejor que puede pasar es que él comprenda que no tiene que continuar huyendo por mi culpa y que comience una nueva vida sin mí. Lo peor... Que sea todo esto una encerrona macabra de Lewis Hall y que Harry muera en el acto. Entonces sí que me quedaría completamente destruida, igual que me he visto en el sueño.

— ¿Bailey?

Asiento, indicándole que estoy bien, pero no aparto la mirada del cielo.

Observo como unas nubes rebeldes se inundan de ese anaranjado precioso, resistiéndose a dejar en paz un cielo totalmente despejado.

— Volveré... Regresaré a tu lado... — murmura, colocando su mano sobre la mía — . ¿Vale? Es una promesa. Regresaré a tu lado.

Vuelvo a asentir como una autómatas y, cuando nos levantamos, noto cómo el nudo opresor de mi estómago se ha amplificado. Es doloroso, pero no puedo entrometerme en sus decisiones porque eso significaría anular su voluntad.

Este es mi problema, no el suyo.

Me tengo que repetir esa frase cada vez que estoy a punto de lanzarme a suplicar y a rogar.

Harry cena un par de bocados, pero yo no consigo ingerir nada. Después nos metemos en la cama y él me abraza con fuerza, repitiéndome una y otra vez que no me dejará sola; que regresará a mi lado.

Quiero creerle porque necesito aferrarme a la posibilidad de que vaya a regresar como si me encontrase en mitad del océano y esa fuera mi única salvación. Mi único salvavidas. Quiero hacerlo, necesito hacerlo.

Por desgracia, esa noche no consigo cerrar los ojos y dormir hasta que los primeros rayos de sol comienzan a colarse por la ventana. Para entonces no soporto más mis párpados y un atroz onirismo me invade.

No te vayas, Harry... ¡No me abandones!

Pero cuando abro los ojos, sobre las nueve de la mañana, mi pesadilla se ha hecho realidad. Estoy sola.

El hueco en el que Harry ha dormido ha perdido el calor corporal de su cuerpo y está frío. Me levanto de la cama con los pies temblorosos, negándome a creer que estoy despierta y que no sigo dormida. Siento mis extremidades lejanas, como si no formasen parte de mí, y cuando alzo una mano para correr las cortinas de la ventanilla todo me da vueltas y tengo que sujetarme a la encimera para no caerme al suelo.

El BMW sigue en la ladera, así que una chispa de esperanza se prende en mi interior; no me ha dejado. No ha podido marcharse sin... Mis pensamientos se detienen cuando veo la nota que hay colgando sobre el marco de la puerta. La arranco, me acerco hasta la cama y me siento en ella para poder leerla.

No puedo respirar, me estoy ahogando. He comenzado a hiperventilar y los ojos se me han llenado de lágrimas. Necesito controlarme porque quiero leer lo que me ha dejado escrito, pero no logro cumplir mi voluntad hasta quince minutos después.

Bailey,

Me marcho. He pensado que de este modo será más sencillo para ambos.

Te dejo el coche por si necesitas salir de allí, no te preocupes que yo me las arreglaré para encontrar un medio de transporte.

Solucionaré todo esto en dos semanas, así que procura no moverte durante ese periodo de las caravanas (creo que allí estarás a salvo, confía en mí). Si en dos semanas no he vuelto, vete. No te preocupes por mí, te buscaré.

Dos semanas, Bailey, si no tendrás que marcharte.

Recuerda nuestro modo de vida, sigue las mismas pautas y nunca mires atrás.

Regresaré a tu lado,

Te quiero con todo mi corazón...

Harry.

Aprieto la nota en mi puño, controlo mi respiración y me tumbo en la cama. Me cuesta creer que no esté, que me haya abandonado realmente. Quiero gritar, pero ni siquiera puedo hacer eso. No tengo fuerzas para nada. Mi cuerpo se convulsiona y mi mente se empaña recordándome una y otra vez los episodios de mi sueño: yo, sola, herida, rota, tomando pastillas para sobrevivir al dolor. Esa seré yo en unos años, lo sé. ¿Qué otro sentido tendría mi onirismo si no se tratase de uno profético? He visto el futuro, no caben muchas más posibilidades al respecto.

Espero que él sobreviva. Espero que me abandone.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos.

No quiero dormirme, porque la pesadilla que me atormenta una y otra vez no me dejará descansar en paz; pero tampoco quiero estar despierta. Dos semanas. En dos semanas sabré si él regresa o no, así que lo único que deseo es que el tiempo corra deprisa.

Sueño de nuevo con el futuro, aunque esta vez es diferente.

Estoy en una casa que no conozco, pero mi vista está demasiado emborronada como para distinguir algo. Debo de sufrir, como efecto secundario a las pastillas, una especie de ceguera. Camino arrastrando mis pies con las manos estiradas hacia delante, en busca de algo. En busca del... Del baño.

Necesito más pastillas para calmar el dolor.

Siento que me han arrancado el corazón y mi pecho arde. Arde porque ya no está él; porque le he perdido y porque ahora tendré que soportar la soledad. Todo hubiese sido más sencillo si jamás le habría conocido, si jamás hubiese conocido el verdadero significado de amar.

Me arrastro por el pasillo hasta el baño. Es el mismo cuarto que vi en mi

anterior sueño, así que no me sorprende y me dirijo directa al armario que hay junto al espejo. Entre borrones, vuelvo a quedarme mirando la imagen que me devuelve el espejo y paseo las manos por mi larga melena ondulada... No veo nada, me cuesta enfocar incluso mi propia silueta, así que desisto y me lanzo a por el bote de pastillas cuando una punzada de angustia me oprime el pecho.

El bote se resbala entre mis dedos y cae en mis pies. Lo escucho rebotar y al final deja de sonar. Me agacho en el suelo, pero mi destrozado equilibrio me traiciona y me caigo de bruces contra la baldosa fría.

No veo el bote; ¿dónde está? Necesito las pastillas.

Necesito algo que mengüe este dolor tan abrasador que me ha dejado él al marcharse. Lo peor de todo es saber que jamás volverá; que por muchos años que pasen, no le recuperaré. Me muevo a gatas intentando encontrar el maldito bote de pastillas, ese que necesito tanto como al oxígeno, hasta que al final doy con él en una esquina junto al retrete. Lo agito con fuerza y... ¡está vacío! ¡No puede estar vacío!

— Joder... — murmuro, echándome a llorar, frustrada.

¡Duele!

Duele mucho. El nudo de mi estómago cada vez aprieta más y el agujero ardiente de mi pecho es más grande por segundos. Las necesito para poder seguir viva, o al menos, para que mi corazón pueda seguir latiendo y la angustia no desgarre mis entrañas.

¿Dónde consigo esas puñeteras pastillas? Mi mente está borrosa, muy borrosa. No puedo recordar de dónde han salido ni cómo las conseguía. Ni siquiera puedo recordar el nombre de esas puñeteras píldoras.

— ¡Joder!

Esta vez me sorprende al encontrar mi voz tan diferente. Parece tan derruida como lo está mi interior y soy incapaz de reconocirme en ella.

“Piensa, concéntrate”, murmuro para mí misma, intentando recapitular en mi memoria. Pero mi estado es tan lamentable que creo que todas mis neuronas han quedado aletargadas bajo el efecto de los químicos que he ingerido y

pensar resulta una tarea demasiado ardua para mí.

“¿Qué puedo tomar para volver a lograr ese estado de semiinconsciencia?”, me pregunto. Necesito que el agujero de mi pecho deje de abrazarme y que el nudo del estómago se disuelva... Aunque sea por unos segundos; tan sólo eso, unos míseros segundos de paz.

— Alcohol... — repito en voz baja.

Tengo que arrastrarme para salir del baño pero no llego muy lejos. Me pongo de pie, camino dos pasos, y una serie de arcadas sacude mi organismo obligándome a caer al suelo entre mi propio vómito. Noto mis rodillas ensangrentadas, pero ni siquiera eso me detiene. Estoy en una casa, ¿no? Tiene que haber alguna botella por aquí cerca, seguramente en la cocina.

No conozco el lugar, pero por alguna extraña razón sé orientarme hacia la cocina. Está al otro lado del pasillo, no demasiado lejos del servicio.

“Puedes hacerlo”, me animo a mí misma, inculcándome las fuerzas suficientes para continuar arrastrándome.

Por primera vez en mi vida, mientras busco tan desesperadamente esa botella, me planteo una posibilidad que hasta entonces jamás había existido: suicidarme. Terminar con todo y decirle adiós al sufrimiento. Al fin y al cabo, si él ya no está, ¿qué sentido tiene seguir soportando un día detrás de otro?

“Tenía que haberlo hecho antes”, me respondo, “me hubiese ahorrado este patético estado”. Pero algo hay algo más... Algo por lo que debo luchar y vivir. El problema es que el dolor ha creado esa espesa capa negra que me impide ver qué es ese “algo”.

Rebusco en los armarios mientras el olor nauseabundo de mis vómitos ataca mis fosas nasales. Es repugnante, pero lo soporto. Cuando encuentro una botella de whisky, le arranco el tapón y me siento en el frío suelo para ingerir el contenido. El sabor no raspa mi garganta, así que doy por hecho que este ha sido el resultado de mi desesperación en más de una ocasión. Vacío media botella, después vómito de nuevo, y...

El sonido de alguien golpeando la puerta me despierta, alejándome de ese

horror que acabo de vivir. Escucho un golpe detrás de otro, insistiendo con perseverancia a que yo responda. Cuando abro los ojos comprendo que no sólo estoy hundida en mi propio sudor, sino que además estoy sumida en la burbuja.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamo, asustada, mientras observo cada objeto de la caravana flotando sobre mi cabeza.

Cierro los ojos y controlo mi respiración, intentando recuperar el control de mi mente. Pero sea quien sea la persona que está en el exterior no se rinde y continúa golpeando la puerta, una y otra vez.

— ¡PARA! ¡PARA! — grito con desesperación — ¡POR FAVOR!

Necesito que esa persona se marche.
Y necesito controlar mis impulsos.

Las lágrimas comienzan a acecharme y deslizarse por mi rostro. Aprieto los párpados con fuerza y comienzo una cuenta atrás desde el número cien.

Noventa y nueve... Noventa y ocho... Noventa y siete...

Abro los ojos, pero la burbuja continúa nublando todo y los objetos se mantienen en el aire. Una sartén se encuentra pegada al techo y una jarra flota justo en frente de la ventana, con el agua que en un pasado había contenido en pequeñas burbujas que giran a su alrededor.

Rezo porque a la persona que golpeaba la puerta no le dé por fisgonear.

Noventa y seis... Noventa y cinco... Noventa y cuatro...

Y al final, un estruendo ensordecedor me comunica que por fin la gravedad vuelve a tener el poder sobre la caravana.

Capítulo 13

Llevo todo el día aquí metida, preguntándome cómo debo actuar. Sé que estas semanas se me harán muy largas si no consigo algún tipo de distracción, pero en este horrible camping hay pocas cosas con las que uno puede entretenerse.

Me he dado una ducha, porque mi estado era terriblemente deplorable, y me he dedicado a merodear de un lado a otro de la caravana. Pero los segundos comienzan a tornarse minutos, los minutos horas y las horas... las horas parecen días, ¡incluso años! Es como si estuviera metida en una cápsula del tiempo y las manecillas de los relojes se hubieran detenido.

Me asomo a la ventana y compruebo que el viejo de la silla de ruedas continúa junto a la piscina artificial. Tengo el vago recuerdo de que alguien ha aporreado mi puerta, así que supongo que ha sido él; no hay demasiadas opciones.

Además, desde que nos alquilaron este trasto en el que duermo no he vuelto a ver ese hombre por la zona, hasta hoy... Supongo que me habrá escuchado gritar mientras sufría la pesadilla, y supongo que estará ahí afuera esperando a que salga para hablar con él. ¿Debería hacerlo?

Me pregunto si se habrá asustado, o si la idea de llamar a la policía por el estruendo causado habrá surcado su mente en algún momento.

Al final me decido a salir; no tengo otra cosa mejor que hacer y me parece evidente que le debo alguna clase de explicación. Si quiero quedarme aquí hasta que Harry regrese tendré que mantener la tapadera intacta.

Me calzo los zapatos y me dirijo hacia él.

El aire fresco golpea mi rostro y me refresca mientras una fina llovizna cae sobre mi cabello dorado. Él tiene que estar mojándose, porque es la clase de sirimiri que parece no calar pero que en pocos minutos te hunde de arriba abajo.

— ¿Hola? — pregunto, observando su espalda tras el respaldo de la silla de ruedas.

Se gira hacia mí y puedo comprobar que su semblante no denota ninguna clase de emoción. No parece enfadado, pero por si acaso tendré que andarme con pies de plomo.

El hombre sonríe levemente, dejando entrever una escasa dentadura. Le devuelvo la sonrisa intentando parecer una persona agradable y me acerco aún más, hasta quedar frente a él.

— ¿Todo bien? — inquiera, directo al grano.

Asiento incapaz de pronunciar una sola palabra al respecto.

La verdad es que jamás había estado tan mal, pero supongo que esa no es la respuesta que busca.

— Me alegro — murmura, arrugando la frente. Después alarga un brazo antes de presentarse y yo le estrecho la mano — . Jackson.

— Bailey — respondo de la misma.

Me coloco de pie junto a él y nos mantenemos en silencio varios segundos. Al parecer es tan poco hablador como Harry, así que intento concentrarme en sus pensamientos para averiguar...

— El whisky ayuda — suelta a bocajarro, sin mirarme a la cara — , ayuda mucho — continúa, como si yo comprendiera a qué se refiere — . A veces la mayor barrera es nuestra propia mente.

Y por fin accedo a él.

Hace años que su mujer le abandonó y desde entonces vive en esta ladera, solo. Sufre pesadillas; no son como las mías pero percibo que deben de ser muy dolorosas. También toma pastillas. Y bebe. Cree que Harry también me ha abandonado, aunque debo admitir que sus pensamientos tampoco están

muy lejos de la realidad. Desde que su mujer se marchó, toda su vida ha ido cuesta abajo — sobre todo su salud — . Lo único que le queda es su hija, Maya, su motor para sobrevivir al día a día.

— Gracias por el consejo — respondo secamente.

Continúo hurgando un poco más hasta que encuentro lo que busco: no tiene intenciones de llamar a la policía. Además, siente lástima hacia mí — porque de alguna manera le recuerdo a él mismo — . Cuando encuentro esos datos, salgo de su cabeza y me concentro en las ondas que se forman en la piscina cada vez que una gota cae sobre la superficie del agua. Intento distraerme para que mi telequinesis no me juegue una mala pasada y me delate.

— Bueno, Bailey... Ha sido un placer la charla — concluye con el gesto serio — . Estaré en mi módulo, por si necesitas algo.

— Gracias... eh..., Jackson — me despido, mientras él comienza a alejarse por el barro con dificultad.

Estoy a punto de girarme hacia la caravana cuando la veo. Es una botella de whisky prácticamente llena que el viejo ha dejado junto a la piscina para mí. Bueno, supongo que la ha dejado para mí por el consejo que me ha dado.

Decido dejarla donde está pero, cuando estoy a punto de pasar al interior del habitáculo, me lo pienso dos veces y regreso a por ella.

En las pesadillas que estoy sufriendo estos días las pastillas y el alcohol son mi cura para el dolor. ¿Por qué no acabar con él antes de que se transforme en una tortura? Aunque quizás esta decisión marque el comienzo de mi dependencia hacia las drogas...

Aún así, no quiero regresar a esa casa de mis pesadillas, no quiero que mi cuerpo vuelva a mandar sobre mis decisiones. Cuando me encuentro con mi yo del futuro en esos sueños, siento cómo mis órganos y mi dependencia me obligan a actuar. No puedo pensar, no puedo moverme, no puedo ver... Solo sentir dolor y ansiedad.

— No es muy diferente a mi estado actual... — murmuro en un susurro.

La llovizna continúa cayendo levemente.

Aferro la botella en mi puño y me dirijo a ese punto de la ladera en el que Harry se había sentado a meditar; intentando encontrar allí algo de él.

Debo admitir que la vista no está mal; es impresionante cómo el cielo se tiñe de colores cuando cae la tarde. Destapo la botella y le doy el primer trago. Largo, muy largo. Carraspeo, pasando el mal sabor y el ardor que ha dejado en mi garganta. Pero no tardo demasiado en recuperarme y darle otro trago largo.

La lluvia va calando mi ropa, pero no me importa. Estoy a gusto en este lugar y no tengo intenciones de entrar en el interior de la caravana hasta que termine con todo el contenido líquido que hay en el recipiente. Poco a poco voy sintiendo sus efectos y la sensación de paz comienza a extenderse por mi mente. Me siento mejor; bastante mejor.

Cuando me despierto a la mañana siguiente me cuesta recordar cómo llegue hasta mi cama. Todavía estoy vestida con la ropa de calle, cosa que delata el estado — no demasiado bueno — en el que debí llegar hasta aquí.

— No he soñado... — murmuro, siendo consciente de que esa noche no he sufrido ningún tipo de delirio.

Una punzada de presión en mi sien me obliga a recordar la cantidad de whisky que debí ingerir. A pesar de mi repentina confusión, la botella vacía que yace junto a mí termina de delatarme.

Me levanto con una resaca asquerosa y me deshago de la botella. Después me apresuro hasta la ducha, deseosa de sacarme este olor asqueroso que impregna mi organismo cuanto antes. Enciendo los grifos, me meto en el interior con rapidez y me quedo bajo el chorro hasta que el agua caliente se termina. Siento cómo mi cuerpo se relaja y, por primera vez desde que he abierto los ojos, pienso en Harry.

Cuando salgo, envuelta en una toalla, me prometo a mí misma que no terminaré siendo como la chica de mis sueños. Tengo que mantenerme fuerte y pensar que, en dos semanas, él regresará.

Me lo ha prometido; regresará a mi lado.

Esa tarde la paso escuchando la melodía de Fur Elise resonando en la pequeña cajita de música que me regaló por mi cumpleaños. La escucho una y otra vez mientras observo cómo las horas van pasando y, al final, consigo

quedarme dormida.

Miércoles...

Jueves...

Viernes...

La semana se está haciendo muy dura y cada vez me cuesta más mantener esa promesa. A pesar del dolor, hoy me he despertado de un inhabitual buen humor por los avances que estoy haciendo con mis capacidades mentales.

La burbuja sigue invadiendo mi entorno, pero al menos ahora me siento parte de ella. Es como si pudiera crearla, como si hubiera pasado a convertirse en un entorno seguro para mí.

Estoy sentada en el sofá - cama mirando fijamente un vaso de agua. La jarra terminó hecha añicos la última vez, así que he decidido continuar practicando con objetos más pequeños — cosa que requiere mucha más concentración — .

Poco a poco todo lo que me rodea va desapareciendo en una neblina hasta que solo quedamos el vaso — que está sobre la encimera — y yo. Me concentro en él, en su densidad, en su peso, en su materia, en sus partículas..., y poco a poco la gravedad desaparece y el vaso se va elevando sobre mí.

— Ahora el agua... — susurro concentrada.

Pero el esfuerzo me sobrepasa y, al final, el vaso cae al suelo rompiéndose en mil añicos y empapando todo. Supongo que es una lección demasiado avanzada para una alumna tan primeriza como yo; pero aún así me siento orgullosa de mí misma.

Cuando me dirijo al baño en busca de un paño para recoger los cristales, me miro en el espejo y detesto mi actual aspecto. Tengo muchas ojeras, muy marcadas, y mi cabello dorado ahora luce unas raíces castañas que me dan una apariencia muy desaliñada. Estoy horrible.

Para colmo, he adelgazado bastante y los pómulos se me marcan dotándome de un parecido con una figura cadavérica. Desde que Harry se ha marchado he perdido el entusiasmo por la cocina y me alimento, principalmente, de cereales y de barritas energéticas.

Salgo al exterior, recojo los cristales y vuelvo a llenar otro vaso.

No quiero dormirme, porque si lo hago volveré a tener esa pesadilla y me da miedo el final que pueda tener, así que me entretengo rompiendo vasos un par de horas más.

Sábado...

Domingo...

Lunes...

No puedo más.

Mis sueños cada vez son más reales y soy consciente de que, en algún momento, mi yo del futuro hará realidad esa febril idea de suicidarse. Es una locura, lo sé, pero cada día que pasa la marcha de Harry se vuelve más insoportable y dolorosa y, me imagino que en unos años, no seré capaz de sobrellevarla igual de bien que ahora.

No le veo sentido a continuar.

Supongo que no soy la primera persona que sufre de desamor, pero ahora mismo veo mi futuro demasiado negro. No tengo a nadie, y encontrar a otro compañero tan sólo serviría para arrastrarle a mi eterna huida. Además, ¿quién podría reemplazar a Harry? Nadie.

Mi mente se traslada a una tarde lluviosa en la cabaña.

Ambos estamos desnudos, abrazados en la cama. Harry me acaricia la espalda mientras intenta expresar con palabras lo que yo significo para él. Me meto en su mente y me río en voz baja cuando percibo la confusión que sufría; las palabras nunca han sido su fuerte.

— No te rías... — murmura fingiendo estar refunfuñado conmigo.

Pero sé que no es así.

Yo continúo hurgando en su interior y esta vez me sorprendo. Está pensando en algo que leyó hace mucho tiempo... En “El banquete ” de Platón, pero no logro ver qué es exactamente.

— ¿Conoces el mito del andrógino?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— No lo recuerdo con exactitud... — comienza, ordenando sus recuerdos — , pero decía que en un pasado existieron unos seres llamados andróginos. Tenían cuatro brazos... — me explica, besando mis brazos — , cuatro piernas..., y dos cabezas. Eran un solo ser formado por dos mentes, un individuo con dos sexos diferentes. Tenían la capacidad de rodar a gran rapidez y podían recorrer grandes distancias en muy poco tiempo.

Hace una pausa, intentando evocar la historia con exactitud.

— El mito dice que los dioses tenían miedo de ellos, porque pensaban que alcanzarían El Olimpo y les desafiarían, así que Zeus los partió por la mitad y los separó.

— ¿Los partió por la mitad? — repito, procesando esa parte de la historia.

— Sí, creo que con un rayo o algo así.

Yo suelto una pequeña risita y él continúa.

— Se supone que desde entonces andan buscando su otra mitad, desesperados y desolados, soñando con volver a estar completos algún día...

— ¿Ah, sí?

Harry me guiña un ojo, mordiéndose el labio.

— Yo ahora me siento completo — confiesa.

Sonrío con gratitud.

— Yo también me siento completa.

El recuerdo se desvanece y yo me regreso a la lúgubre cabaña.

Desde la ventana veo cómo Jackson se pasea en su silla de ruedas alrededor de la piscina. Al menos, no soy la única alma solitaria que hay en este lugar.

Martes...

Hoy no puedo más. El dolor es demasiado abrumador; siento como si me estuvieran torturando, arrancándome pedazos de mi cuerpo de cuajo.

Me he despertado gritando su nombre, aunque al menos hoy no he padecido la odiosa pesadilla. Estoy llorando. No he dejado de llorar en todo el día.

Desesperada, camino a grandes zancadas de un lado a otro, intentando despejar la mente y pensar alguna manera de distraerme. Hoy no quiero practicar con los vasos. Tampoco quiero beber alcohol porque me da miedo convertirme en la mujer con la que sueño.

Me asomo a la ventana con la esperanza de ver a Jackson en la piscina y salir al exterior para hablar con él. Puede que tener otra persona cerca disipe mis pensamientos insensatos...

Contemplo el exterior, pero él no está. Estoy a punto de darme la vuelta cuando detecto una presencia intrusa a mi izquierda, justo entre dos gruesos árboles que están en la entrada del bosque.

— ¡Oh, no! — exclamo mientras mi corazón se desboca.

Siento cómo el pánico se apodera de mí y tengo que agarrarme en la encimera para que mis rodillas soporten el peso de mi cuerpo.

Empiezo a pensar aceleradamente; tengo que marcharme, correr hasta el BMW y conducir sin hacer paradas hasta un lugar seguro. Me han encontrado.

¡Me han encontrado!

Pero... Pero no puedo marcharme sin él. Sé que si me voy no podrá encontrarme — a pesar de lo que haya dejado escrito en su nota —. Me pregunto si realmente este será mi final cuando, la silueta que hay en el bosque, me mira con los ojos llorosos y comprendo que no es una amenaza para mí.

— ¡Harry!

Sin pensármelo dos veces, sin siquiera calzarme, salgo disparada de la caravana y echo a correr en dirección al bosquecillo. Puedo sentir cómo las piedras se van clavando dolorosamente en la planta de mis pies, desgarrando mi piel como cuchillas. A pesar de ello, no dejo de correr hasta alcanzar el lugar en el que le he visto.

— ¡HARRY! ¡HARRY! — grito, desesperada, con una voz rasgada y rota

— ¡HARRY!

¡Le he visto! ¡Estoy segura de que le he visto!

Aunque no sea así, aunque haya sido una de mis alucinaciones..., algo tiene que significar, ¿no?

Mi tormento es tan inmenso que me niego a creer que Harry no estaba ahí. Necesito verle, tocarle. Aunque sea, necesito despedirme.

Empiezo a caminar internándome en el bosque mientras la frustración se apodera de mí. El suelo está fangoso por la lluvia que ha caído estos días, pero no me detengo. Tengo que encontrarle porque sé que, si no lo hago, terminaré volviéndome rematadamente loca. Mis magullados pies se hunden en cada paso, pero yo aumento el ritmo, decidida a no detenerme hasta que un tramo de hierbajos me obliga a tropezar y a caer el suelo, golpeándome la cabeza con una roca.

Poco a poco mi visión se va apagando hasta que todo se queda a oscuras.

— Oye, nena...

Me siento mareada, pero su aterciopelada voz me guía hacia la realidad. Le reconozco incluso en este estado de semiinconsciencia en el que me encuentro.

— Bailey...

Y por fin abro los ojos y está frente a mí, con su pelo cobrizo alborotado y su mirada repleta de preocupación. No sé si estoy soñando, pero quiero quedarme aquí, junto a él, para siempre.

— ¿Puedes escucharme?

Yo asiento con lentitud.

— Vale, voy a traerte un vaso de agua. Ahora vengo.

Asustada, le retengo en un acto reflejo sujetando con fuerza su muñeca. No quiero que me deje de nuevo.

— No quedan vasos... — murmuro con un hilillo de voz —, los he roto

todos.

Él me observa con escepticismo, pero al final dibuja una enorme sonrisa.

— Lo siento mucho... No volveré a dejarte sola, lo prometo — me dice, acariciándome el cabello con delicadeza.

Es el mejor sueño que he tenido desde que se ha marchado y no quiero despertarme de él. Quiero quedarme a su lado un ratito más...

— No es un sueño — me explica —, he vuelto porque no podía dejarte, no podía seguir alejado de ti sintiendo tu dolor y... mi dolor.

Percibo la tortura que contiene el timbre de su voz mientras mi visión se estabiliza. Estamos en la caravana; estoy tumbada en el sofá-cama y Harry se encuentra sentado a mi lado. Llevo puesto el pijama, así que supongo que me habrá cambiado de ropa.

— Te vi en el bosque... te seguí.

Él sacude la cabeza.

— Subía la ladera hacia el camping por el sendero que da al pueblo cuando te encontré herida en el suelo — dice, torciendo una mueca de suplicio —. Volví a por ti cuando presentí que las cosas iban mal, que tú estabas en peligro... y por un segundo creí era tarde. Que llegaba tarde...

Yo sonrío débilmente mientras voy encajando todas las piezas de la historia. Así que su imagen había sido una alucinación que me indicaba que él estaba cerca, que volvía hacia mí.

—¿ Y tu madre...? — pregunto, incorporándome levemente.

Él suspira hondo antes de responder.

— No te dejaré de nuevo — me dice con la voz rota —. Si no es contigo, no será sin ti.

Capítulo 14

Las despedidas suelen ser duras, pero mientras hago la maleta para abandonar la caravana no siento ninguna pena en mi interior. Estoy deseando subirme al vehículo y sentir el arrullo del sonido de las ruedas contra el asfalto de la carretera.

Me consuelo pensando que todo el sufrimiento que me ha generado la marcha de Harry no ha sido en vano. Ahora sabemos que separarnos no es una opción factible, y eso es bueno. Muy bueno.

Aún no me he recuperado de las heridas internas, pero al menos el nudo de mi estómago se ha aflojado y ya no me arden los pulmones cuando respiro.

Cuando saco la bolsa de viaje al exterior, veo de reojo los pasaportes que Harry ha dejado sobre la encimera. Me ha explicado que nada más marcharse descartó cualquier vía de transporte que no fuera aérea porque después de nuestra huida en tren del año pasado las carreteras y las estaciones estarían mejor vigiladas. Lo mejor es no arriesgarnos, así que cogeremos un avión — a pesar del peligro que también implica pasar los controles — .

Cuando entro, reviso los pasaportes superficialmente: Paige Baker y Owen Price.

Mi foto es antigua. Fue la primera instantánea que me sacaron nada más cortarme el pelo y teñirme para poder obtener los carnets de identidad nuevos. No me termina de agradar este estilo, pero si voy a mantenerlo decido que tendré que darle un buen repaso.

— ¿Bailey?

Me giro hacia a Harry, que continúa trabajando en el doble fondo de la maleta de mano.

— ¿Me pasas un cuchillo?

Asiento y me dirijo al cajón de la cubertería.

— ¿Crees que funcionará? — pregunto mientras se lo paso.

— No lo sé... Tendremos que arriesgarnos.

Me quedo contemplando cómo él trabaja, ensimismada, hasta que decido levantarme para estirar las piernas. Desde la ventana, observo cómo Jackson se dedica a rodear la piscina con su silla de ruedas y una repentina lástima me invade. Sé que no tiene sentido, pero tengo la sensación de que al abandonar este lugar le estaré dejando solo sumido en su angustia. Al fin y al cabo, soy la única que conoce desde dentro el sufrimiento que siente, aunque no pueda hacer nada para remediarlo.

— Estoy listo, nena — me dice, cargando con la maleta y el equipaje que faltaba por sacar — , nos vamos.

Salimos al exterior y Harry me pide dos segundos para devolverle las llaves a Jackson y saldar las cuentas. Yo me despido de él desde la lejanía, alzando la mano en alto y sonriéndole. Supongo que sería demasiado incómodo acercarme para decirle adiós... al fin y al cabo, él conoce mi secreto.

— Me pregunto qué pensará cuando vea el armario de los vasos vacío — se ríe Harry al pasar a mi lado — . Aunque yo todavía sigo esperando una explicación al respecto...

Rodea mi cintura con su brazo y me aprieta contra él repitiendo ese gesto tan familiar entre pequeñas carcajadas.

Alzo la vista y choco con su mirada, intensa y feliz. Aún no he decidido qué voy a contarle al respecto, así que simplemente le guiño un ojo y finjo una mueca de niña traviesa.

Cuando estamos en el coche, me relajo por primera vez en mucho tiempo y cierro los ojos, permitiéndome descansar. Él está conmigo. Ha regresado.

Desliza su brazo hasta a mí y arrastra mi mano hasta colocarla encima de la

palanca de cambios, justo antes de poner la suya encima. La calidez de su piel es reconfortante y una sonrisa de satisfacción ilumina mi rostro.

¡Oh, Dios! Es increíble lo mucho que necesito de él, de su contacto, de sus caricias y... sobre todo de la seguridad que me transmite.

Conduce en silencio, con la música muy bajita y poco a poco mi cansancio va ganando protagonismo hasta que el sueño me abraza y yo lo recibo con calidez. No soñaré de nuevo con esa pesadilla porque él vuelve a estar a mi lado.

O eso pensaba... Porque me equivocaba.

— ¡Eh, Bailey! — grita Harry, sacudiendo mi cuerpo — ¡Nena!

Abro los ojos, regresando a la realidad y comprendiendo todo.

— ¡Oh, Dios! — exclamo impactada, tapándome la boca con la mano — No puede ser...

Él, asustado, me mira con los ojos abiertos como platos.

Ha parado el coche en la cuneta y me escruta de hito a hito, incapaz de comprender qué es lo que sucede.

— Dime algo... ¿Qué pasa? — pregunta, asustado — . ¿Estamos en peligro?

Yo no sé cómo responder.

— Vas..., vas a morir.

Es lo único que soy capaz de pronunciar antes de tirar de la manilla de la puerta y lanzarme al exterior. El repentino aire frío que contrasta con el calor que mi cuerpo había almacenado gracias a la calefacción corta mi piel y yo me agacho de cuclillas, controlando las convulsiones que sacuden mi menudo cuerpo. Vomito de un tirón todo lo que mi estómago contenía — que no era mucho — , mientras Harry rodea el vehículo para venir en mi ayuda.

— ¡Eh, eh! — me dice, acariciándome la espalda con delicadeza — . ¿Estás bien?

Quiero decirle que no.

Pero ni siquiera soy capaz de decir eso.

— Venga, tranquila... — murmura Harry, sujetándome entre sus brazos para alzarme del suelo — , venga, ya ha pasado, ¿vale? Estoy aquí, contigo.

Necesito respirar, me falta el aire.

Me alejo un paso de él e inflo mis pulmones con el gélido oxígeno que me rodea.

“No todo está perdido”, me digo, intentando buscar una solución. Pero el problema real es que no veo la manera de evitar su muerte.

— Nena, por favor...

Giro el rostro hacia él y veo el dolor en sus facciones.
Ni siquiera entiende qué es lo que me está sucediendo.

— Entra al coche y habla conmigo, Bailey... — suplica con voz herida — , buscaremos una solución. No voy a morir, y tú tampoco — esto último lo añade con poca convicción porque, aunque intente ocultarlo, cree en mis predicciones — , pero necesito entender qué es lo que está pasando...

Alzo la mirada al cielo y contemplo las nubes grisáceas mientras controlo mi respiración y estabilizo mis pulsaciones. Pienso en papá, en su muerte y en que no fui capaz de hacer nada para evitarla.

— ¿Nena? — pregunta Harry, abriendo la puerta del copiloto en señal de invitación — , vamos.

— Vale — susurro, al final, más relajada.

Una vez dentro, Harry activa la calefacción en ambos asientos y se queda en silencio concediéndome la iniciativa a la conversación.

— No sé por dónde empezar...

— ¿Por qué no intentas hacerlo por el principio? — pregunta, escrutando la confusión de mi rostro.

Yo aspiro aire hasta llenar mis pulmones y después lo libero, preguntándome mentalmente a ver cuál es el principio.

— Está bien — acepto — , por el principio...

Él asiente lentamente y desliza su mano sobre la mía para infundirme ánimo.

— Hace tiempo que tengo una pesadilla repetitiva — susurro en voz baja — , es la misma, una y otra vez, o al menos se trata del mismo periodo del futuro.

— ¿Del futuro?

— Sí, del futuro. No puedo saber con exactitud cuándo sucederá, pero...
— hago una pequeña pausa, intentando ordenar mis pensamientos antes de expresarlos — , sueño que tú no estás a mi lado y que yo caigo en una especie de depresión, o algo así. Siento como si mi cuerpo se estuviera dejando morir lentamente y mi mente estuviera demasiado emborronada como para actuar. Es extraño, porque parece que cada vez que me duermo he avanzado un día o dos desde el sueño anterior y... Nada mejora. Todo va empeorando hasta que el suicidio comienza a plantearse como la mejor opción para superar mi dolor.

— Bailey...

— No, déjame — le interrumpo — . Todo empezó con la llamada de tu madre; ese fue el desencadenante de mis sueños. Al principio pensé que solo se trataban de mis propios miedos, pero poco a poco fui comprendiendo que no. Que lo que veía era real y en algún momento de mi vida, ocurriría. Creí que me ibas a abandonar.

Harry crisca su rostro en una mueca de dolor.

— No voy a abandonarte nunca — asegura, dolido — , jamás lo haría. Lo único que puede separarme de ti es...

— La muerte — concluyo yo.

Él asiente, pensativo.

— En mis sueños estoy..., estoy drogada — continúo en voz baja — . Sobrevivo a base de calmantes que mitigan mi dolor y si me niego a ingerirlos mi cuerpo reacciona y me los exige. Los necesita, porque se ha acostumbrado a ellos. Esa es la verdadera razón de que no consiga hurgar en mis recuerdos.

— ¿No recuerdas cómo muero?

Yo sacudo la cabeza.

— No, ni siquiera recordaba que tú morías, simplemente... Sentía que me habían arrebatado algo. Que me habían quitado lo que más amaba en el mundo — explico, encogiéndome de hombros —, hasta hoy. Cuando he cerrado los ojos estaba convencida de que no iba a volver a tener la pesadilla porque tú estás aquí, has vuelto... Pero estaba equivocada. El futuro no ha cambiado, ni siquiera un poco. Sigo metida en esa casa, sigo sintiendo el dolor que palpita en mi corazón, sigo necesitando el bote de pastillas y tú... Tú sigues sin estar a mi lado.

— ¿Y cómo sabes que voy a morir...?

— Porque cuando he aparecido en el sueño mi mente estaba lo suficientemente lucida como para torturarse y preguntarse a sí misma, una y otra vez, por qué habías tenido que morir. No deja de repetirme que fue culpa mía, que yo lo sabía y que no te impedí “continuar”. De alguna manera me sentía responsable de tu muerte, casi como si fuera... una asesina.

No me doy cuenta del estado en el que me encuentro hasta que Harry se desliza a mi asiento y me estrecha entre sus brazos, calmando las sacudidas de mi cuerpo. No dice nada, simplemente tararea la melodía de “Fur Elisse” mientras me mece suavemente, acunándome, hasta que poco a poco dejo de llorar. Me siento como una niña pequeña e indefensa, incapaz de controlar mis reacciones.

Cuando por fin me relajo, él no se separa de mí.

Nos quedamos en esa posición los siguientes diez minutos y mientras tanto no puedo evitar preguntarme qué es lo que sucederá ahora. Es demasiado egoísta y estúpido que le pida que abandone a su madre y no vaya, pero también sé que esa es la única manera de modificar el futuro. Y por otra parte..., bueno, ¿cuántas veces ha arriesgado Harry su vida por rescatarme a mí? Ni siquiera puedo contarlas. Aunque era diferente porque en aquel entonces no había predicho su fallecimiento.

— No voy a morir, Bailey — murmura, como si hubiera estado escuchando mis pensamientos —, no voy a dejarte sola.

— Pero tampoco has cambiado de idea, ¿verdad? — pregunto, dubitativa — .
¿Aún quieres ir a rescatarla?

Él asiente.

— No podemos abandonarla a su suerte — me explica con voz ronca — . Yo tampoco quiero volver, pero ambos sabemos hasta dónde es capaz de llegar Hall.

Trago saliva, recordando instintivamente la muerte de mi padre.

— Seguramente, para estas alturas, ella ya sepa demasiado de todo esto como para volver a liberarla... No pueden... No quieren... tener cabos sueltos. En el momento en el que descubra que ella ya no le es de utilidad, la matará.

Lo sé.

Pero también sé que si vamos, él morirá.

Aún así, no consigo decirlo en voz alta. Asiento como una autómatas y me aprieto contra su cuerpo, absorbiendo la calidez que libera e intentando atesorar en mis recuerdos este instante.

— Bailey Kim... — susurra Harry en mi oreja — , estaba equivocado.

Yo alzo la mirada de manera inquisitiva hasta chocar con sus ojos acuosos.

— Ni siquiera la muerte podrá separarnos — concluye Harry con un nudo en la garganta, justo antes de aprisionar mis labios debajo de los suyos.

Capítulo 15

Llevamos bastantes horas de viaje.
Ya ni siquiera puedo calcular cuántas.

Viajamos en silencio, como ha ocurrido en las otras tantas veces que el mal nos había acechado. Tenemos mucho que decirnos, pero supongo que ambos ya sabemos todo sin necesidad de que sea expresado en voz alta.

Hace un par de horas que Harry ha sacado el mapa de la guantera para rodear con un bolígrafo los aeropuertos más cercanos a nuestra ubicación. Ha decidido en silencio, sin consultarlo conmigo, pero a juzgar por la dirección que ha tomado supongo que nos dirigimos hacia el aeropuerto de Montreal.

Calculo que no estaremos demasiado lejos y que, en unas cuatro o cinco horas, deberíamos haber llegado ya allí.

Estoy agotada; pero me niego a cerrar los ojos y volver a caer en esa horrible pesadilla, así que me mantengo despierta a duras penas observando a través de la ventana el aguacero que cae desde el cielo. Estamos en una autopista y Harry conduce a una mayor velocidad de la recomendada, dejando tras nosotros a la mayoría de los vehículos que nos vamos cruzando.

Me llevo la mano al colgante en forma de “B” que me regaló por mi cumpleaños mientras aún estábamos en la cabaña. Me siento estúpida al confesarlo, pero creo que en algún instante llegué a creer que podíamos llegar a ser... una familia. Que dejaríamos de ser dos y de dar tumbos por el mundo para afincarnos y, bueno, tener un bebé. Quizás dos. Dos pequeños niños

correteando a nuestro alrededor y haciendo nuestra existencia algo más filantrópica. Pero supongo que no había sido más que un deseo; uno que jamás me sería concedido.

Instintivamente, deslizo mi mano desde el colgante hasta mi barriga y me preguntó cómo se debería de sentir una mujer embarazada, portando una vida en su interior.

— Bailey, saca el pasaporte y apréndete los datos — me dice Harry, sin desviar la mirada de la carretera — , necesitarás saber quién eres si nos paran en un control de seguridad.

Tiene razón; aunque el simple hecho de pensar que nos pueden llegar a parar en un control de seguridad me aterra.

— ¿Estás seguro de que los aeropuertos son la vía más segura?

— ¿La verdad? — pregunta con tensión.

Yo asiento.

— No. No estoy seguro.

Como distracción, procuro concentrarme en el pasaporte.

“Paige Baker” no suena nada mal, y la verdad es que ese nombre queda bastante bien con la imagen de mi fotografía. Bueno, no es que salga favorecida, pero siempre he pensado que este aspecto artificial no me pertenece. No soy Bailey Kim, ahora soy Paige Baker.

Reviso mi nueva fecha de cumpleaños, mi dirección, e incluso repito varias veces la serie del pasaporte para procurar memorizarla. Supongo que Harry ya se habrá preocupado por hacer esto antes de partir, con que me lleva ventaja.

Cuando llegamos al aeropuerto siento cómo la ansiedad reaparece en mí para oprimirme el pecho y mientras nos acercamos al mostrador de compra de billetes, Harry tiene que rodear mi cuerpo para ayudarme a mantener el equilibrio.

— Para Nueva York — dice con voz neutra, deslizando ambos pasaportes por el mostrador hacia la recepcionista.

Ella teclea en el ordenador, antes de recogerlos, y pregunta:

— El próximo vuelo será con destino al aeropuerto de Jhon F. Kennedy.
¿Desean dos billetes?

Harry asiente.

— ¿Ida y vuelta?

— Solo ida.

Mi cuerpo se tensa al escuchar su respuesta.

— Serán cien dólares con treinta y nueve — advierte, recogiendo los pasaportes para introducir los datos.

Harry asiente y, esta vez, desliza el dinero por el mostrador.

La mujer levanta la cabeza para escrutarnos: primero a él y después a mí. Presiento que se queda observándome más de lo normal, pero no quiero comenzar con sospechas extrañas y me obligo a sonreír con tirantez. Ella me devuelve la sonrisa de manera forzada.

— ¿Su primer vuelo? — pregunta, volviendo la vista al ordenador.

Harry se adelanta a responder.

— Tiene aerofobia — explica con rapidez.

La recepcionista enarca las cejas y levanta la cabeza de nuevo, ahora con una sonrisa de incredulidad.

— ¿Se llama así el miedo a volar en los aviones?

Harry asiente, sonriendo.

Si no estuviera aquí delante, cualquiera podría llegar a pensar que están flirteando.

— ¡Vaya! — exclama, entregándonos los billetes de avión y los pasaportes — . No tenía ni idea... Bueno, que tengan un buen viaje.

— Muchas gracias — se despide él, sin borrar su sonrisa.

Noto cómo Harry tira de mi cuerpo obligándome a caminar con mayor

rapidez. Él es más fuerte y más grande que yo, así que cada zancada suya supone dos acelerados pasos míos.

— Pareces un muerto viviente... — susurra en mi oreja.

Yo me encojo de hombros.

Por mucho que esté procurando distraerme, la ansiedad no consigue desaparecer de mi cuerpo y supongo que eso me habrá provocado cierta palidez. Todo a mi alrededor da vueltas y lo único que proceso es que cada vez estamos más cerca de “el final”.

Y no es un final feliz.

Parece que Harry aún no ha asimilado que nos acercamos hacia su muerte; o quizás no le preocupe. No lo sé. El problema es que cuando él no esté a mi lado, yo también moriré de alguna manera. No físicamente, pero sí de una forma psíquica; y lo peor de todo es que ya he visto cómo de doloroso será ese final para mí.

Me dice que nuestro vuelo saldrá en una hora y que lo mejor será que pasemos los controles y busquemos nuestra puerta de embarque. Acepto robóticamente, guiándome por sus movimientos y persiguiéndole sin prestarle demasiada atención.

En realidad, voy concentrada en la gente que nos cruzamos. Hombres que se marchan fuera a trabajar, niños que viajan para visitar a sus abuelos o mujeres que salen en busca de un futuro más prometedor. Todos tienen preocupaciones absurdas y todos caminan entremezclados con los demás como si formasen parte de un plan superior, de algo más grande que nosotros dos jamás llegaremos a comprender.

— Eh, Bailey — murmura Harry, deteniendo su carrera en seco.

Instintivamente, clavo los talones y también me freno.

— Todo va a salir bien, ¿vale?

No respondo.

Tuerzo una mueca de disgusto y sacudo la cabeza en señal de negación. Aunque con ese acto quería intentar hacerle ver que “todo va bien”, he logrado un efecto totalmente opuesto.

— Nadie morirá hoy — promete.

Y yo le creo.

Solo pienso que estamos acercándonos a nuestro matadero, pero no he dicho que sea hoy el día en el que nos vayan a degollar.

Pasamos los controles sin mayores complicaciones y me sorprendo de lo bien que ha escondido la pistola Harry. No me he acordado de ella hasta que nos hemos sentado junto al equipaje de mano en la sala de espera que hay a unos metros de la puerta de embarque.

Mientras esperamos, me dejo caer sobre su hombro y procuro mantenerme distraída observando cómo las gotas de lluvia se deslizan a través del cristal. Es un entretenimiento absurdo, pero funciona, y está evitando que piense en todo lo malo que me ronda en la cabeza.

Debo confesar, además, que sí será la primera vez que me suba a bordo de un avión. Supongo que ni mi padre ni el doctor Hall querían jugarse el pellejo en una nave aérea por ahorrarse unas horas de viaje en un coche. Me imagino qué podría llegar a pasar si la burbuja me invade en mitad del vuelo y todo se descontrola; ¿el avión se caería abajo? Supongo que esa será una de las razones por las que Harry considera más seguro el viaje, porque no esperarán que estemos tan desesperados como para actuar de este modo.

Se anuncia el embarque por megafonía y ambos nos levantamos para incorporarnos a la fila. Cinco minutos después ya estamos sentados y en dos minutos más el avión está hasta arriba de gente. Viajamos sentados juntos y Harry me ha concedido el privilegio de viajar en el asiento que está junto a la ventana.

Cuando despegamos, el estómago me da un vuelco. Es una sensación extraña y no termino de decidirme si es agradable o no.

— Relájate, nena — murmura en voz baja — , tenemos dos horas de vuelo.

Asiento, aunque continúo negándome a dormir.

Observo el paisaje desde la ventana y me siento como un pájaro, libre y poderoso. Cinco minutos después el símbolo de los cinturones de seguridad se apaga y yo me acurruco contra Harry, preguntándome qué diantres nos estará esperando en Nueva York cuando aterricemos.

¿Tenemos un plan? ¿Deberíamos prepararnos? ¿Nos entregaremos?
¿Lucharemos? Ni siquiera hemos hablado de ello.

— Eh...

Harry se gira hacia mí.

— ¿Qué ocurre? — pregunto, alzando la cabeza para mirarle.

— Te estás tensando, lo noto... Tienes que relajarte, Bailey.

¡Vaya!

Parece que por fin ha visto el peligro real que conlleva subirse conmigo en un avión... No puedo evitar una pequeña carcajada que provoca una mirada de reproche de Harry.

Obediente, procuro buscar un rumbo diferente para mis pensamientos — lo cual es demasiado complicado — , y al final termino centrándome en una de mis patéticas cuentas atrás.

Cien...

Noventa y nueve...

(Los números siempre han sido una buena distracción...)

Noventa y ocho...

Noventa y siete...

(Los párpados se me van cayendo...)

Noventa y seis...

(Parece que funciona, ya no pienso en la muerte evidente a la que nos acercamos...)

Noventa y cinco...

Noventa y cuatro...

Y cuando estoy llegando al noventa, me despierto en un lugar que no es mi asiento junto a Harry.

Estoy en la casa en la que sufro las pesadillas, así que supongo que me he quedado dormida. Me estoy incorporando en la cama y noto las articulaciones aletargadas. Es una sensación incómoda, pero no tan desagradable como en otras ocasiones porque, esta vez, mi mente está lo suficientemente lúcida como para pensar. Hoy tengo un plan; hoy quiero morir.

El simple hecho de saber que voy a suicidarme me abrumba; pero mi mente sabe que no puede seguir soportando el dolor y mi cuerpo suplica un descanso. Incluso siendo consciente de que es un sueño, de que en realidad no ha sucedido aún, mi pensamiento es claro y fuerte. Mi yo del futuro vence a cualquier raciocinio que le pueda intentar inculcar y me hace partícipe de que su destino no va a modificarse, por mucho que me resista y luche contra él.

Me levanto de la cama y camino con nerviosismo por la habitación... Aún tengo la visión borrosa y es evidente que la noche anterior tomé algún fármaco para conciliar el sueño, aunque nada que fuera excesivamente fuerte. Tengo ganas de vomitar y las náuseas me atacan, pero también las ignoro.

Quiero acabar con esto cuanto antes. Necesito decir adiós al mundo porque... Él ya no está conmigo. Él está muerto. Es absurdo creer que la muerte volverá a unirnos, pero supongo que es la única esperanza a la que todavía puedo aferrarme.

Me arrastro hasta el cuarto de baño, abro los grifos de la bañera y pongo el tapón para que se vaya llenando. Entre tanto, rebusco en los cajones hasta dar con una de esas cuchillas que él solía utilizar para afeitarse la cabeza y arranco el cabezal. Servirá, estoy segura de que servirá. Miro mis muñecas; las venas sobresalen con un color verdoso y todo parece demasiado sencillo.

Cuando el nivel del agua alcanza el borde, apago los grifos y me introduzco en el interior de la bañera. Cierta cantidad se desborda por los laterales, pero no pasa nada. Todo está bien; o mejor dicho, todo estará bien en muy pocos minutos...

No pierdo el tiempo. Sé lo que tengo que hacer y cómo hacerlo. Clavo las cuchillas en mis venas y corto verticalmente a lo largo del brazo, penetrando en mi interior. El dolor es agradable, casi como uno de mis calmantes. Tiro con más fuerza, sintiendo cómo mi piel se desgarrar al paso de la cuchilla. Las fuerzas comienzan a fallarme en muy pocos segundos y supongo que se debe a mi mala alimentación de las últimas semanas. Me dirijo al otro brazo con la mano temblorosa; no puedo perder el tiempo. Quiero que sea rápido. No quiero entretenerme.

El agua se va tiñendo con rapidez de un color rojizo y mi pijama, que

minutos antes había sido de un beige apagado, también.

Por fin me siento... bien.

Es una sensación extraña, porque de golpe y porrazo mis recuerdos más bonitos vuelven a emerger desde el fondo de las entrañas de mi memoria obligándome a recordar cada instante a su lado. Los paseos en bicicleta por el sendero de la playa, aquella noche en la que me pidió matrimonio en nuestro italiano favorito.

Suelto una pequeña risita cuando llega a mi mente ese instante en el que, en mitad de un bocado a mi tiramisú, di con el anillo de pedida. Salió bastante caro el detalle, porque el dolor en la sala del dentista mientras me colocaban un empaste es el siguiente recuerdo que me cautiva.

— ¡Oh, no!

Todo avanza como en una película; demasiado rápido, sin pausas.

Y antes de poder detenerla, he llegado a ese punto que no quería ver. Ese punto de mi vida que me ha obligado a soportar el dolor tanto tiempo y que me ha impedido cometer este acto incluso en los peores instantes de mi sufrimiento. Los recuerdos han dejado de ser bonitos y ahora me atormentan; pero ya es tarde... No puedo parar la película de mi vida.

Estoy llegando a su final.

Ahora me veo sentada en la cocina, esperando a que él se levante para darme mi sorpresa. He metido el test en una de esas cajitas para bolígrafos y le he colocado un lacito. Por fin, después de tanto tiempo esperando un milagro... ha sucedido.

Cuando lo abre, llora. Yo también lloro.

Nos sentimos afortunados por el regalo que nos hace la vida.

Y ahora estoy en el hospital, gritando de emoción con el rostro empapado en lágrimas. Ha sido muy doloroso, pero cuando veo sus ojitos brillantes y su carita redonda todo tiene sentido y todo ha merecido la pena.

— No puedo morir... — musito, siendo consciente por primera vez de la gravedad de mis actos.

No les he perdido a los dos.

Tengo que luchar por mi hijo. Tengo que sobrevivir por mi pequeño porque,

si yo me marcho, le estaré dejando solo en el mundo, le estaré abandonando...

Intento salir de la bañera, pero no puedo. Las piernas me tiemblan y todo da vueltas demasiado rápido a mi alrededor. Intento gritar auxilio, pero mi garganta no funciona como es debido.

“El teléfono”... Ayuda... Teléfono...

Pero entonces todo se apaga.

Mi vida ha llegado a su final.

Capítulo 16

— ¡Despierta! — grita Harry, sacudiéndome por los hombros.

Cuando abro los ojos todo lo que me rodea es un verdadero caos. Una alarma resuena de fondo, la gente grita presa del pánico y la cajetilla que contiene mascarillas sobre nuestras cabezas se ha abierto, liberándolas.

Harry sigue hablando, pero no consigo escucharle porque la burbuja me tiene presa en su interior.

— ¡Bailey! ¿Lo estás haciendo tú? — pregunta, histérico — ¡Tienes que parar, Bailey! ¡Si no paras moriremos!

Sigue sacudiéndome por los hombros; puedo sentir su ansiedad — lo que me genera a mí todavía más ansiedad — . Intento fijar la vista en algún punto, pero todo se mueve demasiado. El avión pega una fuerte sacudida y Harry se lanza sobre mí para enganchar mi cinturón y atarme al asiento.

Le miro, y él me mira.

Sujeta mi rostro entre sus manos con una delicadeza extrema y me susurra que me quiere.

— Esta gente también tiene familia, hijos, amigos... — murmura — , y también los quieren tanto como yo te quiero a ti... Bailey... No lo hagas...

Pero la burbuja sigue a mi alrededor y no quiere disiparse.
¿Qué estoy haciendo?

Escucho por el telefonillo al piloto del avión suplicar calma. Comunica que el sistema de abordaje ha fallado y que planearemos para intentar realizar un

aterrizaje de emergencia. Después habla una azafata y suplica que antes de ayudar a otro pasajero nos aseguremos de tener el cinturón bien sujeto y de colocarnos a nosotros mismos las mascarillas.

— ¡Bailey! ¡Tienes que parar!

Quiero hacerlo, pero todo es demasiado abrumador.

Y de pronto, todo lo que nos rodea se detiene y queda suspendido en el aire. El avión ha dejado de sacudirse, las personas asustadas, con el rostro desfigurado por el pánico, se han quedado paralizadas.

Todo está inmóvil, excepto él.

— Bailey... — murmura, asustado — . ¿Qué es lo que ocurre?

— Es una trampa de Hall... — le digo con un hilillo de voz — . Tu madre está muerta.

El rostro de Harry se descompone en el mismo instante en el que todo vuelve a moverse de nuevo.

El avión da otra gran sacudida; la gente grita, llora y suplica piedad a un Dios en el que no creen. Pero un segundo después, todo parece volver a estabilizarse y las alarmas se detienen... Poco a poco los gritos también desaparecen y mi respiración, que hasta entonces era demasiado agitada, va calmándose.

— ¿Mi madre...?

Una lágrima se desliza por mi mejilla.

El pasajero que viaja justo detrás de mi salta de su asiento pidiendo explicaciones a una azafata que pasa cerca. Algunas personas siguen llorando aunque por lo general, la muchedumbre presiente que la situación ha mejorado. El copiloto comunica por el telefonillo que el fallo del ordenador de a bordo ha sido resuelto con éxito y que en pocos minutos podremos aterrizar con total normalidad en el aeropuerto de Jhon F. Kennedy.

— Demos las gracias por seguir con vida... — dice con la voz ronca y temblorosa — , porque esto es un verdadero milagro.

La gente empieza a aplaudir, histérica, mientras el alivio recorre sus

extremidades.

— ¿Mi madre está... muerta?

— Ya lo estaba... — le explico, sin encontrar las palabras adecuadas — . Se suicidó cuando tu padre murió.

Se queda en silencio pensativo.

Quiero explicarle que ella le quería, que luchó hasta que las fuerzas la abandonaron a su suerte pero... Pero el dolor que Harry me transmite es tan fuerte que tan sólo consigo llorar. Al menos, nadie parece fijarse en mí; hay tantísimas personas en mi mismo estado de histeria que todo parece dentro de lo normal.

— ¿Cuándo?

— Poco después de que él... muriera. Tú ya no estabas con ella.

— ¿Lo has visto?

Asiento silenciosamente.

Inconscientemente, mi cabeza comienza a atar cabos y a comprender todo. Ahora sé porqué comencé a soñar justo después de la llamada de teléfono y, de pronto, cobra sentido aquella frase que me dijo la anciana: “confía en tu instinto”.

Si no hubiéramos respondido esa falsa llamada...

¡Nos tienen! ¡Nos van a capturar!

Siempre hemos estado vigilados. Puede que incluso sea verdad esa teoría de que nos han implantado un chip.

— Ella te quería mucho — murmuro, dolida, con un nudo atragantándome — , te quería mucho.

— ¿Sufrió?

Lo medito unos instantes.

Sí, sufrió porque en el último momento comprendió el error que cometía y se dio cuenta de que abandonaba a su mayor tesoro: Harry. Pero sé que, si respondo eso, tan sólo le estaré torturando más.

— No, no sufrió. Fue muy... rápido.

Asiente en silencio.

Percibo en su rostro lo afectado que está y eso me duele todavía más, pero ahora... Ahora tenemos que pensar con claridad, porque de algún modo y sin darnos cuenta, nos hemos metido en la boca del lobo.

— ¿Crees que es una emboscada? — le pregunto a Harry, procurando distraer sus pensamientos.

Está confuso.

Lo medita unos instantes, guardando silencio, y al final responde.

— No lo sé, pero nos daremos la vuelta en cuanto aterricemos. Seguramente Hall estará esperando a que contactemos con él, pero eso no sucederá...

La gente que viaja a nuestro alrededor parece que ha comenzado a calmarse y se mantiene en silencio, aún tensa, rezando porque ese fallo del ordenador no vuelva a producirse.

Me siento un poco mareada — uno de los tantos efectos secundarios de la burbuja — , pero mantengo la compostura por él.

— Ey... — murmuro, captando su atención. Él se gira hacia mí — . Sé que no lo suelo decir muy a menudo... — continúo, procurando dibujar una sonrisa en mi rostro — , pero te quiero, Harry. Te quiero muchísimo.

Y de repente, todo el dolor que percibía de él se esfuma y lo único que me transmiten sus ojos es ternura.

— Yo también te quiero, Bailey — responde, apresando mi mano derecha entre las suyas — , siempre lo haré.

Por el megafonillo, una de las azafatas nos comunica que en pocos minutos comenzaremos el descenso para el aterrizaje. Aprovecho ese instante para levantarme al lavabo y refrescarme con un poco de agua.

Me observo en el espejo y me doy cuenta de que parezco un muerto viviente. Realmente, mi aspecto es peor del esperado, y por mucho que intente solucionarlo, no consigo nada.

Bajo la tapa del retrete y me siento unos minutos, intentando encontrar en aquel diminuto cubículo algo de paz y tranquilidad. Estoy a punto de sufrir otro ataque, lo sé. Presiento cómo todas las emociones que me invaden resultan demasiado vivas y difíciles de soportar. Cierro los ojos, aspiro..., respiro..., aspiro.., respiro. Poco a poco mis músculos se van destensando y, diez minutos después, cuando alguien aporrea sin piedad la puerta del servicio, me siento capacitada para salir al exterior.

— ¡Voy! — exclamo, alzándome de un salto.

Una de las azafatas me está esperando al otro lado de la puerta, cortándome el paso con los brazos en jarras.

— Tiene que sentarse — me dice con un tono de voz cortante que no deja opción a replica —, todos los pasajeros deben ir en sus asientos con los cinturones abrochados, señorita Kim.

— ¡Claro, perdón! — me disculpo con rapidez, como una niña pequeña a la que acaban de regañar en el colegio.

Comienzo a caminar por el pasillo sin mirar atrás, apresurada, cuando mi cabeza repite mentalmente lo último que la azafata ha dicho:

“Señorita Kim”

Incluso, aunque la mujer se hubiera fijado anteriormente en mi pasaporte, no tendría sentido... Ahora mismo mi nombre es Paige Baker. Baker, no Kim.

Me giro con los ojos abiertos como platos y observo cómo la mujer se sienta en uno de los asientos auxiliares que están destinados a la tripulación. Estoy tentada de correr hasta Harry y contárselo, pero la ansiedad me puede y la imprudencia se apodera de mí mientras me doy media vuelta para regresar hacia ella.

La mujer alza las cejas.

— Por ahora, siéntese. Si desea algo toque el botón y uno de mis compañeros acudirá... — comienza, levantándose de su asiento con cara de pocos amigos.

— ¿Cómo me ha llamado? — le corto, aturdida.

¡Oh, no!

La burbuja de nuevo... ¡No!

Controlo mi respiración mientras espero su respuesta. Tengo que ser fuerte y manejar la situación... ¡Sé que puedo hacerlo!

— ¿Perdone? No le he llamado de ningún modo — me dice, tan contrariada como lo estoy yo — . Le he pedido que...

— ¡Ya sé lo que me ha pedido! — respondo con una nota de histeria — . ¿No me ha llamado hace unos instantes señorita Kim?

La mujer niega con lentitud, silenciosamente.

— Por favor... — repite, ahora confundida — , tengo que insistir en que se siente...

Sin dejarla terminar, me doy media vuelta y regreso al pasillo.

Camino con lentitud, arrastrando un pie detrás del otro mientras procuro ordenar mis pensamientos y entender qué es lo que me ha pasado. Tengo un coeficiente intelectual extraordinario y, si mi cabeza me juega una mala pasada e imagina algo irreal, suele ser por alguna razón. Algo se me está escapando; lo sé. Mi subconsciente está intentando decirme que estoy pasando algo importante por alto.

Veo que Harry se gira en su asiento, impaciente, y levanta la mano para que yo le vea. Le devuelvo el gesto pero no acelero el paso...

¿Qué ocurre...?

Aprieto los párpados unos segundos, me masajeo las sienes y, entonces... ¡Les veo! Están sentados entre nosotros, pero no son como los demás pasajeros.

Uno, dos..., tres. Puedo ver tres hombres que por alguna razón destacan entre los demás civiles. Dos de ellos visten traje y portan un maletín entre sus piernas. El tercero luce un estilo más sport, pero también lleva una mochila de viaje cerca. Tienen el gesto serio y parecen atentos a cualquier movimiento y situación. Puedo comprobar que me observan disimuladamente, procurando pasar desapercibidos.

La burbuja cada vez me invade más; estoy poniéndome muy nerviosa.

Camino con rapidez hasta Harry y me doy cuenta de que, para cuando llego a él, ya estoy llorando. ¡Oh, no! Si sigo así, sí que lograré tirar abajo el maldito avión...

Harry pega un salto al asiento de la ventanilla para cederme su lugar.

— ¡Eh, eh, eh! — exclama, sujetándome — . Cálmate, Bailey... ¡Qué ocurre!

— 22F, 13B, 7D — susurro en voz muy bajita, secándome las lágrimas.

— No te... — comienza, pero al final guarda silencio, comprendiendo.

Son los números de los asientos en los que viajan esos hombres.

Él, sin dejar de sujetarme, alza la mirada por encima de mi hombro para inspeccionar con disimulo. Harry sabe hacer las cosas bien, y si quiere pasar desapercibido, no tiene problemas en hacerlo.

— Están aquí... — me dice en tono muy bajo, incapaz de creerlo — .
¿Pero... cómo...?

Sigo controlando mi respiración, pero no es suficiente.

Ahora mismo, soy una bomba de relojería a punto de estallar.

— Eh, eh... — murmura Harry — . ¿Confías en mí?

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa.

— Entonces créeme cuando te digo que vamos a salir de esta — asegura, sonriendo.

La confianza que denota su voz consigue minimizar un poco mi ansiedad.

¡Es increíble! ¡Sabían dónde estábamos en todo momento!

Simplemente nos han perseguido y han esperado el lugar y el instante oportuno.

El avión pega una fuerte sacudida antes de comenzar el descenso.

Harry comprueba por la ventana que en pocos minutos estaremos pisando tierra en el aeropuerto de Jhon F. Kennedy y después se vuelve hacia mí con el rostro sereno y tranquilo.

— Hay demasiada gente y saben que tú... bueno, saben que sería peligroso intentar capturarnos aquí — me explica con rapidez, calmado — . Además, no creo que sospechen nada de nosotros, me refiero a que nos hayamos dado cuenta de su presencia...

— Vale...

— Nos bajaremos del avión con calma y normalidad, y después ya pensaremos la mejor manera de perderles la pista.

Vuelvo a asentir.

Y justo en ese instante, las ruedas del avión golpean el suelo varias veces antes de comenzar a deslizarse por la pista. Los pasajeros liberan la tensión que han estado reteniendo con sonoros aplausos y suspiros de alivio y la gente comienza a gritar; esta vez, de felicidad.

Capítulo 17

En el pasado

Él

— Como no deje de preguntar por su puta madre le voy a rajar por la mitad —
— escupe uno de ellos con cara de repugnancia.

— ¡Eh, chaval! — exclama el compañero del primero, mirando al niño — .
¿Le escuchaste? ¿Querés que te abran la cabeza en dos? ¡Cómo un jodido melón!

Los dos saltan en carcajadas y uno de ellos le lanza un escupitajo al pequeño.
Le da en la cara, de lleno en un ojo.

Harry tiembla, asustado, incapaz de comprender quién es esa gente y a dónde se lo están llevando. La furgoneta en la que viaja no deja de dar tumbos y siente que, de un momento a otro, el pánico será demasiado difícil de controlar.

Hace diez minutos que se ha hecho pis encima, aunque ni siquiera parece haberse dado cuenta. Se suponía que iría a una casa de acogida, o eso le había dicho una mujer; que le encontraría una familia con la que vivir hasta que su mamá estuviera bien. Pero supone que han cambiado de idea y que se lo están llevando a otra parte...

¿A dónde se lo llevan?

Cierra los ojos apretando con fuerza los párpados y piensa en su mamá. En su rostro, sus facciones, sus ojos, su dulce voz mientras cocina y canta, su forma de arroparle con ternura cada noche...

“Mamá..., mami... No me dejes solo...”, piensa, aterrado.

La furgoneta se detiene con un fuerte traqueteo.

Los dos hombres que viajan con ellos aún se están riendo cuando abren los portones del vehículo. Primero sacan al otro niño a empujones, después a Harry.

— No quiero una puta tontería, ¿entendido?

Ninguno de los dos responde, pero se mantienen en silencio con los ojos acuosos a punto de estallar en lagrimones.

El otro niño parece tan asustado como Harry.

— ¡Eh, joder, se meó encima! — grita uno, justo antes de propinarle un puntapié en el estómago a Harry.

Cae al suelo en mitad de un charco repleto de barro y, cuando vuelve a levantarse entre más empujones, se plantea salir corriendo de ese lugar. Una voz en su cabeza le recuerda que si lo hace, terminará como un melón abierto en dos mitades. Se lo piensa dos veces y no se arriesga, porque sabe que los mayores corren mucho más rápido que él y que le atraparán.

Tiembla, asustado, pero camina junto al otro niño sin decir ni una palabra. Deben de estar en una selva o algo así, porque las ramas que van dejando atrás rasgan su piel mientras el pequeño se intenta abrir paso entre la maleza.

— ¡Dos minutos! — les grita uno de los hombres cuando ve que no soportan el ritmo de la caminata.

“Quiero ir con mi mamá”, se dice, una y otra vez, mentalmente. Pero es un chico listo y por alguna razón, sabe que eso no sucederá.

Poco después llegan a un campamento; la gente está vestida con uniformes oscuros y parece muy sucia. Hay pequeñas cabañitas de madera que se reparten por todo el lugar, infiltradas entre los árboles.

— ¡Colombia está en guerra! — les grita un hombre al llegar — . ¡Y las guerras hay que lucharlas!

El otro niño ha comenzado a llorar. Pero les han dicho que si lloran...

Harry está a punto de pedirle que se calle cuando el hombre que antes le ha escupido se acerca hasta ellos y sujeta por la camiseta al pequeño. Le grita,

después lo lanza al barro.

Se escuchan risas, murmullos y fuertes estruendos en un lugar no muy lejano a ellos.

— Trae a uno... — murmura el mismo hombre que hace unos segundos les hablaba.

Segundos después, sacan a un encapuchado de una de las cabañas. Está maniatado y tiene una capucha sucia y maloliente en la cabeza.

— ¡AQUÍ SOLO HAY BUENOS OMALOS! — grita.

Harry tiembla, asustado, sin poder apartar los ojos de la escena.

Han tirado al hombre encapuchado a sus pies y está horrorizado. El encapuchado se sacude como un gusano, intentando levantarse del fango, pero no lo consigue.

— Y los malos tienen que morir... — concluye con una sonrisa el hombre que grita, aferrando una pistola entre sus manos.

Después, dispara, y el encapuchado deja de moverse en los pies de Harry.

Capítulo 18

La azafata pide un poco de paciencia.

Hace unos veinte minutos que el avión se ha detenido, pero nos tienen retenidos por alguna razón difícil de explicar.

— ¿Qué está pasando?

Harry se encoge de hombros.

Soy consciente de que no aparta la mirada de los hombres de Hall, de que los tiene vigilados.

Dos minutos después, cuando la espera comienza a crisper de sobremanera los nervios de todos los presentes, la azafata nos comunica que se procederá a realizar un desembarque de emergencia.

Frunzo el ceño, nerviosa, pero Harry no parece preocupado por la salida. Únicamente está concentrado en esos tres hombres.

— ¡Por favor! ¡Vayan acercándose en orden y con calma a la salida delantera con los pasaportes en la mano! — grita otra azafata.

Vuelvo a mirar a Harry.

— ¿Con los pasaportes? ¿Para qué los quieren?

Ahora sí parece que he captado su atención.

No deberíamos tener que preocuparnos porque nuestros pasaportes son... casi reales, pero es extraño que en una situación como esta el personal del avión haga una petición así. Observamos cómo abren la puerta y, de un en uno, van revisando la documentación de los pasajeros antes de permitirles descender al exterior.

Junto a la azafata, un hombre que no había visto antes — y que no parece

pertenecer a la tripulación — , colabora con la revisión de los pasaportes.

Esto no me gusta nada.

— ¿Qué hacemos?

Harry respira hondo.

Parece que nuestra situación se está complicando.

— Esperar a que los hombres de Hall desembarquen — me dice en un susurro — . Si realmente trabajan para él no se quedarán hasta el último momento... Destaparían su tapadera.

— ¿Y si lo hacen?

Pero nada más hacer la pregunta, compruebo cómo dos de ellos se levantan y se colocan en la hilera de pasajeros. El último de los tres se encuentra en las filas del fondo del avión, así que tardará un rato más en salir.

Nos quedamos sentados viendo como la gente desfila delante de nuestras narices hasta que, finalmente, Harry se levanta y tira de mí de manera apremiante. El avión está prácticamente vacío, así que ha llegado el momento.

— Toma, el pasaporte.

Tenemos unas cuatro personas por delante, detrás de nosotros unas diez. Cuando llega nuestro turno la azafata nos sonríe con amabilidad y nos pide la documentación, pero el hombre se adelanta dos pasos, apartándola con un gesto bastante maleducado.

— Me encargo yo — le corta.

La mujer no protesta, así que, sea quien sea, supongo que tendrá menos rango que él. Le entregamos los pasaportes y, mientras los revisa, puedo notar cómo mi corazón se acelera desbocadamente. Harry también está tenso; también puedo sentirlo en el instante en el que desliza su mano para acariciar la mía.

Cierra el pasaporte de Harry y se lo devuelve. El mío se queda mirándolo dos segundos de más, y cuando lo cierra, no me lo da.

— Tengo que pedirle que espere unos instantes — me dice con voz seria y

autoritaria — , creo que puede haber un problema con su pasaporte.

— ¿CÓ... Cómo? — murmuro, incapaz de procesar su petición.

Harry se apresura a adelantarse.

— Esperaremos — dice, apartándome hacia los asientos.

— ¿Qué está ocurriendo? — susurro en voz baja para que solo él pueda escucharme.

El hombre que pensamos que trabaja para Hall nos adelanta y entrega el pasaporte. Harry tarda unos segundos en responderme, porque se ha quedado mirándole.

— No tengo ni idea... pero tranquila, lo vamos a averiguar.

Me transmite calma, y eso es muy bueno porque ahora mismo estoy hecha un flan.

Intento encajar todas las piezas del rompecabezas, pero nada de esto tiene sentido.

1. El doctor Hall lleva un año persiguiéndonos.
2. Esto es una emboscada.
3. Tenía hombres en Canadá y nos han seguido encubierto hasta Estados Unidos.
4. ¿Nos van a detener?

Tan sólo faltan dos pasajeros por desembarcar y entonces el avión se quedará vacío — a excepción de la tripulación, el hombre y nosotros — . Tardan tres minutos en permitirles descender del avión y a mí se me antojan una verdadera eternidad.

Después el hombre se dirige a mí.

— ¿Paige Baker?

¿Es una pregunta?

Yo me levanto.

— ¿Es usted Paige Baker? — repite, escrutándome de hito a hito.

— Sí, soy yo.

Frunce el ceño.

— Síganme, por favor.

¡No entiendo cómo Harry puede estar tan relajado!

Primero baja Harry, después el hombre y, por último, me permiten descender a mí.

— Muy bien, tienen que acompañarme a las oficinas de...

— No vamos a acompañarle ninguna parte si no nos dice quién es usted — corta Harry, tenso — , y qué es lo que está pasando.

Veo cómo se lleva la mano a la cintura y presiento que en algún instante ha debido de sacar la pistola y escondérsela encima.

Un coche de color blanco, grande, se acerca hasta nosotros y se detiene a unos pocos metros. El hombre lo señala, indicándonos que nos subamos en él.

— No — murmura Harry con decisión.

Esto no tiene buena pinta, pero me obligo a mantener la calma y situarme en un segundo plano. Harry me empuja levemente para colocarme detrás de su cuerpo, de forma protectora.

El hombre sonrío y, con total parsimonia, saca una placa de su bolsillo del pantalón y nos la muestra.

— Queremos aclarar porque la señorita Baker, si es que se llama así, viaja con un pasaporte falso.

— No es un pasaporte falso — se apresura Harry.

El policía asiente.

— Está relacionado con el número de identidad de una persona que falleció hace seis meses. ¿Podrían explicarme eso?

Harry niega.

— Eso es mentira — concluye — . No nos haga perder el tiempo y díganos qué es lo que quiere de nosotros.

El policía suspira con desesperación, como si estuviéramos mermando su paciencia. Al final, saca una pistola y dirige el cañón hacia el pecho de Harry.

— No pienso repetirles dos veces que se suban al maldito coche...
— murmura en un susurro amenazador.

Harry se lo piensa unos instantes.

Al final, deja caer sus manos y, en señal de rendición, camina hacia el frente.

— ¿Por qué...?

— No hables, sube al coche — me dice en la oreja.

Obedezco con las piernas temblorosas y camino al frente, pero cuando estoy más cerca del vehículo puedo distinguir a los tres hombres de Hall; dos delante, uno detrás.

Clavo mis pies en el acto y le lanzo una mirada cargada de preocupación a Harry, que también desvía la mirada hacia el coche y después, de nuevo a mí.

Lo siguiente que sucede transcurre tan rápido que ni siquiera sé muy bien cómo; alguien me empuja para quitarme del medio — creo que Harry — , y caigo contra el asfalto golpeándome la cabeza. Estoy en el suelo cuando alzo la mirada y veo al policía con una pistola en alto. Harry también ha sacado la suya. Los tres hombres han salido del coche.

— ¡NO! — grito, procurando levantarme con rapidez.

Uno de los hombres de Hall dirige la pistola hacia mí y sonrío; después dispara y todo se vuelve negro.

No estoy muerta. O al menos, eso creo.

Sea como sea, sé que ese disparo ha debido de herirme porque no consigo distinguir muy bien lo que me rodea y me siento... adormilada. Quizás haya perdido sangre y esa sea la razón de mi estado... No lo sé. Solo veo muchas luces y todo parece en movimiento.

— ¿Harry...?

¿Le habrán disparado a él? ¿Dónde está? ¿Estará bien?

Necesito verle.

— Harry...

Escucho voces y ruidos de fondo, pero no distingo su voz.

— Harry...

Y después todo se vuelve oscuro — aunque las voces continúan — . ¿Habrán apagado la luz? No. No es eso... Me han tapado la cabeza con un saco o algo similar. Intento sacudir mi cuerpo, moverme, estirar los brazos; pero mis extremidades tampoco reaccionan a las órdenes de mi cerebro.

Me parece que un hombre dice que “me he despertado” y después noto la mano fría de alguien sujetando mi brazo. Un segundo después, siento como un punzón atraviesa mi carne y se clava en mí. Me están inyectando algo..., algo que... adormece.

Cuando me despierto de nuevo soy consciente de que estoy en el escenario de una de mis peores pesadillas. Estoy en las instalaciones de Pharma Labs. Nadie me lo ha dicho, pero es más que evidente. La mayoría de las habitaciones en las que el doctor Hall me ha mantenido presa han sido bastantes similares a ésta — por no decir que han sido idénticas — .

Estoy atada a una camilla, con cuerdas que rodean mi cuerpo entero y no me permiten, casi, ni respirar. A mi derecha puedo distinguir un panel y un gotero y, a mi izquierda, otra cama vacía con impolutas sábanas blanquecinas.

Juraría que, detrás de mí, hay una mesita con un jarrón. Parece que Hall tiene fijación con las mesitas y los jarrones.

Tampoco parece que esté herida. Estoy cien por cien segura de que alguien me ha disparado pero... No siento dolor.

¿Cuánto tiempo llevaré aquí encerrada? ¿Dónde estará Harry? ¿Estará a salvo? ¿Habrà conseguido escapar?

Sé que no me dejará, que volverá a por mí... Pero tengo que estar tranquila y mantener la calma. Aguantar.

Puedo ver frente a mí ese brillo especial en la pared que me indica que al otro lado puede que haya alguien observándome. Siempre hay alguien. Es una cristalera opaca que parece fusionada con la pared y que no llama la atención; pero me han tenido aquí metida tantos años — por no decir que toda mi vida — , que diferenciarla del resto de la pared me resulta una tarea irrisoria.

Junto a mi mano derecha puedo ver un botón rojo que, supongo, sirve para llamar a alguien de enfermería. Alzo la mirada al techo para inspeccionar y encuentro una, dos y tres cámaras colocadas estratégicamente en la esquinas para obtener todos los ángulos posibles de la habitación sin puntos ciegos de por medio.

No pulso el botón porque no quiero verle ni a él, ni a nadie.

Sé que cuando se den cuenta de que estoy despierta mi paz habrá terminado, así que cierro los ojos rezando porque nadie se haya percatado de mis escasos movimientos y finjo volver a dormir. Harry... Necesito verle. Al menos saber que está a salvo y que no le retiene Lewis Hall.

¿Y si le han atrapado? ¿Qué harán con él?

Al fin y al cabo, la única que les interesa soy yo. ¿Me amenazarán con hacerle daño si no colaboro? La mente del doctor Hall está perturbada y sé que puede llegar a cualquier extremo posible.

Diez minutos después, escucho el sonido de las bisagras de la puerta resonar al abrirse. Aprieto más los párpados, evitando mirar al intruso mientras controlo mi respiración. Puedo sentir mi pecho subiendo y bajando con lentitud.

— Buenos días, Bailey — dice una voz femenina — , voy a llevármela para realizarle un escáner. ¿Le parece bien?

Estoy tentada de contestarle que no, pero me mantengo inmóvil tal y cómo me encontraba hasta ahora. Escucho los pasos de la mujer aproximándose a mí y noto cómo tira de la camilla y me mueve. Abro los ojos; vamos a salir de la habitación.

¿Reconoceré el lugar en el que nos encontramos? ¿Habré estado aquí con anterioridad?

Un pasillo grisáceo que parece no tener fondo aparece frente a mí. Me

sorprendo al comprobar una vez más la similitud de todos los rincones que el doctor Hall crea. Sí, es exactamente igual que las otras plantas en las que me ha mantenido ingresada, así que es imposible saber con certeza si he regresado al mismo edificio o no.

Me gustaría saberlo, porque tengo que buscar la manera de escapar y encontrar a Harry.

Me llevan a la sala del escáner y me meten en un tubo de resonancias.

Desde un altavoz me piden que no me mueva para que la prueba finalice cuanto antes y sonrío con ironía cuando el auxiliar no comprende que nadie me ha desatado. Aunque quisiera, no podría moverme ni un centímetro.

Después me llevan de vuelta a la habitación y la enfermera me pregunta si me portaré bien. Pienso que vuelvo a ser esa niña pequeña a la que le pedían que se comportase educadamente aunque la estuvieran torturando. Le devuelvo una mirada repleta de desdén, pero no me molesto en responderle. Aún así, ella me desata y me informa de que procederá a tomarme muestras de sangre.

Me pregunto qué es lo que estarán buscando...

Cuando se marcha, se lleva la camilla.

Me siento en la cama y sonrío al comprobar que sí, ahí está la mesita con su jarrón. Creo que ahora mismo tengo el suficiente poder sobre mí misma como para elevar ese jarrón y desplazarlo hasta el punto de la habitación que yo desee, pero no voy a hacerlo. No voy a darle nada. No voy a ser más su conejillo de indias.

Un par de horas después, mientras me encuentro enterrada bajo las mantas procurando distanciarme de mis pensamientos y dejar correr el tiempo, la tortura da comienzo. Ya no es un pitido agudo que me carcome el cerebro; han buscado una técnica más innovadora. Una sirena. Una de esas sirenas de emergencia que produce una pequeña melodía que se repite sin descanso: niino, niino... Una y otra vez. Sin parar. Niiino, niiiiino, niiiiiniino...

Es peor; porque al pitido llegabas a acostumbrarte e, incluso, dejabas de escucharlo. Siempre mantenía la misma tonalidad, sin variar. La sirena es horrible, me está volviendo loca.

— ¡¡¡POR FAAAAVOR!!! — grito, pensando que de un momento a otro, mi cabeza estallará en pedazos.

Y el doctor Hall me responde apagando todas las luces y sumiéndome en la penumbra absoluta. Las horas pasan y nada cambia, todo continúa igual...

Pienso que ya debo de llevar unas diez u once horas así, pero tampoco puedo estar segura.

“Vuelve, Harry”, pienso, cerrando los ojos y procurando evocar su imagen en mi mente, “vuelve a por mí, por favor”.

Capítulo 19

Es totalmente imposible que Harry haya logrado escapar de ellos; no puede ser.

Estoy intentando recrear la escena, una y otra vez, y no encuentro la manera. Eran cuatro hombres armados contra él y además yo estaba fuera de combate. Tengo un moretón enorme en la pierna y supongo que es la secuela de aquel disparo que escuché contra mí. Sería una pistola de dardos con somníferos o algo similar, ése es el único sentido que le encuentro. Después me trasladaron hasta este lugar en un vehículo, que fue donde me colocaron la capucha.

¿Y Harry? ¿Qué han hecho con él?

Puede que también logran reducirle, aunque tampoco parecían realmente interesados en capturarlo a él.

Llevo un día despierta, aunque no sé cuánto tiempo he pasado dormida en este lugar. La sirena se ha detenido y han encendido las luces, pero nadie ha venido a hablar conmigo y tampoco me han dado nada de comer. Me siento débil, sin fuerzas, y aunque tengo el estómago totalmente cerrado sé que debo ingerir algún alimento para mantenerme fuerte. Necesito estar preparada para la ocasión, para ese pequeño instante...

Puede que solo dure unos segundos, puede que tenga un cuarto de hora para escapar. No lo sé. He decidido que aprovecharé una de las visitas de los enfermeros para salir; aunque mi plan aún no está desarrollado. Primero necesito recabar cierta información y averiguar si Harry también está preso en este lugar. Confío en mí, en mis habilidades, y creo que tenemos una oportunidad de salir con vida si aprovecho todo lo que he aprendido este último año.

Miro fijamente el jarrón y arrugo la frente, recordando aquella cantidad de vasos que rompí mientras estaba sola en la caravana. Esta vez será diferente y necesito estar segura de poder hacerlo bien.

— Bueno, aquí estamos de nuevo... — dice el doctor Hall mientras abre la puerta de la habitación.

Desvió la mirada hacia él y la sangre se me hieló en las venas.

— Ha sido un año muy interesante, ¿verdad, Bailey? — continúa, caminando para colocarse frente a mí.

Guarda dos metros de distancia con mi cuerpo y lo agradezco porque... Porque si se acerca no sé de qué puedo ser capaz.

Aprieto la mandíbula con fuerza, rabiosa, para evitar responderle algo que pudiera tener repercusiones físicas hacia mí. Él se queda callado observándome de hito a hito y, mientras se sienta en mi cama, una amplia sonrisa se vislumbra en su rostro con maldad.

Pienso en lo mucho que me repugna y..., en lo muchísimo que le odio.

— Han sido como unas vacaciones, ¿no crees? — continúa, sin apartar la mirada de mí — . Bueno, he pensado que después de tantos años aquí, necesitabas ver un poco de mundo antes de regresar...

Guarda silencio, aparentando poseer una calma que, desde luego, yo no poseo.

— Unas vacaciones... — musito con un hilillo de voz, sin poder ocultar la ironía en mi tono.

Él asiente.

— ¿A caso no lo han sido? ¿No recordarás para siempre este último año? Harry, tú, la cabaña... — me dice con sorna — , todo ha sido muy bonito, ¿no crees? Pero el tiempo se nos va echando encima, apremia, Bailey... No podía dejarte continuar con ese estilo de vida.

Siento tanta rabia y tanto odio hacia él que me obligo a apartar la mirada para poder respirar. Desvió la vista hacia el jarrón y controlo mi respiración mientras me concentro en los dibujos cúbicos que decoran el recipiente.

Siempre es el mismo jarrón, siempre con los mismos dibujos... No lo había pensado, pero casi parece una broma de mal gusto hacia mí; como si con él me estuviera diciendo que nada ha cambiado y que por muchos años que pasen todo seguirá igual. El jarrón, la mesa, la cama... Las torturas. Nada cambiará.

Lewis Hall también desvía la mirada hacia el jarrón.

— Es curioso que con él comenzara todo, ¿verdad? No eras más que una niña cuando lo hiciste estallar en mil pedazos. ¿Recuerdas cómo sucedió?

Ahora sí ha captado mi atención.

Me giro hacia él y lo escruto con curiosidad, intentando recordar aquel día... El día del accidente. El día del que mi padre me prohibió terminantemente hablar.

— No lo recuerdas, ¿verdad?

Hall suspira lentamente, sumido en sus recuerdos. Sé que esta conversación le está agradando en exceso y eso... eso no me gusta. No sé qué es lo que se propone, pero sé que hay algo más.

— Eras una niña con una rabieta — murmura, perdido en su memoria — , y te comportaste del mismo modo que el día en la estación de tren hace un año.

Una punzada de angustia oprime mi pecho al recordar aquel día.

Estaba con Harry, huyendo de los hombres del doctor Hall y a pocos minutos de coger un tren hacia Canadá. Fue entonces cuando vi la portada del periódico en el suelo, el nombre de mi padre lucía en grande y ocupaba la primera plana. Le habían asesinado, a él y a su guardaespaldas. Lo habían asesinado porque no había querido colaborar y entregarme a Pharma Labs... Todo sucedió demasiado rápido; el cúmulo de sentimientos que me invadieron me sobrepasó y la burbuja no tardo demasiado en rodearme. No podía ver, ni pensar, solo podía imaginar la escena de su muerte, sentir su dolor y... mi dolor. Lewis Hall me había arrebatado al único familiar que me quedaba, a la última persona que luchaba por mí. Gracias a Dios, Harry supo cómo calmarme y evitar que la catástrofe fuera mayor de la que resultó. Exploté todos los sistemas energéticos y eléctricos del lugar, destrocé las pantallas, los ordenadores... Y varias personas resultaron heridas.

— Exactamente igual... — susurra en voz baja — . La profesora de la guardería resultó herida, pero la peor parte se la llevó otro niño, que perdió un ojo cuando el jarrón le estalló en el rostro.

No quiero creerle... No quiero...

— Tu padre intentó encubrir todo, pero el asunto se le fue de las manos. La guardería terminó denunciando los hechos, la policía abrió una investigación y el gobierno determinó que tu padre no podía continuar con tu custodia. Se dictaminó que no podías permanecer sin vigilancia en la sociedad, y más tarde... Más tarde se decidió que tu potencial tenía que ser aprovechado.

Aprieto las uñas en la palma de mi mano, intentando controlarme.

No quiero escuchar esa historia. No me interesa.

— Yo soy lo más parecido a un padre que jamás tendrás, Bailey — continúa Hall, ahora sonriendo de nuevo — . Yo te cuidé y te protegí. El gobierno quería convertirte en un soldado, pensaba que tus habilidades podían resultar provechosas... Querían hacerlo... a la fuerza. Pero yo les persuadí. He tenido que sacrificarme mucho por mantenerte a salvo, hacer muchas promesas que aún no he cumplido... Pero aquí sigo, luchando por ti cada día.

— Me repugnas... — escupo, incapaz de contenerme.

— Si llego a haberte entregado... ¡Quién sabe qué habrían hecho contigo!

— Todos estos años... — murmuro, sintiendo mi rostro empaparse en lágrimas — . Me has torturado... Me has... me has ido matando poco a poco.

— Te equivocas, Bailey. Yo te he salvado — asegura, suspirando con parsimonia — . Pero el tiempo que se me había concedido ha llegado a su final y ahora, nos tocará hacer las cosas por las malas. Quieren que seas un soldado de los Estados Unidos, y están dispuestos a lobotomizarte si yo no consigo resultados, ¿lo entiendes, Bailey? Sé que me estás intentando ocultar tus... habilidades... extraordinarias, pero eso solo empeorará tu situación. Ellos te necesitan, quieren que tú seas la primera de una especie superior... Y yo... Yo sé que tú eres superior, que eres única.

Se queda en silencio, observándome fijamente mientras yo me seco con ira las lágrimas que se me han escapado. Las retiro a manotazos, incapaz de desviar la mirada hacia esos ojos grisáceos que transmiten tantísima maldad.

— Necesito que colabores, Bailey... Yo te ayudaré, estaré siempre a tu lado... Pero no puedo seguir esperando a que actúes. Necesito tu colaboración...

— Jamás te ayudaré...

El doctor Hall resopla con agotamiento antes de levantarse de mi cama. Cuando se vuelve para dirigirse a la puerta, clavo mi mirada en su recta espalda.

— Lo siento, Bailey — me dice, antes de abandonar el habitáculo.

Yo camino con nerviosismo de un lado a otro, intentando reproducir nuevamente la conversación que acabamos de mantener y de buscarle sentido. Se le agota el tiempo, quieren resultados de mí y estarán dispuestos a cualquier cosa... Cualquier cosa... ¡Harry!

En tres zancadas me planto delante de la puerta y comienzo a aporrearla con nerviosismo, con golpes ensordeceros.

— ¡VUELVE, VUELVE! — exclamo, desesperada.

Necesito saber si tienen a Harry. Necesito asegurarme de que él está a salvo...

Pero nadie regresa.

Diez minutos después consigo tranquilizarme y me siento en la cama, justo en el mismo lugar en el que se había sentado el doctor Hall.

Todo da vueltas a mi alrededor y la confusión es mayor según pasa el tiempo. Me tumbo en la cama, aprieto los ojos con fuerza y mantengo la mente en blanco. Quiero dormirme y que todo esto desaparezca, quiero despertarme junto a él.

Harry...

Harry...

Respiro profundamente y vuelvo a concentrarme en una de mis cuentas atrás. Mientras lo hago, me llevo la mano al cuello en busca del colgante con forma de B que me regaló Harry por mi cumpleaños; pero no está. También me lo han arrebatado.

Noventa y ocho...

Noventa y siete...

Noventa y seis...

Abro los ojos y veo cómo el sol se va colando por la ventana de la cabaña. La cabaña. He vuelto a ella, y estoy junto a Harry. Puedo sentir su ronca y cálida respiración en mi nuca y su brazo rodeándome el cuerpo con fuerza, con amor.

Cierro los ojos y me digo a mí misma que esto es un sueño... un recuerdo. Nada más. Y entonces una lágrima se desliza por mi rostro, incapaz de ser contenida en el interior.

El recuerdo, o mi sueño, es precioso y al mismo tiempo demasiado doloroso. Harry se revuelve entre las mantas porque se da cuenta de que me he despertado y yo me mantengo inmóvil esperando a que se vuelva a dormir, pero no lo hace.

— Buenos días, mi bella Bailey... — murmura con la voz ronca de aquel que acaba de amanecer.

Yo sonrío, aún conteniendo el llanto.

Quiero que esto sea verdad, quiero estar aquí... junto a él.

— Harry... — susurro en voz baja, incapaz de enjugar mis lágrimas — ... sabes que te quiero, ¿verdad?

Él vuelve a besar mi espalda y me abraza con más fuerza.

— Sabes que nada podrá separarme de ti, ¿verdad?

Un tercer beso me sirve como respuesta afirmativa.

Necesito despertar porque esto es demasiado doloroso, demasiado real.

Quiero saber dónde está él, si aún me está esperando... y si está a salvo.

Noto que Harry se levanta de la cama, liberándome del abrazo. Como no quiero que me vea llorar me mantengo inmóvil en la misma posición, sin siquiera moverme un solo centímetro.

Entonces él aparece frente a mí con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Qué sucede, nena? — pregunta, secándome las lágrimas con delicadeza y

ternura — . ¿Qué está mal?

“¿Qué está mal?”, me repito, preguntándome cuál es la mejor manera de explicarle que todo está mal. Absolutamente todo.

Que vuelvo a estar sola.

Que Lewis Hall ha dejado claro que jamás volveré a tener una vida real.

Que lo único que podré conservar son los recuerdos de ese precioso año que me ha dado.

— Venga, vamos, Bailey... — me dice, obligándome a incorporarme para estrecharme entre sus brazos — ..., ahora estamos a salvo. Todo ha terminado.

— No lo creo, Harry... no lo creo.

No se me ocurre otra cosa que decir.

Me termino de levantar de la cama y me fundo en un largo abrazo que fusiona nuestros cuerpos hasta convertirlos en uno solo. El aroma dulce de su cuerpo llega a mi nariz y yo lo aspiro procurando volver a evocarle tal y como era. Es perfecto; su piel suave, sus músculos marcados, sus ojos brillantes, su pelo cobrizo, sus cicatrices marcadas, su carácter huraño, su poca capacidad de expresarse... Él es perfecto. Me besa con suavidad los labios, permitiéndose disfrutar de mí y que el instante perdure en el tiempo. Me transmite todo el amor que alberga hacia mi persona y las ganas de llorar que tenía se intensifican por mil.

— Nadie nos hará daño, Bailey... — dice con un tono que denota seguridad en sí mismo — . Ya no volverán a hacernos daño.

Me libera del abrazo y clava la mirada en mí, sujetándome la cara con ambas manos. Me muerdo el labio, controlando mis palabras, y asiento con lentitud. Quiero que piense que le creo, incluso quiero llegar a creerle.

Quiero que durante los escasos minutos que dure este encuentro, este sueño, todo sea así; inmejorable.

Después de besarme de nuevo, se aleja de mí y me pregunta si quiero desayunar. Yo asiento, sonriente, esperando que esa cocina sea la misma que la de mi querida cabaña. Estoy a punto de abandonar la habitación cuando

veo el jarrón encima de la mesilla y mi corazón se paraliza.

— ¡Oh, no...! — murmuro, mirándolo fijamente.

Es exactamente igual que el que tiene Lewis Hall en la habitación en la que me tenía presa. Mejor dicho, en la que me tiene presa aún. Una vez más, me obligo a recordar que esto no es nada más que un triste sueño.

Camino dos pasos al frente y alargo el brazo para tocarlo. Me sorprende que sea tan... parecido. Incluso podría decir que se trata del mismo jarrón, pues los dibujos cúbicos que tiene grabados son perfectamente idénticos, centímetro a centímetro.

Lo sujeto entre las manos, intentando buscarle el fallo. ¿Qué demonios hace el jarrón en mi sueño? ¿Se suponía que era un recuerdo feliz! ¿Un lugar al que Lewis Hall no podría acceder!

La rabia comienza a hervir en mi interior, colerizándome, y entonces... entonces lo siento. Es una sensación, nada más, pero es tan real que...

Suelto el jarrón de la misma, haciendo que su porcelana estalle en mil pedazos al colisionar contra el suelo. Un remolino de malestar sacude mi cuerpo, obligándolo a temblar.

Harry aparece en el umbral de la puerta y se lanza sobre mí para abrazarme.

— Bailey, ¿qué ocurre? — me dice, sujetándome por ambos hombros para que pueda verle la cara — . ¿Qué está pasando? — repite, asustado — . No llores, nena, estoy aquí...

Entonces miro al suelo y el jarrón, ese que se había roto en mil pedazos unos segundos atrás, ha desaparecido. El suelo está limpio.

Mi mente comienza a trabajar a gran velocidad y el recuerdo de aquella última vez que compré en la tienda de ultramarinos me invade. Yo había ido al supermercado con la excusa de necesitar compresas para el periodo, una excusa que en realidad, no había sido irreal. Después la llamada, después las caravanas...

Pero el periodo no me había llegado.

Me llevo la mano al vientre en un acto inconsciente de protección. Harry

sigue la dirección de mi mano y coloca la suya sobre la mía.

— ¿Está bien el bebé? — pregunta, incapaz de ocultar un tono de histeria — .
¿Está bien el bebé, Bailey? ¡Contéstame!

Escucho los gritos de Harry de fondo, porque de pronto, se han introducido nuevos sonidos en la habitación. Puedo sentir que el sueño se acaba, que me estoy alejando de él... Así que sujeto su mano con fuerza y me aferro a ella.

— No importa lo que me suceda... — le digo, hablando con excesiva rapidez — . Te amo, Harry... Siempre te amaré...

Y entonces siento cómo tiran de mí, alejándome de él y de la cabaña, arrastrándome de vuelta a la realidad.

Abro los ojos y frente a mí aparece un hombre con una mascarilla. Me tienen sujeta por los brazos y las piernas y, por mucho que me revuelva, no consigo liberarme.

— ¡¡¡HARRY!!! — grito, histérica, incapaz de contenerme — . ¡¡HARRY!!

Necesito regresar a la cabaña con él.

Necesito...

Pero todo se vuelve negro y poco a poco mis fuerzas se desvanecen.

Capítulo 20

Me despierto y estoy sentada, en una silla a la que me han encadenado. Las cadenas de metal rodean mi cuerpo entero, impidiendo cualquier tipo de movilidad.

Alzo la vista y compruebo que han vuelto a instalar una pantalla sobre mi cabeza. Está apagada, al igual que las luces. Puedo ver lo que me rodea porque, en esta ocasión, no han desactivado el alumbrado de emergencia.

Me pregunto cuánto tiempo llevaré aquí metida y qué pretenderán hacer conmigo en esta ocasión... Y entonces recuerdo el sueño y... y sé que una cosa es real: estoy embarazada. Llevo una vida en el interior de mis entrañas y ahora mismo esa futura persona se ha convertido en mi principal prioridad.

Dos minutos después, las luces se encienden.

Tengo demasiado en lo que pensar, así que no pierdo el tiempo preguntándome qué será lo siguiente que me tengan preparado. Tengo que escapar de aquí, como sea, de cualquier manera y cuanto antes.

Escucho unos pasos en el exterior y unos segundos después la puerta se abre. Al parecer, Lewis Hall ha sustituido a su habitual personal, porque estos nuevos auxiliares que ha contratado no tienen en absoluto buen aspecto. Todos llevan una enorme mascarilla que camufla su rostro y parecen haber recibido órdenes de actuar en mi presencia como si yo no existiera. Me provocan escalofríos.

Dos de ellos sitúan una enorme mesa frente a mí. Un tercero trae una silla.

Después vuelve a marcharse y cierran la puerta.

“Da lo mismo, Bailey”, me digo a mí misma, “tú concéntrate en lo realmente importante”. Salir de aquí no va a ser una tarea sencilla, pero sé muy bien que puedo hacerlo. Puedo lograrlo.

Recuerdo entonces la escena que sucedió en la estación de tren y me pregunto si sería capaz de repetirla de nuevo. Es decir, no había sido algo planeado pero si consigo recrear el mismo efecto podría tener la oportunidad de escapar. En la estación todo el mundo... perdió el equilibrio. Nadie parecía capaz de moverse o reaccionar. Y si lograra repetir ese efecto en este edificio tendría el tiempo suficiente, incluso, para buscar a Harry. Pero antes de actuar necesito averiguar si el doctor Hall logró capturarlo o no.

Escucho más pasos en el exterior. Es él. Puedo diferenciar su manera de moverse, su caminar desigual y su leve cojeo en la pierna derecha. Entra sin mirarme a la cara y se sienta en la silla que hay frente a la mesa. Entonces levanta una mano y chasquea los dedos de manera que la cámara de seguridad pueda verle. Es una orden a alguien del exterior, claro.

Se mete la mano en el bolsillo y coloca el colgante con forma de B frente a mí, en la mesa.

— No puedes tenerlo — le recrimino con un hilillo de voz — . No es tuyo...

Hasta ahora no había comprendido lo débil que estaba físicamente. Hablar, incluso susurrar, me supone un verdadero reto.

— No es mío, no. Pero sí puedo tenerlo — me responde con serenidad — . Me parece increíble que después de tantos años no sepas que yo puedo tener todo lo que me proponga.... — Lewis hace una pausa dramática antes de continuar y sonrío — . Todo, absolutamente todo.

— ¿Y qué quieres de mí...?

Casi no tengo voz.

¿Cuánto tiempo llevo sin comer? ¿Sin beber agua?

— Quiero tu colaboración, Bailey. Quiero que tú seas mi mayor... logro. Mi mayor creación — repite, con los ojos chispeantes — . Si confías en mí, dentro de unos años quizás seas parte de los libros de historia... Puede que

logremos crear más soldados como tú...

No paso por alto las palabras del doctor Hall: “mi mayor logro”, “mi mayor creación”, “crear soldados”... Me quieren para experimentar.

— ¿Qué enemigo podría suponer una amenaza si más gente tuviera tus capacidades?

Internamente, reprimo una estruendosa carcajada.

Estoy a punto de decirle que, incluso con mis capacidades, no he sido capaz de perderles la pista y retomar una vida, pero no lo hago. Me callo porque necesito conservar las escasas fuerzas que aún albergo en mi interior.

Clavo la mirada en el collar con forma de B que Harry me regaló el día de mi cumpleaños y me preguntó a qué vendrá esa puesta en escena. Supongo que me intentará chantajear con él... y sé que, por mucho que desee volver a tocar esa madera, debo resistirme a los chantajes. Solo es un collar, algo material. No importa que él lo tenga mientras yo consiga escapar de aquí y reunirme de nuevo con el hombre que amo.

Hall se ha dado cuenta de que lo estoy mirando y sonrío maliciosamente. Estoy a punto de preguntarle de nuevo “qué quiere de mí”, cuando la puerta de la habitación se abre de par en par y dos auxiliares entran en el interior. El primero coloca una bandeja encima de la mesa y la destapa; el olor a comida inunda mis fosas nasales y me sorprende al comprobar que estoy muerta de hambre. El segundo coloca una jarra de agua y un vaso. Después, cuando Hall asiente con la cabeza, se marchan.

— Veamos... — añade, colocándose la servilleta en el regazo y sujetando ambos tenedores — , ¿por dónde íbamos?

Repaso la bandeja con la mirada y el hambre que siento me aprieta más. Es uno de esos menús preparados para el hospital, pero aún así... ¡Dios, me muero de hambre! Espaguetis con tomate y filete con patatas. No está nada mal...

Lewis Hall rellena su vaso con tranquilidad, dejando que el agua caiga lentamente desde la jarra al recipiente. Paseo mi lengua por mis labios y compruebo lo resecos y agrietados que están... Me muero de hambre, de sed... ¿Cuánto llevo aquí metida? ¿Hace cuánto que no bebo agua? ¿Qué no

ingiero ningún alimento?

— ¡Ah, ya sé! — exclama, sonriente, enroscando los espaguetis en el tenedor y llevándoselos a la boca — . Te estaba comentando lo que el gobierno espera conseguir de..., nosotros. ¿Por qué no empezamos a vernos cómo un equipo, Bailey? ¿Qué tengo que hacer para que confíes en mí?

Mastica con tranquilidad, disfrutando de cada bocado. De vez en cuando bebe un sorbito del agua y después vuelve a colocar el vaso frente a mí. Cuando ya se ha terminado los espaguetis, alza la mirada hacia mí y sonríe con desdén.

— Perdona, ¡qué descortés por mi parte no preguntarte si querías! — se ríe, divertido — . ¿Quieres un poco, Bailey?

Cierro los ojos, rabiosa.

Sé que si no me escapo de este lugar esto será mi pan de cada día; mi destino. Comenzarán otra vez con las torturas, volviéndome loca, llevándome a todos mis límites solo para conseguir un resquicio de todas esas capacidades que me convierten en un monstruo.

Lewis Hall se encoge de hombros.

— Ya veo que no tienes mucha hambre... — me dice, sin dejar de masticar.

Presiento que estoy a punto de desfallecerme del cansancio y el agotamiento, pero aún así no protesto ni digo nada en voz alta.

Me pregunto cuánto tiempo podré aguantar así antes de perder al... bebé. ¿Días? ¿Semanas? ¿Cuánto tiempo podrá resistir el feto?

— Bailey, ¿podrías compartir conmigo tus pensamientos?

Yo le lanzo una mirada cargada de odio y él me devuelve una sonrisa de satisfacción.

— Bueno, puedes quedarte callada si quieres... — concluye, encogiéndose de hombros — , pero para que puedas atenerte a los acontecimientos, te contaré cómo se desarrollarán los próximos días... ¿Te parece bien?

Como yo no le respondo, él prosigue.

— Vas a quedarte ahí encadenada el tiempo que sea necesario. Se te ha denegado el derecho de ir al servicio, así que si necesitas hacer tus

necesidades tendrás que hacértelas... encima. Bueno, ten presente que nadie te limpiará y que tendrás que soportar la humedad y el olor, así que mi consejo personal es que te aguantes todo lo que puedas — cuenta con rapidez, revisando de vez en cuando el reloj de su muñeca — . También se te ha denegado el derecho a alimentarte. No podrás ingerir ni sólidos ni líquidos, y tampoco podrás caminar ni levantarte de la silla — aclara, al parecer divertido con esa última parte — . Todo esto puede terminar de dos maneras; con tu muerte o con tu colaboración. Llevo demasiados años intentando sacar algo de ti y protegiéndote, pensando que eras especial, pero en fin, no tengo más cartas que jugar. No podré seguir cuidando de ti si tú no quieres colaborar... Yo tengo un acuerdo, ¿sabes? Me llevaré los méritos, seré reconocido por mi trabajo..., pero ellos exigen resultados. Y si no hay resultados... prefieren que estés muerta, serás un asunto menos del que tengan que preocuparse.

Deja la servilleta hecha un rebujo sobre la mesa y se levanta, con una falsa mueca de disgusto en el semblante.

— Ellos tienen mucho más poder que yo, Bailey... — me dice, sonriente — . Y bueno, ya puedes imaginar qué fue lo que ordenaron cuando te escapaste... Suponías un verdadero problema y no podían consentirlo, así que me ordenaron aniquilarte. No te protegí una vez, si no dos. Dos veces te has escapado, dos veces les he parado los pies.

El doctor Hall se da la vuelta, dispuesto a marcharse, pero en el último instante se vuelve a girar hacia mí.

— Se me olvidaba... — me dice, recogiendo el colgante con forma de B y guardandoselo de nuevo en el bolsillo — . ¿Sabes qué, Bailey? Incluso muerta, estoy seguro de que servirás para algo... Tú cerebro, tu composición genética... Algo tienes que tener digno de estudio, así que... Si no consigo sacar nada de ti por las buenas, lo obtendré por las malas.

Trago saliva, pero no respondo.

En realidad, no me está diciendo nada que no supiera de antemano, exceptuando todas esas indicaciones qué ha dado sobre cómo se desarrollará mi destino.

— Nos veremos pronto, señorita Kim — murmura, justo antes de cerrar la

puerta y salir al exterior.

Sacudo mi cuerpo con fuerza, intentando liberarme de las cadenas que me retienen presa, pero es imposible. Casi no tengo fuerzas... me siento muy débil.

Observo el jarrón en la esquina de la habitación y me digo a mí misma que tengo que salir de aquí cuanto antes. Si dejo pasar el tiempo..., bueno, llegará un momento en el que esté demasiado débil como para luchar.

Capítulo 21

En el pasado

Ella

Aquella noche era otra más, otra cualquiera.

Hace demasiados años que la chica ha perdido la inocencia y, junto a ella, la esperanza. Se tumba en la cama y cierra los ojos. Cuando la dejan dormir tranquila, sin luces y sin sonidos, se entretiene imaginando el tiempo y la meteorología que hay en el exterior.

Al estar reclusa, no puede saber si es de noche o de día; pero tampoco le importa. Algunas veces se imagina que nada más cruzar esa puerta se adentra en un día soleado, con un paisaje verdoso y húmedo repleto de animales, otras veces puede imaginar los copos de nieve cayendo sobre sus ondas castañas y derritiéndose con el contacto mientras una ventisca azota su rostro. Pero aquella noche vislumbra, por alguna extraña razón, una gigantesca tormenta.

Puede ver los rayos, iluminando los grisáceos nubarrones que se acercan a ella de forma amenazante, y los truenos, que enfadados, rugen retando a las estrellas y la luna. Bailey cierra los ojos y es capaz de imaginar cómo se siente el agua cayendo del cielo sobre ella. En su mente, abre los brazos como un pájaro y baila, girando sobre su propio eje una y otra vez, mientras sus ropas van calándose y ganando peso.

Es una sensación agradable; muy agradable.

Abre los ojos como platos cuando escucha un sonido provenir del exterior. Sabe que dadas las horas que son, no debería de entrar personal en su

habitación.

Se acurruca en la cama, apretándose las rodillas contra su pecho en una de las esquinas del colchón, y comienza a rezar porque nadie vaya a buscarla y tan sólo se trate de su imaginación.

Pero está en lo cierto; los pasos se acercan a ella con rapidez. Escucha cómo trastean en la puerta y le parece una eternidad lo que tarda en abrirse.

Cierra los ojos, suplicando a un Dios sobrenatural en el que no cree para que no se tratase del doctor Hall.

— Por favor, por favor, por favor...

Y entonces, escucha su voz.

— ¿Bailey?

Tiene que ser un sueño. No puede ser real.

Abre los párpados con lentitud y pestañea dos veces preguntándose si aquello no será una de sus imaginaciones, pues últimamente cada vez sufre más. Escruta de hito a hito el hombre que tiene en frente; viste una bata blanca con el logo de Pharma Labs, tiene muchísimas más arrugas que la última vez que lo ha visto y su pelo castaño se ha retrasado varios centímetros de crecimiento formando dos entradas en su frente.

— ¿Papá...?

El doctor Kim, con una fría capa de sudor en su frente, comienza a llorar.

— ¡Por Dios,hija, por fin! — grita, lanzándose a sus brazos.

Tienen poco tiempo para escapar.

Lewis Hall no tardará demasiado en darse cuenta de su traición y de que, por fin, ha descubierto el verdadero paradero de su hija. Es una suerte que su tarjeta de empleado aún funcione para superar los controles de seguridad, así que deben aprovechar esa baza antes de que sea demasiado tarde.

No hay tiempo para reencuentros, no pueden entretenerse.

Ella se queda paraliza observándole, incapaz de reaccionar o moverse. Él está ahí... Después de tantos años, por fin, ha vuelto por ella. Ve la confusión en el rostro de su padre y la ansiedad que siente, después se queda contemplando

cómo sale apresurado de la habitación.

Tan sólo tarda un minuto en volver a entrar, pero es el suficiente tiempo como para que a su hija se le desboque el corazón. Puede escuchar los latidos descompensados en su cabeza.

— No tenemos mucho tiempo... — murmura su padre, de regreso.

Porta una silla de ruedas y Bailey no tarda demasiado en comprender el plan. Se van a escapar.

Le indica con un gesto que se suba en ella y después, salen al exterior. El pasillo blanquecino que tiene en frente parece interminable, una verdadera pesadilla.

“Jamás podremos abandonar este lugar”, piensa ella, incapaz de albergar un atisbo de esperanza en sus pensamientos. Sabe de lo que son capaces y conoce la tecnología de la que disponen... No será una cosa sencilla salir de este sitio.

Llegan al ascensor que hay situado al final de la escalera y su padre, con una tarjeta idéntica a la que posee el personal del doctor Hall, pulsa el botón de llamada. No puede imaginar que él continúe trabajando para Pharma Labs... es impensable. ¡No puede seguir confiando en esas personas después de todo el daño que le han inducido a ella! ¡A a él!

Siente el temblor de las extremidades de su padre cuando éste empuja la silla de ruedas para introducirla en el interior del ascensor. Pulsa el botón de “- 2”, ese que Bailey supone que lleva a un parking subterráneo del edificio.

— Connor nos está esperando con un coche... — le dice, con la voz ronca de aquel que está desbordado por la adrenalina del momento.

Bailey asiente.

“Connor...”, piensa, incapaz de evocar el rostro del chófer de su padre. Hace demasiados años que no le ve y que no piensa en él, pero se alegra al saber que continúa trabajando para ellos.

Cuando el ascensor llega a la planta menos dos, el chófer les recibe. Está esperándoles en la misma puerta, alerta.

Bailey salta de la silla de ruedas y corre tras él hasta el vehículo. Se suba en la parte trasera con el corazón a mil por hora y lanza una mirada fugaz hacia la salida del edificio.

“¿De verdad lo vamos a conseguir?”, se pregunta, incapaz de procesar que han sido capaces de burlar la seguridad de Pharma Labs. Sabe que su padre ha arriesgado mucho al venir a buscarla...

Se acercan hasta la pantalla de acceso a la puerta y su padre le dice que se tumbe en el asiento para que las cámaras de seguridad no puedan grabarla. Obedece. Después ve cómo Connor desliza la tarjeta de su padre por la pantalla y, de pronto, la puerta del garaje comienza a elevarse con parsimonia.

Es de noche. Le gusta saberlo; y además, hay tormenta. Un rayo resplandeciente ilumina el firmamento en el mismo instante en el que cruzan el portón.

Tras ellos, nada más salir, la puerta cae, cerrándose de golpe, mientras una estruendosa alarma comienza a resonar en el interior del edificio. Es tan fuerte que, a pesar de los truenos, pueden escucharla.

— Ya lo saben, Connor... — murmura su padre, lanzándole una mirada repleta de preocupación a su chófer.

— Tendremos que separarnos — le responde él —, tendremos más oportunidades de escapar si cada uno sigue un camino diferente. ¿Has contactado con los de seguridad?

Su padre asiente.

Bailey aún viaja tumbada en el asiento trasero, demasiado asustada e incrédula como para formar parte de la conversación.

— Tienes los archivos en la guantera, su nombre es Harry Hunter — dice, con voz ronca, antes de girarse hacia mí —. Nos tendremos que volver a separar hija... — murmura con voz herida, estirando el brazo para tocarme. Ella coge su mano y la aprieta con fuerza —. Pero te juro que os encontraré. Cueste lo que me cueste, os encontraré.

Capítulo 22

En cualquier momento perderé el conocimiento, lo sé.

Al menos llevo un día más aquí encadenada, sentada en esta silla sin poder moverme ni un solo centímetro. Aunque quizás sea más de un día, quién sabe. Ya no viene nadie a verme; ni el doctor Hall, ni los auxiliares, ni los enfermeros. No aparece ni un solo alma por aquí, y eso me aterra.

Tengo la sensación de que se han rendido conmigo y de que, simplemente, me dejarán morir de esta manera. A lo largo de mi vida me han torturado de muchas formas, quizás incluso de más maneras de las que yo recuerdo, pero siempre había sentido que llegados a un punto se detendrían; de que no permitirían de ninguna manera que mi corazón dejase de latir. Lo que me aterraba de esas torturas era el sufrimiento; no saber cuánto tiempo estaría sometida al dolor.

Pero ahora es diferente. Si el doctor Hall tiene razón y ya ha jugado todas sus cartas, significa que están actuando a la desesperada. A todas, o a nada.

Las pocas fuerzas que conservo las guardo para gritar su nombre de vez en cuando. Creo que he llamado al doctor Hall en varias ocasiones, pero no puedo saber a ciencia cierta si no ha sido producto de mi imaginación. Lo que sí sé es que aquí no ha venido nadie. Me han abandonado a mi suerte...

— ¡Doctor Hal...!

Aunque tengo la sensación de que lo he gritado en voz alta, en realidad, presiento que tan solo ha sido un leve susurro. Al menos sé que me observan, porque las cámaras siguen encendidas día y noche.

Doctor Hall...

El sonido no abandona mi garganta.

Las lágrimas vuelven a deslizarse por mis mejillas. Necesito saber dónde está Harry..., es lo único que pido antes de morir. Si voy a dejar este mundo, al menos, quiero poder saber que no le he arruinado la vida y que él es libre.

Si yo muero, sé que no le dejarían marcharse; sabe demasiado. Y además, dudo que Harry no se comportase de manera estúpida e irracional. Intentaría vengar mi muerte, lo sé, y seguramente ese acto terminaría demasiado mal para él.

Cierro los ojos y decido que volveré a intentar llamarle dentro de un rato, cuando recaude las fuerzas suficientes para hacerlo. Tampoco quiero dormirme, porque si lo hago, no sé qué soñaré. Tanto los sueños bonitos como las pesadillas me resultan desagradables, demasiado difíciles de procesar. Quiero quedarme aquí, en la realidad, en el presente.

Escucho el sonido de unos pasos aproximándose a la habitación por el pasillo, lentamente, y me concentro en ellos. Rezo porque sea alguien que viene a desatarme estas cadenas que me tienen presa. He sufrido muchísimas torturas por parte de Pharma Labs, pero esta está siendo una de las peores. Me estoy volviendo loca. No soy capaz de mover ni un solo músculo, y eso significa que me han privado de todo lo que me hace humana, reduciéndome a... algo insignificante. Me han privado de la movilidad de mi cuerpo, de la alimentación, de la opción de ir al servicio. Estoy sola, totalmente sola y aislada. A veces ponen la sirena y otras veces vuelven a activar la luminiscencia al máximo, destrozándome las retinas y la cabeza.

Una lágrima silenciosa se desliza por mi rostro cuando los pasos no se detienen en mi puerta y continúan caminando por el pasillo. Aprieto más los párpados, incapaz de dejarlos marchar; repitiéndome una y otra vez que esa persona aún puede dar media vuelta y regresar a mi habitación. Pero no lo hace.

El sonido de la puerta de emergencia abriéndose llega a mí. Puedo adivinar que sea quien sea, ha salido a fumarse un pitillo y que, esa puerta no está tan lejos. Es increíble que pueda presentir, imaginar o escuchar el sonido de los dobles engranajes de las cerraduras cediendo. Está a unos metros de mí, no demasiado lejos...

Es una buena vía de escape. Es una perfecta vía de escape.

— ¡¡¡LEWIS HALL!!! — grito, con todas mis fuerzas y con toda la rabia que

albergo en mi interior.

Aprieto los puños alrededor de las cadenas que me mantienen presa y siento la sangre caliente deslizarse por mi mano cuando las uñas me desgarran mi piel.

Vuelvo a gritar su nombre. Con más ira, con más odio. Me estoy descontrolando, lo sé, pero tampoco me importa. Daré mis últimas fuerzas en este acto, aunque después todo haya llegado a su final.

Siento cómo la burbuja va inundando mi alrededor, arrullándome hacia su interior. Yo dejo que ella actúe y por primera vez, la siento como algo positivo y bueno; algo que forma parte de mí.

Siempre he sentido que era algo temeroso que me anulaba, pero hoy alivia mi dolor como un bálsamo mágico.

Vuelvo a gritar su nombre y esta vez noto cómo mis cuerdas vocales se desgarran ante el sobreesfuerzo. Toda la habitación comienza a agitarse como si un terremoto la estuviera sacudiendo, pero no es así. Lo estoy haciendo yo; lo está haciendo mi burbuja. Proyecto toda mi fuerza hacia el exterior y veo cómo la cama, la mesilla y el jarrón se elevan en el aire. El temblor que sacude la habitación se intensifica y yo, dispuesta a sacar todo lo que albergo, aprieto los dientes y lo masifico aún más.

— ¡¡LEWIS HALL!!

Y entonces, sonrío, satisfecha, porque sé que él está a punto de cruzar la habitación.

Sus ojos grisáceos, esos que habitualmente están sumidos en una imperturbable calma, están ansiosos y asustados. Puedo ver el desconcierto, el miedo y el horror en ellos. Pero su rostro también refleja curiosidad, satisfacción y victoria. Siente que ha ganado... Siente que por fin..., ha hecho explotar al monstruo.

De pronto, el temblor que sacude la habitación se debilita hasta detenerse. La cama y la mesilla caen al suelo provocando un estruendo ensordecedor. El jarrón se hace mil añicos al chocar contra la fría baldosa.

Yo le miro desafiante, dispuesta a cualquier cosa, sabiendo que en pocas horas mi bebé y yo estaremos muertos si las tornas no cambian. Siento cómo

las fuerzas se van escapando de mi cuerpo y cómo mi corazón se niega a continuar latiendo, agotado por la sobrecarga y el esfuerzo que ha realizado.

— Maravilloso... — susurra, observando la habitación con los ojos brillantes de emoción — , realmente maravilloso...

— ¿Dónde está...?

Prácticamente no soy capaz de escuchar mi propia voz.

El doctor Hall, maravillado, continúa negando lentamente con la cabeza sin poder creer el acontecimiento que acaba de tener lugar. Después me mira y sonrío con ternura, como un padre orgulloso le sonrío a una hija rebelde que por fin ha decidido ceder a sus peticiones.

— ¿Dónde está quién?

“Harry..”

“Dónde está Harry...”

Pero estoy demasiado débil y, por mucho que intente hablar, no lo consigo. La voz se pierde en mi interior...

— Supongo que preguntarás por el señor Hunter, ¿verdad?

Sacudo mi cabeza, que descansa sobre mi pecho como si no pudiera ser sujeta por el músculo de mi cuello, en señal afirmativa.

— Bueno..., quizás deberías dejar de pensar en él, Bailey... — me dice con tono irónico — , creo que vuestros caminos no volverán a encontrarse hasta... bueno, hasta que la muerte llegue.

“¡NO! ¡NO!”, grito, incapaz de creérmelo. Pero en realidad es mi voz interior la que está gritando de forma desesperada. No puede estar muerto, Harry no puede morir.

Escucho cómo el doctor Hall abandona la habitación y, dos minutos después, un grupo de enfermeros vuelven a entrar. Siento sus manos tocando mi cuerpo, moviéndome como si fuera una muñeca de trapo. Me desencadenan de la silla y me tumban en la cama para colocarme una vía. Me extraen sangre con una jeringuilla y hablan de mis pulsaciones como si yo no estuviera presente. Supongo que me he ganado el derecho para continuar con

vida... Supongo.

Cuando me despierto, sé que han pasado varios días desde el último suceso. Tengo un gotero con suero conectado a mí, junto a una máquina que mide mis pulsaciones. Me siento con más fuerza y descansada, lo que significa un alivio, pero no consigo sacarme de la cabeza la última frase del doctor Hall. Una parte de mí presiente que Harry está vivo. Lo sabe con certeza porque, de algún modo, estamos conectados. Si su corazón dejara de latir lo sentiría, estoy segura.

¿O no...?

Él es mi mitad, la otra parte que complementa mi alma.

Me levanto de la cama, me arranco las vías y los cables que están conectados a mi pecho y me arrastro hasta la mesilla para ver qué hace un papel ahí. Antes no estaba, estoy segura.

“Sigue así, Bailey, vas por buen camino.

Hall.”

Una serie de arcadas sacuden mi pecho con fuerza y tengo que colocarme de cuclillas para vomitar sin mancharme el camisón. Como estoy vacía, lo único que sale de mis entrañas es bilis. Otra serie de arcadas vuelve a sacudir mi cuerpo y las siguientes dos horas me las paso así, incapaz de moverme un solo centímetro.

Capítulo 23

El sonido del riachuelo despeja mi mente, relajándome.

Escucho voces, niños jugando y personas charlando tranquilamente, y abro los ojos para unirme al mundo. Estoy en una campa, sentada sobre una manta de picnic. Hay muchísimas más familia a mi alrededor disfrutando del día soleado mientras sus hijos corretean de un lado al otro chapoteando en el agua y embarrándose.

Miro hacia ambos lados intentando ubicarme, pero no lo consigo. No reconozco este lugar.

— ¡¡Mami!!

No la veo, porque ella ha saltado en mi espalda para abrazarme.

La atrapo entre mis brazos y la tiro hacia delante, colocándola sobre mi regazo. Se ríe una y otra vez con una voz dulce y tierna, demasiado inocente. Es preciosa. Tiene el pelo castaño y ondulado, parecido al mío, pero tan sólo le cae hasta los hombros. Un enorme lazo azul le decora el cabello, a juego con su vestido. Tiene los ojos azules pero unas motas marrones salpican su iris, dotándolos de cierta peculiaridad.

Tengo ganas de llorar de felicidad cuando me mira y sonrío abiertamente. Puedo sentir lo muchísimo que ella me ama, como si yo fuera su mundo entero... Y ella el mío.

— ¿Has visto lo que ha hecho papá? ¡Mira! — exclama, enseñándome una parte del vestido que se le ha mojado.

— ¡Era la venganza por haberme tirado al agua! — exclama él.

Su voz sedosa hace que las lágrimas estallen en mí, y todo se complica más cuando alzo la mirada y le veo, con su pelo cobrizo alborotado y su sonrisa pícaro en el rostro.

Harry... Aunque ahora es diferente. No es el mismo Harry que conocí. Tiene el rostro cargado de madurez, de amor, de ternura, como si hubiera evolucionado y se hubiera convertido en alguien más accesible, más humano. Más amoroso.

— ¿Estás bien, cariño? — me pregunta, sentándose en la mantita.

La pequeña se arrastra hacia él. Nuestra pequeña; nuestra hija. Aprieto los ojos intentando descubrir su nombre, pero no lo alcanzo.

— ¡Eh, nena! — exclama de nuevo, obligándome a mirar en su dirección — . ¿Me tengo que preocupar?

Yo sacudo la cabeza con efusividad en señal de negación.

— No, estoy bien, tranquilo... — respondo con la voz temblorosa.

No me cree, pero nuestra hija no le deja demasiadas opciones a preocuparse. Quiere su atención y no duda en reclamarla. Al final, me uno a las carcajadas de ellos y me permito disfrutar de lo que veo.

Ellos son..., mi familia. No estoy sola.

No puedo llegar a expresar lo mucho que les amo, que les adoro. Siento que son mi vida y mi motor, lo que me hace despertarme cada día y olvidar al doctor Hall y a sus torturas.

— ¡Oh, no! — grita Harry, levantándose de un salto.

El resto de las personas que están a nuestro alrededor le imitan, pero yo tardo unos segundos en comprender qué está pasando.

Está comenzando a llover.

Todo el mundo parece apresurado por abandonar el lugar, pero yo no quiero irme. Quiero quedarme.

— Bailey, nena — me insta Harry — , date prisa o nos quedaremos atrapados

en la caravana al salir...

Me sorprendo al asentar, antes de incorporarme para ayudarlo a recoger.

Todo parece tan... normal. Como si el pasado se hubiera esfumado y pudiéramos llevar la vida con la que tanto habíamos soñado.

“No puede ser real...”, me digo a mí misma, intentando recordar dónde estaba yo antes de aparecer en esta campa. ¿Huyendo con Harry? ¿En la instalaciones de Pharma Labs? ¿En una de sus salas de torturas? Tiene que ser un sueño.

— Venga, chicas, correr... — murmura él.

Ya tenemos todo recogido, así que me agacho para quedar a la altura de nuestra hijita y le tiendo la mano.

— Vamos, cariño...

Ella niega con la cabeza y cruza los brazos en jarras.

— Eh, venga, princesa, ¡tenemos prisa! — le grita Harry, tirando de su bracito.

Ella tampoco se quiere ir; estaba disfrutando.

— ¡Quiero quedarme! — exclama con la voz enfurruñada.

— ¡No! — dice Harry, con un tono autoritario que jamás le había escuchado

— . ¡Nos vamos ahora mismo!

Estoy a punto de replicar y de decirle que lo deje estar, que no me importa soportar el tráfico y que podemos quedarnos hasta que la lluvia se intensifique un poco más, pero me callo porque la situación se ha tensado. No quiero que este sueño se tuerza, es demasiado perfecto...

— ¡ME QUIERO QUEDAR!

Veo la rabia en sus ojos, tiene la boca prieta y el gesto que pone me recuerda al mismo que dibuja su padre cuando no le gusta algo. Estoy a punto de echarme a reír ante esa imagen, porque incluso enfadada, nuestra hija es tan bonita y perfecta que mi alma se hincha de orgullo.

— ¡Nos vamos! ¿Me oyes? No voy a repetírtelo dos veces...

Y entonces las nubes comienzan a descargar la lluvia sobre nuestras cabezas, como si de golpe soltaran todo lo que contenían. Harry tira de nuestra pequeña y ella clava sus talones de manera brusca para no caminar, justo antes de comenzar a gritar.

El sonido es ensordecedor. La gente se ha quedado paralizada, mirándonos fijamente.

— Cariño, por favor... — murmuro, incapaz de calmarla.

Nunca antes lo he hecho, así que no sé cómo actuar.

Alzo la vista hacia Harry y me sorprendo al comprobar el horror que expresa su rostro.

— ¡Oh Dios...! — exclama, con los ojos abiertos como platos.

Y entonces, sigo la dirección de su mirada y los veo flotando. Todos los coches que había en la carretera están suspendidos en el aire y no necesito pensar demasiado para comprender que por primera vez, no soy yo la fuente de aquel desastre.

— No, cariño, no lo hagas... — suplico, acariciando su suave mejilla.

Y ocurre.

La onda de la explosión nos golpea a todos, arrollándonos y obligándonos a impactar contra el suelo. Siento un dolor agónico cuando mi cuerpo se choca y mis huesos se rompen en pedazos. La veo a ella, quieta e inmóvil, sin que nada le afecte. Y a Harry, que ha caído al suelo y un hilillo de sangre se desliza por su frente.

No, ella no puede ser como yo.

Ella...

— ¿Bailey? ¿Estás despierta?

Me encuentro con el doctor Hall levemente inclinado hacia mí, con una de

sus sonrisas.

— Debías de tener una pesadilla, porque estabas gritando... — me dice, divertido — . ¿Qué tal te encuentras hoy, Bailey?

Me incorporo en la cama y me echo a una esquina para alejarme de su mirada inquisitiva. Siento el camisón y el pelo pegados a mi cuerpo a causa del sudor; estoy asquerosa, pero no me importa.

— Estoy bien — escupo, rabiosa, intentando ubicarme y recordar cuánto tiempo llevo aquí metida, separada de Harry.

Estoy rememorando el sueño que acabo de tener para poder buscarle una explicación lógica cuando el doctor Hall se sienta sobre el colchón, hundiéndolo levemente bajo él.

— Me alegra saber que lo estás — dice, y guarda silencio.

Me mira sin decir nada, como si pudiera traspasar mi cráneo y leerme la mente de esa manera. Yo le devuelvo la mirada de forma hostil, sin acobardarme. Ya no le tengo miedo porque ya no me pueden hacer más daño.

— ¿Lo sabes, verdad?

— ¿El qué? — replico.

— Sabes que estás embarazada...

Instintivamente, me llevo la mano a mi estómago y me abrazo el cuerpo. Él asiente con satisfacción, como si eso confirmase muchas cosas que sospechaba.

— También sé que él está vivo...

No responde, y eso es buena señal.

Si estaría equivocada, ya hubiera saltado en carcajadas.

— Pensé que necesitaba guardarme un as en la manga por si te negabas a colaborar — explica con orgullo — . Pero supongo que ahora tienes demasiadas cosas por las que hacerlo... por las que ceder a mis peticiones.

Guardo silencio.

Saben que espero un bebé... ¿Y eso qué significa? Es evidente que no me dejarán quedarme con ella, que me la quitarán nada más nacer y que la usarán como un conejillo de indias, igual que me usaron a mí. Da igual que herede o no mis capacidades psíquicas, lo intentarán todo. La torturarán.

Y yo... Yo simplemente terminaré transformada en un soldado del gobierno.

— No colaboraré, Hall — escupo rabiosa, demostrándole lo mucho que he cambiado y el poco miedo que albergo hacia su persona — . Me la vais a quitar, no tengo nada por lo que luchar si sigo aquí metida...

Él sonrío justo antes de levantarse.

— ¡Oh, Bailey, mi querida Bailey...! — exclama, risueño — . Ya lo creo que sí...

Le veo alejarse en dirección a la puerta y mi cuerpo se destensa instantáneamente.

— Creo que ha llegado el momento de sacar ese as... — añade, justo antes dejarme a solas.

Cuando se marcha, me echo a llorar, intentando encontrar un sentido lógico a todo. El sueño, la conversación con el doctor Hall... Todo se agita en mi cabeza como un cóctel, confundiéndome.

Creo que sé porqué ella no tenía nombre... Me llevo la mano a la barriga y sonrío, sintiéndola. Aún no es segura su existencia, que vaya a ver el mundo, a nacer. Es lo único lógico que encuentro como explicación. Y el sueño..., bueno, el sueño me dice que será como yo, no como Harry.

“La protegeré, la cuidaré”, me digo a mí misma, armándome de valor.

Me siento dispuesta a hacer cualquier cosa por abandonar este lugar, pero esas energías cargadas de positivismo no tardan en disiparse cuando la pantalla de la habitación se enciende mostrándome su imagen.

Otra habitación blanca, con las mismas paredes y los mismos metros cuadrados que la mía. Y él.

— ¡Harry...! — musito, comprendiendo a qué se refería con utilizar su as — . Harry...

Salto de la cama y camino apresurada e hipnotizada por partes iguales hasta llegar a la pantalla. Me quedo mirándole a unos centímetros, mientras las lágrimas comienzan a deslizarse por mi rostro salvajemente, fuera de control.

Está encadenado, pero no en una silla como me tenían a mí, si no a la pared. Su estado es raquítrico y parece débil y perdido. Me acerco más a la pantalla y alzo una mano para acariciarla. Quiero traspasarla y llegar a él... Quiero liberarle...

Poco a poco la burbuja va formándose en mi interior, desatándose al igual que lo hizo la vez anterior. No me importa; dejo que conquiste todo a su paso y que me rodee por completo.

“Harry... no te rindas...”

El temblor de la habitación comienza a formarse, agitando los muebles como la vez anterior. No necesito girarme para comprender que la única que está tocando el suelo soy yo, que todo lo demás, está flotando. Puedo sentir la fuerza de mi burbuja abalanzándose sobre todos los objetos, conquistándolos.

“Harry...”

Pero yo me concentro en él. En salvarle al igual que él me salvó a mí en las anteriores ocasiones, arriesgándolo todo.

“Harry, te quiero...”

El temblor se intensifica. Puedo sentir cómo los cimientos del edificio se tambalean. Él, desde el otro lado de la pantalla, alza la mirada al sentir las fuertes sacudidas de las paredes. Ahora estamos conectados; la burbuja nos está conectando... Las cadenas que lo apresan se rompen en mil pedazos, estallando, y Harry cae al suelo como un saco muerto. Está tan débil que tarda varios segundos en poder realizar algún movimiento; después levanta la mirada hacia la cámara, confundido.

El edificio se sacude con más fuerza y las alarmas de seguridad se han activado. Por la megafonía escucho cómo se solicita una evacuación de emergencia y los gritos de histeria llegan a mis oídos a través de la burbuja. Después la puerta de mi habitación se abre y el rostro descompuesto del doctor Hall me observa con sorpresa y desconcierto.

— ¡Para! — me ordena con voz autoritaria.

Pero ahora ya no recibo sus órdenes.

El jarrón sale volando, estallando en mil pedazos justo al lado de su cabeza. Él, asustado, se protege con ambos brazos mientras su mirada se mancha de autentico terror.

— ¡Bailey, detente ahora mismo! — grita, encolerizado — . ¡ERES UN PELIGRO! ¡UN MONSTRUO!

Un ejército de hombres se ha colocado tras él, con sendas pistolas aferradas en sus manos.

— ¿Lo soy? — pregunto, pero esta vez la que sonrío soy yo.

Uno de los pedazos del jarrón se eleva frente a él y sale disparado hacia mí. Se detiene a unos metros de distancia de manera desafiante, como si estuviera a punto de lanzarse contra mi cabeza y atravesarme el cráneo.

Lewis Hall abre aún más los ojos, impactado.

— No lo hagas, Bailey... No cometas una locura.

Miro de reojo la pantalla y compruebo que Harry va ganando fuerzas; está de pie, acercándose a la puerta. Sé que está abierta, porque cuando salta el sistema y se activa la evacuación los cierres de seguridad se desactivan. Es su oportunidad, mi oportunidad.

— No lo hagas... — repite, levantando una mano en alto.

— No voy a morir, doctor Hall, hoy no... — le digo, sin borrar la sonrisa — . Hoy tú serás el único que perderá la vida...

Y entonces el pedazo de jarrón sale disparado y le atraviesa el pecho, el corazón. No tiene tiempo a decir nada más, simplemente, cae fulminado en el suelo.

Sus hombres, confusos, tardan varios segundos en apretar los gatillos. Media docena de balas viene en mi dirección a una velocidad de trescientos cuarenta metros por segundo, pero ninguna de ella es capaz de atravesar la burbuja que me protege.

Al principio se lanzan miradas turbadas, sin comprender muy bien cómo deben proceder. Pero después de observar detenidamente el cadáver sin vida de su jefe, salen corriendo disparados y abandonan la habitación.

“Harry... Harry...”

Tengo que encontrarle y reunirme con él de nuevo.

Corro al pasillo y compruebo que todo el mundo está bajo una vorágine de histeria.

Me siento más relajada, pero la burbuja es demasiado grande y ha cogido mucha fuerza y sé que, por mucho que intente pararla, será imposible. Presiento que en cualquier momento el edificio se desplomará, así que tengo que encontrarlo cuanto antes para abandonar este lugar.

La confusión de las personas que corren de un lado a otro es colosal y el caos reina por doquier en cada esquina del edificio. Pero entre toda la muchedumbre que grita nerviosa buscando una salida, veo sus ojos. También me estaban buscando.

— Bailey... — musita, prácticamente sin voz.

Yo sonrío y camino hacia él, como una autómatas.

Me lanzo a sus brazos y él me estrecha con fuerza contra su cuerpo, mientras todo lo que nos rodea deja de existir.

— ¡Oh, Dios, mi Bailey...! — exclama, aspirando mi aroma sin soltarme — . Menos mal...

Encarcela mi rostro entre sus manos y me observa, evaluando levemente mi estado. Me besa la frente, la nariz, los labios, las mejillas... Y poco a poco, mientras su calidez, su contacto, su piel y su dulzura van haciendo mella en mí y soltando la burbuja. El temblor se va deteniendo y el edificio parece dejar de agitarse; pero sé que es tarde. La estructura está demasiado dañada y no soportará demasiado peso.

— Te quiero... — gimo, lloriqueando contra él — , te quiero, Harry, te quiero...

— Ahora estamos juntos... — murmura, acunándome levemente — , y no

volveremos a separarnos, Bailey, nunca más...

Alzo mis ojos acuosos para observarle.

— Está muerto... le he matado... — suelto entrecortadamente.

No necesito decir más para que él comprenda a quién me refiero.

Me aprieta con más fuerza, justo antes de elevarme en sus brazos y echar a caminar.

— Tenemos que salir de aquí — me dice en un susurro — , no me sueltes.

Yo me apoyo contra su pecho, sintiéndome de nuevo en mi hogar. Él es mi hogar. O al menos, todo lo que necesito para sentirme en casa.

Las escaleras son un verdadero caos.

Todo el mundo parece dispuesto a abandonar el lugar por la fuerza, así que la gente corre aunque tenga que llevarse por delante a los demás.

Harry se las ingenia para esquivar a la gran mayoría y desplazarse con facilidad. Va bajando pisos con rapidez, pero yo le apremio a continuar porque el tiempo se agota. Faltan pocos minutos para que todo se venga abajo y, si no queremos acabar enterrados bajo los ladrillos de Pharma Labs tendremos que alejarnos varias manzanas para evitar el círculo de impacto que tendrá.

Cuando llegamos a la calle, corremos.

Harry aferra mi mano y ambos hacemos uso de la poca vitalidad que alberga nuestro organismo para mover las piernas sin descanso, dando una zancada detrás de otra.

Todo da vueltas a mi alrededor pero, cuando el sonido estruendoso parte el suelo y caemos al suelo por el temblor, sé que todo ha acabado.

Pharma Labs ha desaparecido.

Vuelvo mi mirada hacia detrás y veo cómo una nube de polvo se alza amenazadoramente entre los edificios. Los gritos y las sirenas de las ambulancias no tardan demasiado en escucharse cuando el último ladrillo que cae toca el suelo.

— Todo ha terminado... — murmura Harry.

Y tiene razón, todo ha terminado.

Capítulo 24

Me despierta el sonido del motor de un coche.

Abro los ojos lentamente y observo mi alrededor; una carretera que parece no tener fin se abre paso frente a mí. A mi derecha, por la ventanilla, contemplo un paisaje húmedo y verdoso. A mi izquierda, Harry.

Se da cuenta de que me he despertado, así que aparta la vista de la carretera para mirarme y dedicarme una sonrisa.

— Buenos días, bella durmiente... — me dice, sin poder ocultar su felicidad.

Yo le devuelvo la sonrisa, aún intentando ubicarme.

Siento que los últimos meses de mi vida se han desarrollado como capítulos y, por alguna razón, me cuesta encontrar la conexión entre ellos. Aún así, soy muy consciente de los últimos acontecimientos; Pharma Labs ha desaparecido y Lewis Hall está muerto.

Al día siguiente de que el edificio se desplomase los periódicos anunciaron la catástrofe haciendo un gran recuento de los fallecidos. La noticia me causó una terrible conmoción, porque no fui hasta ese momento demasiado consciente de las vidas inocentes que se perdían mientras la estructura de la sede de Pharma Labs se venía abajo.

— No todos eran inocentes... — me aseguró Harry.

Aún no sé si tenía razón o no, pero lo que sí sé es que ahora nadie nos busca. Lewis Hall no se levantará de su tumba para torturarme y el gobierno se pensará que fallecí enterrada entre los muros del edificio.

Ahora somos libres.

— ¿Dónde estamos? — pregunto atolondrada por las horas de sueño de las

que he disfrutado.

Hacía mucho que no dormía tantas horas seguidas sin sufrir pesadillas.

— Acabamos de pasar la frontera — me dice, deslizando su mano para acariciarme la pierna — . Estamos en Canadá.

Yo asiento y me pego a la ventanilla para contemplar el paisaje.

Harry opina que no hay peligro que nos aceche, pero aún así, este lugar se ha convertido en un sinónimo de paz para nosotros y hemos decidido regresar a él.

Las próximas horas las pasa conduciendo en silencio.

Todo el horror vivido está demasiado presente y, de alguna manera, ambos somos dos personas con el alma rota que esperan recomponerse con el paso de los años.

Harry toma una desviación y se introduce en un pequeño pueblucho que me recuerda a aquel que había bajo la cabaña en la que estuvimos antes de trasladarnos a las caravanas. No es el mismo, pero sí muy similar. No tendrá más de tres mil habitantes y solo cuenta con un par de comercios a lo largo de la carretera principal; el resto, son casas.

Me gusta, porque está rodeado de montañas y de verde, así que no protesto cuando detiene el coche para sacar el mapa de la guantera y comprobar dónde estamos.

— ¿Es seguro? — pregunto, dubitativa.

Él me guiña un ojo.

— ¿Qué te parece si lo comprobamos?

Yo asiento, bajándome del coche.

Supongo que tendremos que buscar la zona más alejada de la vida cotidiana, pero no me importa. Es uno de esos lugares a los que sé que podría acostumbrarme.

Caminamos abrazados por sus calles con un sol radiante golpeándonos la espalda. Todo parece un sueño, una película que estoy viviendo desde fuera.

— ¿Te gusta este sitio? — pregunta Harry, observando nuestro alrededor.

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa.

— Me gusta mucho — confieso.

Continuamos caminando en silencio hasta que, de pronto, Harry se detiene y tira de mi brazo para acercarme a él.

— Creo que podríamos pasar aquí una temporada... ¿qué te parece?

— Me parece una buena idea — admito, sonriente.

Pero la verdad es que me estoy poniendo nerviosa.

Nos hemos parado en un barrio residencial y unos niños que juegan a la pelota en el jardín de su casa nos están mirando. Recuerdo esa absurda norma que teníamos de “no ir juntos” a ninguna parte para no llamar la atención y me arrepiento de no haberla cumplido en esta ocasión. Aún llamamos la atención...

Cuando Harry me abraza, mis músculos se tensan por la ansiedad que me oprime el pecho y soy incapaz de devolverle el gesto cariñoso.

— Vámonos... — suplico, preocupada.

Él me observa, aunque al principio parece un tanto desconcertado, al final termina dibujando una sonrisa en su semblante.

— No podemos irnos, Bailey... — me dice, señalando a su izquierda — ..., ahora ésta es nuestra casa.

Me doy la vuelta para mirarla.

Es una pequeña casita que está separada por pocos metros de las demás, pero a su vez, unida al vecindario. Tiene dos plantas, es blanca y tiene un tejado rojizo que la hace muy atractiva.

— No podemos... — susurro en voz baja para que nadie pueda escucharme — . Hay demasiados vecinos y...

— No... ¡No podemos...!

Harry me silencia con un beso.

Siento su pasión al apretar sus labios contra los míos, ansioso y feliz, sediento.

Dos segundos después, se aparta respirando con dificultad y puedo comprobar que sus ojos brillan de dicha y alegría.

— Sí podemos, nena... ¡Claro que podemos! — exclama, sin importarle el tono de voz elevado que emplea — . Ahora es nuestra, Bailey. La he comprado para ti, para mí y... para ella — añade, rozando mi barriga — . Para nosotros. Ahora somos libres y podemos tener una nueva vida... No tenemos que escondernos de nadie, ¿lo entiendes?

— Pero...

Él vuelve a silenciarme con otro beso, rodeando mi cuerpo con sus brazos.

— Ahora nos toca ser felices... — suspira en mi oreja — , y eso es lo que vamos a hacer.

Le miro y después, reviso la casita de reojo. Es preciosa.

“Ahora nos toca ser felices...”, repito en mi cabeza, mientras el nombre de la pequeña criatura que crece en mis entrañas se dibuja en mi memoria haciéndome ver el futuro. Ahora ella sí es una realidad.

— Maybelle... — susurro, dichosa — . ¿Te gusta Maybelle?

Harry me eleva en volandas y me hace girar en el aire.

Cuando me suelta, veo un nuevo brillo en sus ojos.

— Me encanta — asegura, eufórico — . Maybelle... ¿No se llamaba así el río que estaba junto a la cabaña?

Yo sacudo la cabeza en señal afirmativa mientras me acaricio la barriga.

“Mi pequeña Maybelle...”

FIN

Epílogo

En el futuro

Ellos

Se queda mirando el rincón de la habitación y una sonrisa surca su rostro. Es tal y como lo había soñado; con esa mecedora tapizada en beige bajo la ventana y la enorme lámpara de pie junto a ella. Está convencida de que Harry ha realizado un trabajo brillante, superando sus propias expectativas.

La luz de la mañana se cuele por la ventana y una punzada de angustia le oprime el pecho cuando Maybelle se remueve en su cama y abre los ojos. Son las siete en punto; ni un minuto más, ni un minuto menos.

Se incorpora sobre el colchón con su pelo castaño alborotado y sus ojitos azules achinados por la repentina luminiscencia. Se da cuenta de que su madre está observándola desde el umbral de la puerta de su habitación y la saluda con una enorme sonrisa, repleta de ternura.

— Buenos días, Belle... — murmura Bailey, con una mezcla de felicidad y preocupación en su mirada — . ¿Desayunamos?

La niña asiente, pero tarda unos minutos más en abandonar el calor de las sábanas.

Aquel día Bailey no sabe muy bien cómo debe sentirse.

Desde que se mudaron a Kelonville todo había sido perfecto, casi como si estuvieran viviendo un sueño demasiado real. Llevaban una vida corriente y como cualquiera de sus vecinos, pasaban desapercibidos en una preciosa y tranquila comunidad en la que todos parecían ser amigos de todos.

La pequeña Maybelle había nacido un uno de julio, rompiendo el año por la mitad y haciendo añicos todos los temores que el matrimonio Hunter hubiera podido albergar hasta el momento. Los días fueron transcurriendo uno detrás

de otro y la vida se fue sucediendo sin altibajos, sin cambios, sin sustos. Belle fue creciendo poco a poco, ganando peso y fuerza en un hogar tierno y seguro.

Aún así, Harry no había perdido las viejas costumbres y mantenía una bolsa con los víveres más imprescindibles en el maletero del coche que tenían en el garaje. Hacía años que se había aprendido unas cuantas rutas de escape por si las cosas se torcían, pero gracias a los Dioses, jamás había necesitado hacer uso de ninguna de esas cosas.

No obstante, el temor nunca desaparecía del todo.

— ¡Buenos días, princesas! — exclama Harry desde la cocina, con el desayuno listo en la mesa.

No es algo que hagan habitualmente, pero la ocasión merece la pena. El siguiente día Maybelle irá por primera vez al colegio y los nervios de todos los miembros de la familia pueden respirarse en el ambiente tenso.

— Buenos días, papi... — responde la pequeña Belle, colocándose de puntillas junto a la silla en la que está sentado Harry para darle un beso.

La pequeña Belle siente una mezcla de miedo, ansiedad y curiosidad. Sus padres le han hablado mucho sobre el colegio y, además, su vecina Jessi empezó a ir hace dos años. Juega con ella los sábados y algunos domingos, cuando mamá le permite salir al jardín, y entonces le cuenta todas las manualidades que realizan y los juegos del gato y el ratón que hace la señorita Margot, su profesora.

Harry presiente que todo irá bien, pero la ansiedad de su mujer le crea ciertas dudas; al fin y al cabo, ella siempre acierta. Aún así, sabe que la única manera de llevar una vida normal es esa, y que privar a su hija de cosas tan comunes tan solo empeoraría la situación. Maybelle tiene que crecer como cualquier otra niña y ya han retrasado demasiado la llegada de dicho momento.

Pero Bailey... Se queda mirando fijamente a su hijita mientras ésta desayuna unos creps. Todavía no ha manifestado sus capacidades plenamente, pero sabe que Belle es como ella. Exactamente igual. No sólo por los sueños y las premoniciones que ha tenido al respecto, si no por pequeños detalles que la niña va evidenciando y que ha sabido ver.

Por ejemplo, Belle siempre se despierta a las siete de la mañana. A cualquier persona podría parecerle una absurdez, pero Bailey está segura de que significa algo más. Por muy tarde que se haya dormido el día anterior, la niña abre los ojos a las siete en punto, independientemente de cuáles sean las circunstancias. Le encantan los problemas de matemáticas, al igual que a ella a su edad. Harry siempre dice que Belle tenía que salir más inteligente que la media — dada su genética, era de esperar —, y que no hay que preocuparse por nada. Pero Bailey sabe que su hija es diferente... única.

Y que tiene que protegerla.

— ¿Mami, no vas a desayunar?

Bailey le sonrío y asiente, justo antes de sentarse en la mesa junto a ellos.

Es increíble que después de todo, tenga una familia.

Tal y como le dijo Harry una vez, estaban hechos el uno para el otro y ahora que se habían encontrado, jamás volverían a estar solos. Ese es el motor de su día a día, de su vida.

El resto del día, transcurre con la misma tranquilidad que siempre, y eso le ayuda un poco más a sobrellevar sus sentimientos.

Harry trabaja desde el despacho de casa, invirtiendo en bolsa y en todo tipo de acciones. El dinero no es un problema, porque siempre aciertan y, al parecer, la suerte no les abandona — y sus presentimientos tampoco —.

Ella se dedica a Maybelle y juntas trabajan en diversos ejercicios matemáticos. Se divierten y disfrutan hasta que llega la hora del baño y después, bajan a cenar.

Todos los días son parecidos; perfectos, en su opinión.

Tiene a su lado al hombre más maravilloso del mundo y a la hija con la que cualquier madre habría podido soñar.

Pero los cambios... Los cambios nunca son buenos.

Después de cenar, cuando Maybelle ya está descansando en su dormitorio, se encierra en el servicio y llora hasta quedarse vacía. Sabe que tiene que ser fuerte, pero su instinto le grita a voces que su hija no debería ir a ningún sitio, que no debería salir a la sociedad. Por otro lado, ella ha pasado su infancia y cierta parte de sus años adultos encerrada, y sabe la tortura que supone ese

aislamiento.

Dos golpes secos contra la puerta la sobresaltan.

— Bailey, voy a entrar, ¿vale?

Es Harry.

Abre la puerta y pasa al interior sin esperar ninguna respuesta.

Cuando se la encuentra de esa manera, llorando sobre el retrete, dibuja una pequeña sonrisa y murmura lo mucho que la quiere.

— No llores, no tienes razones para llorar — dice, tirando de su mujer para sacarla del servicio.

La arrastra hasta la cama del dormitorio y se tumban en el colchón con las manos entrelazadas. Aún con los ojos acuosos, Bailey se acurruca sobre su pecho y alza la mirada hacia el cielo. El techo de la habitación está repleto de pequeñas pegatinas de estrellas que brillan en la oscuridad y que le recuerdan su libertad.

— Lewis Hall ya no puede hacernos daño — asegura Harry.

Bailey asiente.

— Pharma Labs ya no existe... — añade, apretando más su mano.

Ella vuelve a asentir.

— El gobierno de los Estados Unidos cree que falleciste en el interior de ese edificio.

Vuelve a repetir el mismo gesto.

Esa escena tiene lugar cada noche desde hace años, desde que escaparon.

Cuando finaliza un día, necesitan recordarse que por fin están a salvo y que nadie cruzará la puerta de su casa para encerrarlos o separarlos. Ahora están juntos; unidos. Y tienen a la pequeña Belle.

— Ella estará bien en el colegio — asegura Harry — . Se merece ser una niña normal...

Sabe que él tiene razón, así que, por cuarta vez, asiente.

Pero no irá bien.

¿Qué niña de seis años se comporta cómo Belle? ¿Qué niña de seis años sabe leer, escribir, hacer sumas, restas, divisiones y resolver ejercicios complejos? ¿Qué niña de seis años es capaz de razonar como lo hace su hija?

Cuando cierra los ojos, se imagina la catástrofe que podría significar que el incidente que ella sufrió de niña con el jarrón se volviera a dar con Maybelle. La pesadilla comenzaría de nuevo, está segura.

— Vamos a dormir, ¿vale? — murmura Harry, estrechándola entre sus brazos
— . Deja de darle vueltas... Todo irá bien.

Apagan la luz, pero la habitación continúa levemente iluminada por las miles de estrellitas doradas que decoran el techo.

Bailey se abraza a su marido, preguntándose cómo demonios logrará conciliar el sueño aquella noche con tantas preocupaciones en la cabeza. Pero al final, poco a poco, el cansancio la obliga a ceder y los onirismos se apoderan de ella.

Se despierta a las seis y media de la mañana cuando un estrepitoso trueno estalla en el firmamento, arrebatándole la somnolencia.

Aún es demasiado pronto para despertar a Maybelle, así que deja preparado el desayuno y se dedica a corretear de un lado a otro de la casa, intentando mantenerse ocupada con las tareas cotidianas del hogar.

Después se sienta en el sofá del salón, dispuesta a tranquilizarse. Disfruta observando la tormenta y los rayos que relampaguean uno detrás de otro, iluminando levemente la vivienda por segundos de manera intermitente. Está cansada y tiene sueño, así que poco a poco vuelve a dejar caer los párpados...

— ¿Mami? — pregunta la pequeña Belle, que está vestida bajo las escaleras.

Son las siete y diez, así que supone que ha debido de quedarse un buen rato dormida.

— Buenos días, princesita — le dice Bailey, dándole un pequeño beso en la mejilla y sujetándola de la manita para guiarla a la cocina.

— ¿Mami? — repite ella, emocionada, con los ojos abiertos como platos.

— Dime, cariño.

Rellena su vaso con zumo de naranja y coloca dos tostadas frente a la pequeña. Tiene que desayunar bien, porque el día será muy largo.

— ¿Hoy voy al colegio?

Un nudo se forma en el estómago de Bailey.

— Sí, cariño, hoy irás al colegio.

La observa sin perderse un solo detalle de sus movimientos, en silencio. Sabe que Maybelle tiene una capacidad especial para detectar la ansiedad en el tono de su voz, así se mantiene callada para no preocuparla.

Su niña... su pequeña.

Es su deber protegerla, pero por muchas vueltas que le dé al asunto, Bailey no encuentra la mejor manera de hacerlo. No sabe muy bien qué es correcto y qué no.

Treinta minutos después Harry baja a desayunar. Se bebe un vaso de zumo de un trago, besa a su mujer en la frente y murmura que llegarán tarde el primer día y que eso “no puede ser”.

Ha llegado el momento de la despedida.

El momento que tanto la ha atormentado.

— Todo irá bien... — le dice Harry, tranquilizándola.

Abraza a su hijita con fuerza, estrechándola entre sus brazos con ansiedad.

— Pórtate muy bien y sé buena... — le pide, suplicante.

La pequeña asiente con rapidez y sale escopetada junto a su padre, dando saltitos. Se la ve feliz y emocionada...

En realidad, Bailey quería decirle que “no hiciera cosas anormales mientras los niños estuvieran delante”. Pero no podía decirle eso. También quería añadir “que intentara parecer ser menos lista de lo que es”, o “que no le explicase a la profesora todos los problemas de matemáticas que sabe resolver”.

Cuando se queda a solas en la casa, el silencio la abruma.

Sube a la habitación de su hija y se sienta en la mecedora beige que ha hecho su marido para ella. Se dedica a balancearse lentamente y a practicar con los objetos que la rodean; elevándolos en el aire y volviendo a colocarlos con la mente.

Cada día lo hace mejor y aquella época en la que estallaban todos los vasos hace tiempo que quedó atrás. A pesar de ello, no tiene demasiado tiempo para practicar porque no quiere que Maybelle descubra su secreto.

No quiere que sepa que su madre es un monstruo.

Los minutos van pasando con lentitud. Las horas se hacen eternas.

Harry va tardar en regresar porque después de dejar a Belle en el colegio iba a realizar varios recados, así que tiene que entretenerse sola o terminará enloqueciendo de ansiedad.

Se pasea de un lado a otro, quitando el polvo y repasando los impolutos suelos con la fregona. Su cabeza no para de dar vueltas y poco a poco siente cómo la burbuja comienza a ganar terreno.

Hacia tantos años que no la sentía acechando de esa manera que se asusta, incapaz de controlarla.

La burbuja crece con más fuerza, hasta que, de pronto, todo queda paralizado en el tiempo, a excepción del teléfono de casa, que comienza a resonar.

— No puede ser... — musita, asustada.

La burbuja tira de ella hacia el teléfono, apremiándola a responder la llamada. Algo va mal, muy mal.

Levanta el auricular con la mano temblorosa y cuando habla, su voz se quiebra.

— ¿Diga?

— ¿Señora Hunter? Soy Dolores Sanders, la directora del colegio de su hija.

El mundo se paraliza en ese instante y no necesita escuchar nada más para comprender qué es lo que ha pasado. Siente cómo su corazón deja de latir, incapaz de soportarlo. Lo sabía; lo había sabido desde el principio.

— Verá, hemos... hemos sufrido un pequeño accidente y necesitamos que venga lo antes posible. Bueno, Maybelle está bien, no se preocupe pero...

La mujer continúa hablando pero Bailey ya no le escucha.

La pesadilla vuelve a repetirse.

La ansiedad crece con fuerza, ampliando la burbuja con rapidez... Siente la energía que adquiere y no es consciente de su capacidad hasta que la vivienda comienza a temblar con fuertes sacudidas. Necesita a Harry... Él sabrá qué hacer... Él sabrá cómo solucionarlo...

Cuelga el teléfono con la mano temblorosa, aún con la directora parloteando al otro lado de la línea. Vuelve a levantar el telefonillo para marcar el número de Harry, pero la energía es tan grande que su cuerpo también se está viendo envuelto en fuertes sacudidas.

— Mami... ¡Mami!

Es la voz de su hija, que llega a ella por el auricular.

— No puede ser... — murmura, descontrolada.

Sabe que si no sale de la casa, de un momento a otro el tejado se caerá sobre ella.

— Mami... ¡Mami, despierta!

Abre los ojos y ahí está, su pequeña Maybelle.

La mira preocupada; aterrada, más bien.

Bailey tarda unos segundos en comprender que se ha quedado dormida en el sofá, observando la tormenta. Todo ha sido una pesadilla... menos la burbuja. Los objetos continúan flotando alrededor de ella, suspendidos en el aire. Tiene el rostro empapado en lágrimas y está sudorosa.

— ¡Oh, mi niña! — suspira aliviada, estrechándola entre sus brazos — . Lo siento..., lo siento tanto...

— Mami... — musita la pequeña, dibujando una leve sonrisa.

Después alza su manita y la coloca en la mejilla de su madre, transmitiéndole un repentino sentimiento de paz.

— Mami, sé que somos diferentes — dice la voz de Maybelle en su cabeza — , que tú y yo hacemos cosas diferentes.

En ese instante se da cuenta de que todos los objetos continúan suspendidos. Se ha descontrolado tanto que ni siquiera siente alguna conexión sobre ellos y es incapaz de bajarlos, de volver a colocarlos.

Llora desconsolada, abrazándola, enfadada consigo misma por permitir que su hija haya presenciado aquello.

— Pero yo sé que puedo hacerlo bien y que solo puedo hacerlo cuando esté sola, mami... como tú. Solo cuando esté sola...

Entonces Maybelle sonríe, se separa de su madre unos segundos y señala una libreta. Poco a poco el cuadernillo va descendiendo hasta quedar colocado sobre una mesilla. Después repite el acto con cada objeto, una y otra vez, hasta que todo regresa al lugar que le corresponde.

— No tienes que preocuparte, mamá — repite, orgullosa — . Yo guardaré el secreto... porque somos diferentes.

Bailey, incrédula, intenta procesar lo que está viendo y se dice a sí misma que, quizás, después de todo, no sean unos monstruos.

Simplemente sean diferentes.

Nota del autor

Por último...

Espero que hayas disfrutado de esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola.

Antes de despedirme de ti, lector, agradecería poder leer tu opinión en Amazon, ¿te tomas un momento en escribirla? Ese minuto de tu tiempo es realmente importante para mí.

Si deseas contactar conmigo, también puedes hacerlo a través de las redes sociales o del correo electrónico christianmartinsofial@gmail.com

¡Gracias!

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TITULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel



como en eBook.



UNA COSA DE LOCOS

La suerte sonríe a Emma Owens cuando un abogado ingl es le comunica que su rico y poderoso t o Larry ha fallecido y que ella será la heredera de toda la fortuna y propiedades que el hombre poseía.

Decidida a disfrutar de su nueva vida cuanto antes, abandona la gran ciudad para volver a Inglaterra y poder realizar los papeleos de la herencia cuanto antes. Pero por desgracia para Emma, las cosas no son tan sencillas como parecían...

En su pueblo natal, tendr  que solucionar la lista de "requisitos" que ha confeccionado su tío para que ella pueda cobrar la herencia y, además, tendr  que reencontrarse con Michael Gardner, un exnovio al que abandonó tiempo atrás que se ha convertido en uno de los hombres más poderosos de la zona.

Menos mal que su compañera de piso, Abigail, está junto a ella para apoyarla y ayudarla en todo.



NUESTROS DÍAS

A pesar de todo lo que tiene, Will Brown no está pasando por el mejor de sus momentos. Mientras unos malos pronósticos se ciernen sobre su futuro, los recuerdos del amor de su juventud comienzan a atormentarle y no logra sacarse de la cabeza a aquella chica que verano a verano le fue robando el corazón.

Si se marcha y regresa para buscarla quince años después de que se dijeran adiós por última vez, perderá todo lo que ha construido en su perfecta vida... Pero, ¿y si se queda? ¿Será capaz de enfrentarse a aquel pasaje de su juventud sin cerrar que abandonó en el lago de Withley?



LA CHICA QUE SE LLAMABA COMO UN COMETA

¿Qué tiene la heladora voz del señor X?

A veces ser feliz es más difícil de lo que parece, y Holly lo sabe muy bien. Nadie puede negar que la muchacha se esfuerza mucho, pero ahora mismo su vida es un auténtico desastre: todos la odian en su trabajo, su novio la ha dejado por una versión más joven y estilizada de ella, ha engordado unos kilos y, encima, ha pasado tantos años esforzándose por ser la novia perfecta y por agradar a los demás, que ni siquiera se gusta a sí misma.

Lo que Holly no sabe es que el misterioso hombre que conoció entre las sombras parece estar dispuesto a hacer cualquier cosa por descubrir qué esconde la chica que (no) se llama como el cometa, esa que brilla incluso en la oscuridad.



Bilogía “Yo no soy tu vampiresa”

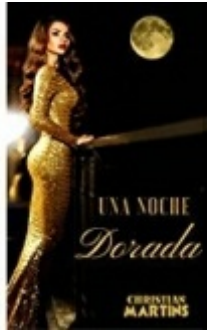
Amanda ha perdido a su marido, está centrada en su hijo y lo único que espera de la vida es que su pequeño sea feliz.

Derek es algo brusco y torpe, pero un romántico de corazón. Después de que su mujer le abandone por otro, decidirá que todas son unas arpías despiadadas. ¿Por qué ya no quedan mujeres reales en el mundo?, pensará.

¿Y Pipper? ¿O mejor dicho, Fantasma? Un cachorrito de cocker que parece dispuesto a completar esta historia y unir todos los cabos sueltos.

¿Quién no cree en el destino? ¿En el amor? ¿En las segundas oportunidades?

¿Puede una vampiresa y un pequeño diablillo conquistarte el corazón?



SAGA “UNA NOCHE” (UNA NOCHE DORADA, UNA NOCHE CONTIGO, UNA NOCHE NUESTRA, UNA NOCHE PERFECTA)

Arianna Townsend no tiene pensado, por el momento, enamorarse. Está acostumbrada a tener al hombre que quiera en cualquier instante y que todos la traten como si fuera una reina. Disfruta jugando con ellos para después decirles adiós, sin que ninguno le exija ningún compromiso.

Pero su perfecta vida se irá al traste cuando aparezcan Jason, un atractivo chofer que su padre acaba de contratar, Steve Lowell, un inglés de la alta sociedad que desea conquistar a la hija de su jefe por encima de todo y Markus, un pobre chico al que Arianna le robó el corazón.

El baile de La Noche Dorada se acerca y todas las miradas estarán centradas en la rica y atractiva joven, pero la noche no terminará tal y como esperaba ella.

Arianna tiene demasiados secretos y hay mucha gente dispuesta a destrozarse la vida de la mediana de los Townsend...

La indecisión y la pasión serán los ingredientes principales de esta erótica historia para atrapar al lector.

¿Por qué no vienes a descubrir la mansión de Manor House?



TRILOGÍA “SECRETOS, SECRETOS 2 Y SECRETOS 3”

A falta de unos días para dar el “sí, quiero”, Julia decide mandar todo a paseo y comenzar una vida de cero. Para hacerlo, toma la decisión de disfrutar en solitario del viaje que tenía programado para la luna de miel, sin saber lo que encontrará en éste.

En pleno Caribe, conocerá a Elías Castro, un poderoso empresario que tiene todo lo que quiere en el momento en el que lo pide. Ambos comenzarán un apasionante romance rodeados de los más exquisitos lujos.

Julia no tardará demasiado en enamorarse del irresistible Elías, pero también descubrirá que no todo es lo que parece.

Las mentiras y los secretos comenzarán a estar presentes en el día a día de la pareja hasta que Julia, hastiada de mantenerse al margen y de desconocer la verdadera vida de su pareja, decidirá marcharse y abandonarle para regresar a Madrid, su ciudad.

Pero Elías ha encontrado al amor de su vida y no piensa dejarlo escapar tan fácilmente. Regresará en busca de Julia y encontrará en Madrid un sinfín de peligros de los que no podrá protegerse. Fuera de México, no tiene poder ni contactos para mantener a Julia bajo protección, así que no les quedará más remedio que regresar.

Julia, guiada por el amor ciego que siente por Elías, decide obviar todos los riesgos que ha sufrido y regresar a México bajo la promesa de que, nada más llegar, la hará partícipe de los secretos que han rodeado su relación.

¿Podrá soportar la verdad? ¿Le contará Elías todo lo que tanto ha luchado por mantener oculto? ¿Se acabarán las mentiras entre ellos? Y..., lo más importante, ¿estarán por fin a salvo de los sicarios que les persiguen?

**CHRISTIAN
MARTINS**

Nosotras



NOSOTRAS (JUNIO 2017)

Aurora conoció a Hugo cuando solo era una cría que no buscaba el amor. A sus veinte años de edad, no sabía lo que quería ni se le pasaba por la cabeza consolidar una relación.

Pero el tiempo fue pasando, año tras año, y el amor entre los dos continuaba estando presente... Lo que ninguno de los dos esperaba era que el pasado intercediera en su futuro.

¿Cómo sobrevive un amor de verano al paso de los años y a la inmadurez de la juventud?

¿Qué ocurre si, cuando has conseguido que todo se estabilice, tu mundo se derrumba sin control? ¿Si, repentinamente, desaparece todo aquello por lo que tantos años has luchado?

« Aunque nada parecía fácil, una cosa tenía clara: jamás tendría que superar las dificultades en solitario gracias a sus dos amigas.»



ESCRIBIÉNDOLE UN VERANO A SOFÍA (MAYO 2017)

Alex y Sofía solo tienen una cosa en común: ninguno de los dos cree en el amor.

Sofía es una joven alocada que busca vivir la vida, salir adelante con pequeños trabajos que le proporcionen lo justo y necesario y, sobre todo, disfrutar. Piensa que la vida es demasiado corta como para ser desperdiciada...

Alex hace un año que se ha divorciado y siente que ha perdido todo lo que tenía. Sin saber cómo continuar, centra todos sus esfuerzos en rescatar su carrera como escritor, sin éxito...

Descubre en estas páginas lo que el destino les deparará mientras Sofía te enamora y Alex te escribe un verano que, te aseguro, jamás podrás olvidar.



MI ÚLTIMO RECUERDO (MAYO 2017)

«Después de tantos años de matrimonio, la relación entre Robert y Sarah ha comenzado a enfriarse. Ninguno de los dos parece ser feliz ni estar dispuesto a sacrificarse por el otro. Una noche de tormenta la pareja sufre un terrible accidente de coche en el que Sarah pierde todos sus recuerdos excepto uno. El último recuerdo antes del choque. Tras el suceso, Robert comprenderá qué es lo que realmente importa en la vida y decidirá luchar por la mujer que ama, aquella a la que había jurado un “para siempre” catorce años atrás.

¿Estará Sarah dispuesta a perdonar todo, a volver atrás? ¿Conseguirá Robert volverla a enamorar?»



BESOS DE CARMÍN (ABRIL 2017)

Paula solo buscaba un trabajo para mantenerse ocupada el verano y desconectar de los problemas familiares que la rodeaban, pero no esperaba encontrar a Daniel. Sin quererlo, terminará perdidamente enamorada de él; un hombre casado que le dobla la edad y que lleva una vida tranquila y familiar con su mujer. ¿Luchará Paula por sus sentimientos? ¿Abandonará Daniel todo lo que tiene por ella? «Un amor prohibido, excitante y pasional que no dejará indiferente a ningún lector»



SERÉ SOLO PARA TI (BILOGÍA) (FEBRERO 2017)

La vida de Victoria es perfecta hasta que, a pocas semanas de casarse con su novio, descubre que éste le está siendo infiel. Mientras intenta superar la traición que ha sufrido, conoce a su nuevo jefe, Lorenzo Moretti, que acababa de mudarse a Madrid para dirigir la empresa y del que no tardará en enamorarse perdidamente. Los dos comenzarán un excitante romance... Pero tarde o temprano los secretos del joven Lorenzo salen a la luz y Victoria tendrá que decidir si se mantiene a su lado. «Excitante, romántica, apasionada..., no te dejará indiferente...»

